IDRIES SHAH

CUENTOS DE LOS DERVICHES

INTRODUCCIÓN DE ROBERT GRAVES



PAIDÓS
ORIENTALIA

CUENTOS DE LOS DERVICHES

PAIDÓS ORIENTALIA

Títulos publicados:

1. M. Eliade - *Patáñjali y el yoga*
2. H. Wilhelm - *El significado del I Ching*
3. E. Herrigel - *El camino del zen*
4. Tetsugen - *El sermón sobre el zen*
5. Anónimo - *Teatro tibetano. Tres misterios*
6. E. Wood - *Diccionario zen*
7. A. N. Narihira - *Cuentos de Ise*
8. Anónimo - *Cuentos del vampiro*
9. I. Shah - *Cuentos de los derviches*
10. I. Shah - *El monasterio mágico*
11. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, I*
12. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, II*
13. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, I*
14. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, II*
15. I. Shah - *El camino del sufi*
16. J. Krishnamurti - *El vuelo del águila*
17. I. Shah - *Las hazañas del incomparable Mulá Nasrudín*
18. A. Reza Arasteh - *Rumi, el persa, el sufi*
19. R. T. Deshimaru - *La voz del valle*
20. M. Eliade/J. M. Kitagawa - *Metodología de la historia de las religiones*
21. I. Shah - *Las ocurrencias del increíble Mulá Nasrudín*
22. I. Shah - *Reflexiones*
23. I. Shah - *Aprender a aprender*
24. A. Coomaraswamy - *Buddha y el evangelio del budismo*
25. J. Klausner - *Jesús de Nazaret*
26. A. Loisy - *Los misterios paganos y el misterio cristiano*
27. Al Sulami - *Futuwah*
28. *Misterios de la sabiduría inmóvil* del Maestro Takuán
29. Yalál Al-Din-Rumi - *150 cuentos sufíes*
30. L. Renou - *El hinduismo*
31. M. Eliade/I.P. Couliano - *Diccionario de las religiones*
32. M. Eliade - *Alquimia asiática*
33. R. R. Khawam (compilador) - *El libro de las argucias. I. Ángeles, profetas y místicos*
34. R. R. Khawam (compilador) - *El libro de las argucias. II. Califas, visires y jueces*
35. M. Arkoun - *El pensamiento árabe*
36. G. Parrinder - *Avatar y encarnación*
37. M. Eliade - *Cosmología y alquimia babilónicas*
38. I. P. Couliano - *Más allá de este mundo*
39. C. Bonaud - *Introducción al sufismo*
40. I. P. Couliano - *Experiencias del éxtasis*
41. T. Burckhardt - *Alquimia*
42. E. Zolla - *La amante invisible*
44. C. T. Tart - *Psicologías transpersonales*

Idries Shah

CUENTOS DE LOS DERVICHES

Historias-enseñanza de los Maestros Sufis a través de los últimos mil años

Seleccionados de clásicos Sufis, de tradiciones orales, de manuscritos inéditos y de escuelas de enseñanza Sufi de muchos países

Introducción a la edición castellana de Robert Graves





Título original: *Tales of the Dervishes*

Traducción de A. H. D. Halka

Cubierta de Joan Batallé

1.ª edición, 1972
4.ª reimpresión en España, 1994

ISBN: 84-7509-078-8
Depósito legal: B-33.372/1994

Impreso en Novagràfik, S.L.,
Puigcerdà, 127 - 08019 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Indice

A MIS MAESTROS

QUE TOMARON LO QUE FUE DADO
QUE DIERON LO QUE NO PODÍA SER TOMADO

Introducción a la edición española

Por un mero capricho de la historia —la "Guerra Derviche" sudanesa del año 1898 celebrada por Rudyard Kipling en su famoso panegírico "Fuzzy Wuzzy", quien destruyó una escuadra británica— "Derviche" ha llegado a significar en inglés "fanático miembro de una tribu sudanesa". Nada podía estar más lejos de su central y más poético significado, que es: "fraile musulmán de la modalidad Sufi de pensar, consagrado a la pobreza y a las buenas obras." Idries Shah ilustra por medio de su autorizada colección de tradicionales cuentos derviches de muchas regiones, lo que esta modalidad significa.

¿Y qué es un Sufi? Se dice que un distinguido sheikh observó una vez a un joven extranjero, ataviado con la usual vestimenta de parches de los derviches, pero que llevaba costosa capucha y cinturón bordado del cual colgaba una elegante caja de plumas y tintero de cuerno. Irónicamente desafió al derviche diciendo: "Señor, ¿qué es un Sufi?"

El derviche respondió: "Señor, un Sufi es alguien que, cuando ve a un miembro de nuestra fraternidad llevando una suntuosa capucha, un cinturón bordado y elegantes implementos de escritura, no lo condena inmediatamente en su corazón como a un impostor."

En su primera publicación londinense, *Cuentos de los Derviches* fue descripto por un crítico del *Sunday Times* como una "joya arrojada en la plaza del mercado" donde muchos pies demasiado activos podrían pisotearla. Pero es sin duda una joya. El objeto de estas cautivantes y divertidas historias, recopiladas no solamente de la tradición oral y de colecciones individuales,

sino también de clásicos persas y de las *Mil y Una Noches*, es hacer pensar a la gente por sí misma. La colección de Idries Shah abarca un período de trece siglos y ha condensado más de un millón de palabras en unas setenta mil, omitiendo todo detalle extraño, juegos de palabras y localismos, que pudieran confundir a los lectores occidentales; pero en compensación proporciona notas acerca del origen de cada historia y de su sentido interior.

Es un asunto de especial importancia para la enseñanza derviche el peligro de aceptar normas convencionales de pensamiento, y la necesidad de una cuidadosa evaluación de motivos personales, como en "¿Qué es un Sufi?", la historia arribe mencionada. Los derviches rechazan como errónea toda idea que fracasa al ser sometida a su prueba de la verdad: una verdad basada en el constante y desprendido esfuerzo del amor humano y en el poder de la inspirada contemplación.

El Sufismo ejerció una gran influencia en la literatura céltica medieval, una de las raíces principales de la poesía inglesa. Y Chaucer, a través de su protector John of Gaunt, recibió la influencia directa de los poetas persas Sufis, Rumi y Attar; fue de Attar de quien tomó la idea de su *"Cuento del Perdonador"*. El modo Sufi de pensar nunca estuvo circunscripto a los musulmanes. Han existido muchos Sufis famosos, cristianos y judíos, entre ellos el clérigo Roger Bacon, el más grande filósofo, físico y químico del medioevo inglés (1214-1294). Además, la Masonería comenzó como una hermandad Sufi de artesanos, aunque la mayor parte de sus doctrinas místicas se habían perdido antes de la reforma de la Masonería en Escocia en el siglo XVIII.

ROBERT GRAVES

Prefacio

Este libro contiene cuentos que provienen de las enseñanzas de maestros y escuelas Sufis recopilados durante los últimos mil años.

El material ha sido recogido de clásicos persas, árabes, turcos y otros de colecciones tradicionales de cuentos-enseñanza y de fuentes orales, las cuales incluyen centros contemporáneos de enseñanza Sufi; por eso representan material de trabajo de uso corriente, así como también significativas citas de la literatura que ha inspirado a algunos de los más grandes Sufis del pasado.

El material de enseñanza usado por los Sufis ha sido siempre juzgado únicamente según el criterio de aceptación de los mismos Sufis. Por esta razón, ninguna prueba histórica, literaria u otra convencional puede ser aplicada para decidir qué cosa puede ser incluida y cuál no.

De acuerdo con la cultura local, la audiencia y los requerimientos de la Enseñanza, los Sufis tradicionalmente hicieron uso de una apropiada selección de la incomparable riqueza de su saber transmitido. En los círculos Sufis es costumbre que los estudiantes se impregnen en los cuentos prescriptos para su estudio, de modo que su dimensión interna puede ser abierta por el maestro a medida que el candidato es juzgado maduro para las experiencias que ellos ofrecen.

Al mismo tiempo, muchos cuentos Sufis han pasado al folklore o a enseñanzas éticas o se han infiltrado en biografías. Muchos de ellos proveen alimento en varios niveles y su valor como obras de simple entretenimiento no puede ser negado.

Los tres peces

Había una vez tres peces, que vivían en un charco. Ellos eran: un pez inteligente, uno semiinteligente y un pez tonto. La vida transcurría para ellos muy a la manera de los peces de cualquier lugar, hasta que un día llegó un hombre.

Llevaba una red, y el pez diestro lo vio a través del agua. Apelando a su experiencia, a los cuentos que había oído y a su habilidad, decidió ponerse en acción.

"Hay pocos lugares para esconderse en este charco", pensó, "por lo tanto fingiré estar muerto."

Reunió sus fuerzas y saltó fuera del charco cayendo a los pies del pescador, quien quedó bastante sorprendido. Pero como el pez inteligente estaba conteniendo su respiración, el pescador supuso que estaba muerto, y lo arrojó nuevamente al agua. Entonces este pez se deslizó hacia una pequeña cavidad en la orilla.

Ahora bien, el segundo pez, el semiinteligente, no entendía del todo lo que estaba pasando. De modo que nadó hacia el pez diestro y le preguntó detalladamente acerca del asunto. "Simple", dijo el pez inteligente, "fingí estar muerto; de ese modo, él me arrojó nuevamente."

De manera que el pez semiinteligente saltó inmediatamente fuera del agua a los pies del pescador. "Extraño", pensó éste, "están saltando todos a mi alrededor." Y, como el pez semiinteligente había olvidado contener su respiración, el pescador se dio cuenta de que estaba vivo y lo puso en su bolsa.

Se dio vuelta para observar atentamente dentro del agua, y, como había quedado algo confuso por los peces que saltaban a tierra junto a él, no cerró la solapa de su bolso. El pez semiinte-

ligente, cuando se dio cuenta de esto, aprovechó para liberarse, y moviéndose a sacudidas una y otra vez volvió al agua. Buscó al primer pez y se echó jadeante a su lado.

Mientras tanto el tercer pez, el tonto, no comprendió nada de esto, aun cuando había oído la versión del primero y del segundo pez. De manera que ellos repasaron cada detalle con él, poniendo de relieve la importancia de no respirar con el objeto de fingirse muerto.

"Muchísimas gracias. Ahora entendí", dijo el pez tonto. Diciendo estas palabras se arrojó fuera del agua y cayó junto al pescador.

Entonces el pescador habiendo perdido ya dos peces, puso a éste en su bolsa sin molestarse en mirar si estaba respirando o no. Tiró su red una y otra vez en el charco, pero el primero y el segundo pez estaban agazapados en una hondonada de la orilla, y la solapa del bolso del pescador en esta ocasión estaba bien cerrada.

Finalmente el pescador se dio por vencido. Abrió su bolso, comprobó que el pez tonto no respiraba y lo llevó a su casa para el gato.

* * *

Se cuenta que Hussein, nieto de Mahoma, transmitió esta historia-enseñanza a los Khajagan ("Maestros"), quienes en el siglo XIV cambiaron su nombre por el de Orden Naqshbandi.

Algunas veces la acción tiene lugar en un "mundo" conocido como Karatas, el País de la Piedra Negra.

Esta versión es de Abdal ("El Transformado") Afifi. La escuchó del Sheikh Mohammed Asghar, quien murió en 1831. Su tumba está en Delhi.

Un día, Yunus, hijo de Adán, decidió no sólo depositar su vida en la balanza del destino, sino también buscar los medios y el motivo de la provisión de bienes para el hombre.

"Soy", se dijo, "un hombre: como tal, todos los días recibo una porción de los bienes del mundo. Esta porción llega a mí por mi propio esfuerzo, unido al esfuerzo de otros. Simplificando este proceso, encontraré los medios por los que el sustento llega al género humano, y aprenderé algo acerca del 'cómo' y el 'porqué'. Por lo tanto, adoptaré el camino religioso, el cual exhorta al hombre a confiar en Dios Todopoderoso para su sustento. En lugar de vivir en un mundo de confusión, donde la comida y otras cosas llegan aparentemente a través de la sociedad, me lanzaré al amparo directo del Poder que rige todas las cosas. El mendigo depende de intermediarios: hombres y mujeres caritativos obedecen a sus impulsos y dan alimento o dinero porque han sido enseñados a hacerlo. No aceptaré tal contribución indirecta."

Así diciendo se encaminó al campo, entregándose al amparo de fuerzas invisibles, con la misma resolución con que había aceptado el sostén de fuerzas visibles cuando era maestro en una escuela.

Se quedó dormido con la certeza de que Alá cuidaría enteramente de sus intereses, del mismo modo que los pájaros y las bestias son provistos en sus respectivos reinos. Al amanecer, el coro de pájaros lo despertó, y el hijo de Adán yacía, al principio, quieto, esperando la aparición de su sustento. A pesar de su confianza en la fuerza invisible —y su seguridad de que sería capaz de entenderla cuando comenzara a operar en la esfera a la

que se había entregado— pronto se dio cuenta de que el pensamiento especulativo por sí solo no lo ayudaría gran cosa en este campo extraño.

Tendido en la orilla del río, pasó el día entero observando la naturaleza, escudriñando los peces en el agua, diciendo sus oraciones. De tiempo en tiempo, acompañados por criados brillantemente ataviados sobre finos caballos —campanillas en sus arneses tintineaban imperiosamente su absoluto derecho al paso— pasaban hombres ricos y poderosos, quienes tan sólo gritaban un saludo a la vista de su venerable turbante. Grupos de peregrinos se detenían y masticaban pan y queso secos; esto servía solamente para acrecentar su apetito por la más humilde de las comidas.

"No es más que una prueba y pronto todo estará bien", pensó Yunus mientras decía su quinta oración del día, entregándose luego a la contemplación en la forma que un derviche de grandes logros perceptivos le había enseñado.

Transcurrió otra noche.

Cinco horas después del amanecer del segundo día, mientras Yunus estaba sentado mirando fijamente los rayos del sol reflejados en el poderoso Tigris, vio algo flotando entre las cañas. Era un paquete envuelto en hojas y atado con fibras de palma. Yunus, hijo de Adán, se introdujo en el río y se apropió de la inusitada carga.

Pesaba alrededor de tres cuartos de libra. Tan pronto como desató el paquete, sus narices fueron impregnadas por un delicioso aroma. Era el poseedor de una cantidad de *halva* de Bagdad. Este halva, compuesto de pasta de almendras, agua de rosas, miel, avellanas y otros preciosos elementos, era a la vez apreciado por su gusto y estimado como un alimento reconstituyente. Las bellas mujeres del harén lo gustaban por su sabor, los guerreros lo llevaban en sus campañas por su poder alimenticio. Se lo utilizaba para tratar cientos de males.

"¡Mi creencia está justificada!", exclamó Yunus, "y ahora, co-

mo verificación: si una cantidad similar de halva, o su equivalente, llega a mí sobre las aguas diariamente, o en otros intervalos, yo conoceré los medios que ordena la providencia para mi sustento, y solamente tendré que usar mi inteligencia para buscar su origen." En los tres días siguientes, exactamente a la misma hora, un paquete de halva llegó flotando hacia las manos de Yunus.

Este, decidió, era un descubrimiento de primera magnitud. Simplifica tu situación y la Naturaleza continuará operando aproximadamente de un modo similar. Esto era un descubrimiento que, por sí solo, casi le impulsó a compartirlo con el mundo. ¿Pues acaso no se dice: "Cuando tengas conocimiento enseñarás"? Pero luego se dio cuenta de que no conocía: sólo había experimentado. Obviamente, el próximo paso era rastrear el curso del halva, río arriba, hasta llegar a su origen. Entonces podría entender no sólo su origen, sino además los medios por los cuales era separado para su uso específico.

Durante varios días, Yunus siguió el curso del río. Cada día, con la misma regularidad, pero paulatinamente más temprano, el halva aparecía, y él lo comía.

En un momento dado, Yunus vio que el río, en su parte supeperior, en vez de angostarse como era de esperar, se había ensanchado considerablemente. En medio de una anchurosa extensión de agua había una isla fértil. Sobre esta isla había un poderoso y a la vez espléndido castillo. Aquí se origina —concluyó— el alimento del paraíso.

Mientras consideraba su próximo paso, Yunus vio frente a él a un alto y desaliñado derviche, con los enredados cabellos de un ermitaño y un manto de parches multicolores.

"Paz Baba, Padre", dijo.

"¡Ishk Hu!", gritó el ermitaño. "¿Y qué buscas tú aquí?"

"Estoy llevando adelante una sagrada búsqueda," explicó el hijo de Adán, "y debo, como parte de ésta, alcanzar aquel castillo. Tal vez tengas una idea de cómo puede lograrse."

"Como parece que no sabes nada acerca del castillo, a pesar de

tener un especial interés", respondió el ermitaño, "te informaré sobre él." "En primer lugar, la hija del Rey vive allí, prisionera y en exilio, atendida por muchos y magníficos servidores, es verdad, pero prisionera al fin. Le es imposible escapar, pues el hombre que la ha capturado y colocado allí por no querer casarse con él ha levantado formidables e increíbles barreras, invisibles al ojo humano. Tendrás que superarlas para entrar en el castillo y alcanzar tu objetivo."

"¿Cómo puedes ayudarme?"

"Estoy a punto de iniciar un viaje de devoción. Pero te daré una Palabra y Ejercicio, el *Wazifa*, el cual, si eres digno, atraerá a ti la ayuda de los invisibles poderes de los benévolos Genios, las criaturas de fuego, únicas capaces de combatir las fuerzas mágicas que mantienen el castillo inexpugnable. Paz sobre ti." Y se perdió a lo lejos, después de repetir extraños sonidos y movimientos, con destreza y habilidad realmente magníficas en un hombre de su venerable apariencia.

Yunus se sentó durante tres días practicando su Wazifa y esperando la aparición del halva. Entonces, un atardecer, mientras miraba la caída del sol, iluminando una torre del castillo, tuvo una extraña visión.

Allí, resplandeciente, con celestial belleza, se erguía una doncella que sólo podía ser la princesa. Ella miró un instante hacia el sol, y después dejó caer en las olas que golpeaban las rocas del castillo, allá abajo, lejos de ella, un paquete de halva. Aquí pues, estaba el origen inmediato de la gracia que recibía.

"¡El origen del Alimento del Paraíso!" exclamó Yunus. Ahora estaba en los umbrales mismos de la verdad. Tarde o temprano el Jefe de los Genios —a quien estaba llamando por medio del Wazifa que le había dado el derviche— llegaría y le posibilitaría alcanzar el castillo, la princesa y la verdad.

Tan pronto estos pensamientos cruzaron su mente, se encontró transportado por los cielos a lo que parecía ser un reino etéreo

lleno de casas de sorprendente belleza. Entró en una de ellas; allí se erguía una criatura semejante a un hombre, que no era un hombre: joven en apariencia, aunque sabio y de algún modo sin edad.

"Yo", dijo esta aparición, "soy el Jefe de los Genios y te he transportado aquí en respuesta a tus súplicas y por haber usado estos Grandes Nombres que te fueron brindados por el Gran Derviche. ¿Qué puedo hacer por ti?"

"¡Oh, Todopoderoso Jefe de todos los Genios!", musitó Yunus. "Soy un Buscador de la Verdad, y la respuesta sólo puedo hallarla en el castillo encantado, cerca del cual me encontraba cuando me transportaste aquí. Dame, te suplico, el poder de entrar en ese castillo y hablar con la princesa prisionera."

"¡Así será!", exclamó el Jefe. "Pero, antes que nada, debes estar prevenido de que un hombre recibe una respuesta a sus preguntas de acuerdo con su capacidad de entender y con su propia preparación."

"La verdad es la verdad", dijo Yunus, "y yo la tendré, no importa cuál sea. Concédeme esta gracia."

Pronto fue despedido en una forma incorpórea (por la magia del Genio) acompañado por un pequeño grupo de Genios servidores encargados por su Jefe de usar su especial habilidad para ayudar a este ser humano en su búsqueda. En sus manos Yunus sujetaba un espejo especial de piedra que debía dirigir hacia el castillo, según instrucciones del Jefe de los Genios, para poder ver las defensas ocultas.

Por medio de esta piedra, el hijo de Adán descubrió que el castillo estaba protegido por una fila de gigantes invisibles, pero terribles, que destruían a quien se acercaba. Los Genios, que eran hábiles en esta tarea, los alejaron. Luego encontró algó parecido a un tejido o malla invisible que colgaba alrededor del castillo. Esto también fue destruido por los Genios voladores que tenían especial habilidad para romper la red. Finalmente había una invisible masa como de piedra, la cual sin que se notara llenaba el espacio entre el castillo y la orilla del río. Esta fue destruida por la

habilidad de los Genios, quienes hicieron sus salutaciones y volaron veloces como la luz, a su morada.

Yunus miró y vio que un puente emergía por sí mismo del lecho del río y le permitía llegar hasta el castillo mismo sin mojarse. Desde la entrada, un soldado lo llevó inmediatamente hacia la princesa, que era aun más bella de lo que le había parecido al verla por primera vez.

"Te estamos agradecidos por tus servicios al destruir las defensas que hacían segura esta prisión", dijo la dama. "Y yo podré ahora volver con mi padre, pero quiero antes recompensarte por tus sufrimientos. Habla, nombra la recompensa, y te será dada."

"Incomparable perla", dijo Yunus, "hay una sola cosa que busco y es la verdad. Por ser el deber de todos los que la tienen, darla a aquellos que pueden beneficiarse con ella, te conmino, Alteza, a darme la verdad que es mi necesidad."

"¡Habla, y tal verdad, hasta donde sea posible darla, será tuya!"

"Muy bien Alteza. ¿Por orden de quién y cómo, el Alimento del Paraíso, el magnífico halva que tú tiras cada día para mí, es depositado de esta manera?"

"Yunus, hijo de Adán", exclamó la princesa, "el halva, como tú lo llamas, que tiro cada día, es en realidad el residuo de los afeites, con los cuales me acicalo cada día después de mi baño con leche de burra."

"Yo he aprendido, al fin", dijo Yunus, "que el entendimiento de un hombre está condicionado a su capacidad de entender. Para ti los residuos de tu tocado diario. Para mí, el Alimento del Paraíso."

* * *

Solamente unos pocos cuentos Sufis, de acuerdo con Halqavi (quien es el autor de "El Alimento del Paraíso"), pueden ser leídos por cualquiera, en cualquier momento y aún así afectar su "Conciencia Profunda" constructivamente.

"Casi todos los otros", dice, "dependen de dónde, cuándo y cómo son estudiados. Así, mucha gente puede encontrar en ellos solamente lo que espera encontrar: entretenimiento, enigma, alegoría."

Yunus, hijo de Adán, era sirio y murió en 1670. Tuvo notables poderes curativos y fue un inventor.

Cuando las aguas fueron cambiadas

Una vez, hace tiempo, Khidr, maestro de Moisés, dirigió al género humano una advertencia. En cierta fecha, dijo, todas las aguas del mundo que no hayan sido especialmente guardadas desaparecerán. Ellas serán entonces renovadas con diferente agua, la que enloquecerá a los hombres.

Solamente un hombre prestó oídos al significado de esta advertencia. Juntó agua y fue a un lugar seguro donde la almacenó, y esperó a que el agua cambiara sus características.

En la fecha indicada los torrentes dejaron de correr, los pozos se secaron, y el hombre que había escuchado, viendo lo que estaba ocurriendo, fue a su refugio y bebió del agua que había guardado.

Cuando vio, desde su seguro albergue, que las caídas de agua nuevamente comenzaron a correr, descendió, entremezclándose con los otros hijos de los hombres. Comprobó que estaban pensando y hablando en forma completamente diferente de la anterior; ni siquiera tenían memoria de lo que había sucedido, tampoco recordaban haber sido prevenidos. Cuando trató de hablarles, se dio cuenta de que ellos pensaban que él estaba loco, mostrando hostilidad o compasión, en lugar de comprensión.

Al principio no bebió del agua renovada, sino que regresó a su refugio para procurarse su provisión de todos los días. Pero, finalmente, tomó la decisión de beber la nueva agua porque no pudo soportar la tristeza de su aislamiento, comportándose y pensando de una manera diferente del resto del mundo. Bebió la nueva agua y se volvió como los demás. Entonces olvidó completamente todo lo referente al agua especial que tenía almacenada; y

sus semejantes comenzaron a mirarle como a un loco que había sido milagrosamente restituido a la cordura.

* * *

La leyenda a menudo asocia a Dhun-Nun, el Egipcio (muerto en 860) supuesto autor de este cuento, con, por lo menos, una forma de Masonería. Es, en todo caso, la más antigua figura de la historia de la Orden Derviche Malamati, de la cual han afirmado frecuentemente estudiosos occidentales que tiene notables semejanzas con la agrupación de los Masones. Se dice que Dhun-Nun redescubrió el significado de los jeroglíficos faraónicos.

Esta versión es atribuída al Sayed Sabir Ali-Shab, un santo de la Orden Chishti que murió en 1818.

Un río, desde sus orígenes en lejanas montañas, después de pasar a través de toda clase y trazado de campiñas, al fin alcanzó las arenas del desierto. Del mismo modo que había sorteado todos los otros obstáculos, el río trató de atravesar este último, pero se dio cuenta de que sus aguas desaparecían en las arenas tan pronto llegaban a éstas.

Estaba convencido, no obstante, de que su destino era cruzar este desierto, y sin embargo, no había manera. Entonces una recóndita voz, que venía desde el desierto mismo, le susurró: "el Viento cruza el desierto, y así puede hacerlo el río."

El río objetó que se estaba estrellando contra las arenas, y solamente conseguía ser absorbido, que el viento podía volar y ésa era la razón por la cual podía cruzar el desierto.

"Arrojándote con violencia como lo vienes haciendo, no lograrás cruzarlo. Desaparecerás, o te convertirás en un pantano. Debes permitir que el viento te lleve hacia tu destino."

¿Pero cómo podría esto suceder? "Consintiendo en ser absorbido por el viento."

Esta idea no era aceptable para el río. Después de todo, él nunca había sido absorbido antes. No quería perder su individualidad. "¿Y, una vez perdida ésta, cómo puede uno saber si podrá recuperarla alguna vez?"

"El viento", dijeron las arenas, "cumple esta función. Eleva el agua, la transporta sobre el desierto y luego la deja caer. Cayendo como lluvia, el agua nuevamente se vuelve río."

"¿Cómo puedo saber que esto es verdad?"

"Así es, y si tú no lo crees, no te volverás más que un pantano,

y aún eso tomaría muchos, pero muchos años; y un pantano, ciertamente no es la misma cosa que un río."

"¿Pero no puedo seguir siendo el mismo río que ahora soy?"

"Tú no puedes en ningún caso permanecer así", continuó la voz. "Tu parte esencial es transportada y forma un río nuevamente. Eres llamado así, aún hoy, porque no sabes qué parte tuya es la esencial."

Cuando oyó esto, ciertos ecos comenzaron a resonar en los pensamientos del río. Vagamente, recordó un estado en el cual él, o una parte de él, ¿cuál sería?, había sido transportado en los brazos del viento. También recordó —¿o le pareció?— que eso era lo que realmente debía hacer, aun cuando no fuera lo más obvio.

Y el río elevó sus vapores en los acogedores brazos del viento, que gentil y fácilmente lo llevó hacia arriba y a los lejos, dejándolo caer suavemente tan pronto hubieron alcanzado la cima de una montaña, muchas pero muchas millas más lejos. Y porque había tenido sus dudas, el río pudo recordar y registrar más firmemente en su mente, los detalles de la experiencia. Reflexionó: "Sí, ahora conozco mi verdadera identidad."

El río estaba aprendiendo, pero las arenas susurraron: "Nosotras conocemos, porque vemos suceder esto día tras día, y porque nosotras, las arenas, nos extendemos por todo el camino que va desde las orillas del río hasta la montaña."

Y es por eso que se dice que el camino en el cual el Río de la Vida ha de continuar su travesía, está escrito en las Arenas.

* * *

Esta hermosa historia es corriente en la tradición verbal de muchas lenguas, circulando casi siempre entre los derviches y sus discípulos.

Fue transcripta en la obra *"La Rosa Mística del Jardín del Rey"* de Sir Fairfax Cartwright, publicada en Gran Bretaña en 1899.

La presente versión es de Awad Afifi el Tunecino, que murió en 1870.

Los ciegos y la cuestión del elefante

Más allá de Ghor había una ciudad. Todos sus habitantes eran ciegos. Un rey con su cortejo llegó cerca del lugar, trajo su ejército y acampó en el desierto. Tenía un poderoso elefante que usaba para atacar e incrementar el temor de la gente.

La población estaba ansiosa por ver al elefante, y algunos ciegos de esta ciega comunidad se precipitaron como locos para encontrarlo.

Como no conocían ni siquiera la forma y aspecto del elefante tantearon ciegamente, para reunir información, palpando alguna parte de su cuerpo.

Cada uno pensó que sabía algo, porque pudo tocar una parte de él.

Cuando volvieron junto a sus conciudadanos, impacientes grupos se apiñaron a su alrededor. Todos estaban ansiosos, buscando equivocadamente la verdad de boca de aquellos que se hallaban errados.

Preguntaron por la forma y aspecto del elefante, y escucharon todo lo que aquellos dijeron.

Al hombre que había tocado la oreja le preguntaron acerca de la naturaleza del elefante. El dijo: "Es una cosa grande, rugosa, ancha y gruesa como un felpudo."

Y el que había palpado la trompa dijo: "Yo conozco los hechos reales, es como un tubo recto y hueco, horrible y destructivo."

El que había tocado sus patas dijo: "Es poderoso y firme como un pilar."

Cada uno había palpado una sola parte de las muchas. Cada

uno lo había percibido erróneamente. Ninguno conocía la totalidad: el conocimiento no es compañero de los ciegos. Todos imaginaron algo, algo equivocado.

La criatura humana no está informada acerca de la divinidad. No existe Camino en esta ciencia por medio del intelecto ordinario.

* * *

Este cuento es más famoso en la versión de Rumi "El Elefante en la casa oscura", que se encuentra en el *Mathnavi*. Hakim Sanai, maestro de Rumi, nos da esta anterior versión en el primer libro de su clásico Sufi *"El Amurallado Jardín de la Verdad"*. Murió en 1150.

Ambas son historias extraídas de un argumento similar, que de acuerdo con la tradición, ha sido usado por maestros Sufis por varias centurias.

El perro, la vara y el Sufi

Un hombre vestido a la manera Sufi un día caminaba por un sendero, cuando vio un perro en el camino, al que golpeó duramente con su vara. El perro, aullando de dolor, corrió hacia el gran sabio Abu-Said. Arrojándose a sus pies y mostrando su pata herida, pidió se hiciera justicia con el Sufi que lo había maltratado tan cruelmente.

El sabio llamó a ambos. Al Sufi le dijo: "¡Oh insensato! ¿cómo es posible que trates así a un pobre animal? ¡Mira lo que has hecho!"

El Sufi respondió: "Lejos de haber sido mía la culpa, es del perro. No lo he golpeado por mero capricho, sino porque ha ensuciado mi manto."

Pero el perro persistía en su demanda.

Entonces, el incomparable se dirigió al perro: "En vez de esperar por la Recompensa Final permíteme darte una compensación por tu dolor."

El perro dijo: "Grande y sabio: Cuando vi a este hombre ataviado como un Sufi, pude concluir que no me haría daño. En cambio si yo hubiera visto a un hombre llevando vestimentas comunes, naturalmente me hubiera apartado de él. Mi verdadero error fue suponer que la apariencia externa de un hombre consagrado a la verdad indicaba seguridad. Si deseas que sea castigado, quítale la vestimenta de los Elegidos. Despójalo de las prendas de la Gente de Virtud. . . ."

El perro mismo estaba en un cierto Rango en el Camino. Es erróneo creer que un hombre *debe* ser mejor que él.

* * *

El "condicionamiento" que es representado aquí por el Manto del Derviche es frecuentemente mal interpretado por esotéricos y religiosos de todas clases como algo conectado con la real experiencia o mérito.

Este cuento, del *Libro Divino* de Attar (el *Ilahi-Nama*), es frecuentemente repetido por los derviches del "Camino de Culpa" y atribuído a Hamdun el Blanqueador, en el siglo IX.

Cómo atrapar monos

Había una vez un mono al que le gustaban mucho las cerezas. Un día vio una cereza de aspecto delicioso, y bajó de su árbol para recogerla. Pero sucedió que la fruta estaba en una botella de vidrio transparente. Luego de algunos intentos el mono se dio cuenta de que podía apoderarse de la cereza metiendo su mano por el cuello de la botella. Tan pronto hubo hecho esto, cerró la mano sobre la cereza; pero entonces vio que no podía retirar el puño sujetando la cereza, pues era más grande que la dimensión interior del cuello.

Ahora bien, todo estaba premeditado, pues la cereza en la botella era una trampa tendida por un cazador de monos, que sabía cómo piensan éstos.

El cazador, oyendo los quejidos del mono, se acercó. El mono trató de huir; pero como creía que su mano estaba atascada en la botella, no pudo moverse con suficiente rapidez para escapar.

Pero mientras pensaba, seguía reteniendo la cereza. El cazador lo alzó. Luego golpeó al mono vivamente en el codo, logrando que éste soltara repentinamente la fruta.

El mono estaba libre, pero había sido capturado. El cazador había usado la cereza y la botella y aún conservaba ambas.

* * *

Este es uno de los muchos cuentos de la tradición, a los que en conjunto se llama el *Libro de Amu Daria.*

El río Amú o Jihun del Asia Central, es conocido por los cartógrafos modernos como el Oxus. Algo susceptible de ser confundido

por mentes literales, es no obstante, un término derviche usado para ciertos materiales como esta historia, y también para un grupo anónimo de maestros errantes cuyo centro principal está cerca de Aubshaur, en las montañas del Hindu-Kush de Afganistán.

Esta versión es contada por Khwaja Alí Ramitani, quien murió en 1306.

El viejo cofre de Nuri Bey

Nuri Bey era un reflexivo y respetado albanés, que había desposado una mujer mucho más joven que él.

Un atardecer, habiendo retornado a su hogar más temprano que de costumbre, un fiel sirviente se le acercó y dijo:

"Vuestra esposa, nuestra señora, está actuando sospechosamente.

Se encuentra en sus aposentos con un enorme cofre, que perteneció a vuestra abuela, suficientemente grande para esconder un hombre.

Tal vez habría en él sólo unos bordados antiguos.

Creo que ahora debe haber mucho más en él.

Ella no permite que yo, vuestro más antiguo criado, averigüe qué hay en él."

Nuri fue a la habitación de su mujer, y la encontró sentada, desconsolada, junto a la enorme caja de madera.

"¿Quieres mostrarme qué hay en el cofre?", preguntó.

"¿Debido a la sospecha de un sirviente, o porque no confías en mí?"

"¿No sería más fácil abrirlo, sin pensar en insinuaciones?" preguntó Nuri.

"No creo que sea posible."

"¿Está cerrado?"

"Sí."

"¿Dónde está la llave?"

Ella la mostró. "Despide al sirviente y te la daré."

El sirviente fue despedido. La mujer entregó la llave y se retiró, obviamente perturbada.

Nuri Bey pensó un largo rato. Luego llamó a cuatro de sus jardineros. Juntos transportaron el cofre, por la noche, sin abrirlo, a un distante lugar de la finca, y lo enterraron. El asunto nunca más fue mencionado.

* * *

Esta atormentadora historia, repetidamente subrayada como teniendo significado interior, además del evidentemente moral, es parte del repertorio de los derviches errantes (Kalandar), cuyo santo patrón es Yusuf de Andalucía, del siglo XIII.

Antiguamente había gran número de ellos en Turquía. En una versión más extensa, este cuento ha encontrado su expresión, en el idioma inglés, a través de *Noches de Estambul* de H. G. Dwight, publicado en los Estados Unidos de América en 1916 y 1922.

Las tres verdades

Los Sufis son conocidos como Buscadores de la Verdad, siendo esta verdad un conocimiento de la realidad objetiva. Una vez, un ignorante y codicioso tirano decidió hacerse poseedor de esta verdad. Se llamaba Rodrigo, un gran señor de Murcia, en España. Resolvió que la verdad era algo que Omar El-Alawi de Tarragona podría decirle, si lo forzaba a ello.

Omar fue arrestado y traído a la Corte.

Rodrigo dijo: "He ordenado que las verdades que tú conoces me sean dichas en palabras que yo entienda; de lo contrario tu vida está perdida."

Omar contestó: "¿Observáis en esta caballeresca corte la universal costumbre por la que, si una persona arrestada dice la verdad en respuesta a una pregunta, y si esa verdad no la inculpa, es puesta en libertad?"

"Así es", dijo el señor.

"Pido a todos los presentes que den testimonio de esto, por el honor de nuestro señor", dijo Omar, "y ahora yo diré no sólo una verdad sino tres."

"Nosotros también debemos estar convencidos", dijo Rodrigo, "de que tus pretendidas verdades son, de hecho, genuinas. La prueba debe acompañar lo expresado."

"Para un Señor como tú", dijo Omar, "a quien nosotros podemos brindar no sólo una verdad, sino tres, podemos también ofrecer verdades que sean evidentes por sí mismas."

Rodrigo, ante este cumplido, se sintió henchido de orgullo.

"La primera verdad", dijo el Sufi, "es: 'Yo soy aquél al que llaman Omar el Sufi de Tarragona.' La segunda es que tú has

convenido en liberarme si yo digo la verdad. La tercera es que tú deseas conocer la verdad tal como la concibes."

Tal fue la impresión causada por estas palabras, que el tirano se vio forzado a conceder la libertad al derviche.

* * *

Esta historia introduce las leyendas orales derviches tradicionalmente transcriptas por El-Mutanabbi. El estipuló, según los narradores, que estas historias no debían escribirse sino mil años después.

El-Mutanabbi, uno de los más grandes poetas árabes, murió hace mil años.

Una de las características de esta colección, se cree, es la de estar bajo constante revisión, porque, permanentemente relatada, debe ser adaptada al "cambio de los tiempos."

El sultán que se convirtió en un desterrado

Se cuenta que un Sultán de Egipto convocó a un concejo de eruditos, y muy pronto —como suele suceder— surgió una disputa. El tema fue la Travesía Nocturna del Profeta Mahoma. Se dice que en esa ocasión el Profeta fue llevado de su lecho hacia las esferas celestes. Durante este período vio el paraíso y el infierno, conferenció con Dios noventa mil veces, tuvo muchas otras experiencias, y fue devuelto a su habitación mientras su lecho estaba aún tibio. Una vasija de agua, que había sido volcada y derramada a causa del vuelo, aún no había terminado de vaciarse cuando el Profeta retornó.

Algunos sostenían que esto era posible gracias a una manera diferente de medir el tiempo. El Sultán sostenía que eso era imposible.

Los sabios dijeron que todas las cosas eran posibles para el poder divino.

Esto no satisfizo al rey.

Las noticias de este conflicto llegaron finalmente al sheikh Sufi Shahabudin, quien inmediatamente se presentó ante la Corte. El Sultán mostró la debida humildad hacia el maestro, quien dijo: "Propongo proceder en seguida a mi demostración, pues sepan ya que ambas interpretaciones del problema son incorrectas, y que hay elementos verificables que pueden explicar las tradiciones, sin necesidad de recurrir a crudas especulaciones o a insípidas y desaprensivas 'racionalizaciones'."

Había cuatro ventanas en el salón de audiencias. El sheikh ordenó que se abriera una de ellas. El Sultán miró hacia afuera.

En una montaña a lo lejos vio un interminable ejército invasor, marchando hacia el castillo. Quedó terriblemente asustado.

"Ruego que lo olvidéis, pues no es nada", dijo el sheikh.

Cerró la ventana y la abrió nuevamente. Esta vez no se veía un alma a través de ella.

Cuando abrió otra de las ventanas, la ciudad estaba siendo consumida por las llamas. El Sultán gritó alarmado.

"No os alarméis, Sultán, pues no es nada", dijo el sheikh.

Cuando hubo cerrado y abierto nuevamente la ventana, no se veía fuego alguno.

La apertura de la tercera ventana reveló una inundación que se aproximaba al palacio.

Luego, nuevamente, no se veía tal inundación.

Cuando la cuarta ventana fue abierta, en lugar del acostumbrado desierto, surgió un jardín del paraíso, y después, al cerrar la ventana, la escena se esfumó como anteriormente.

Luego el sheikh ordenó que se trajese una vasija de agua y que el Sultán pusiera su cabeza dentro de ella por un momento. Tan pronto como hubo hecho esto, el Sultán se encontró solo en una playa desierta, un lugar desconocido para él.

En un arrebato de ira, ante este hechizo mágico, juró vengarse del alevoso sheikh.

Pronto encontró unos leñadores que le preguntaron quién era. Imposibilitado de explicar su verdadera condición, les dijo que era un náufrago. Le dieron algunas ropas, y se encaminó hacia una ciudad, donde un herrero, viéndolo vagar a la ventura, le preguntó quién era. "Un mercader náufrago, ahora sin recursos, pendiente de la caridad de leñadores", contestó el Sultán.

El hombre le contó algo acerca de una costumbre de ese país. Todos los forasteros podían pedir en matrimonio a la primera mujer que abandonara la casa de baños y ella tendría que aceptar. Fue a los baños y vio salir a una hermosa dama. Le preguntó si estaba ya casada, y como lo estaba, tuvo que preguntarle a la siguiente, que era fea, y luego a la siguiente. La cuarta era real-

mente bella. Ella dijo que no estaba casada, pero lo apartó, ofendida por su miserable aspecto.

Repentinamente un hombre estuvo frente a él y dijo: "He sido enviado aquí para buscar a un hombre harapiento. Por favor, sígueme."

El Sultán siguió al sirviente y fue llevado a una magnífica casa, en una de cuyas suntuosas habitaciones estuvo sentado durante horas. Finalmente cuatro damas hermosas y magníficamente ataviadas aparecieron precediendo a una quinta que era aun más hermosa. El Sultán reconoció en ella a la última mujer a la cual se había aproximado en la casa de baños.

Ella le dio la bienvenida y le explicó que la prisa por regresar a su casa se debía a los preparativos para su llegada, y que su arrogancia era sólo una de las costumbres del país, practicada por todas las mujeres en la calle.

Luego siguió una magnífica comida. Espléndidas vestimentas fueron traídas y obsequiadas al Sultán, mientras se ejecutaba una delicada música.

El Sultán vivió siete años con su nueva mujer, hasta que despilfarraron todo el patrimonio de ella. Entonces, la mujer le dijo que ahora él debía proveer para ella y sus siete hijos.

Recordando a su primer amigo en la ciudad, el Sultán volvió al herrero en busca de consejo. Puesto que el Sultán no tenía oficio ni negocio, le aconsejó ir a la plaza del mercado y ofrecerse como mozo de cordel.

En un día ganó, transportando una enorme carga, sólo una décima parte del dinero necesario para el alimento de su familia.

Al día siguiente el Sultán se dirigió nuevamente hacia la playa, donde encontró el lugar exacto del que había emergido hacía siete años. Dispuesto a decir sus oraciones, comenzó a lavarse en el agua, cuando repentina y dramáticamente se encontró nuevamente en el palacio, con la vasija de agua, el sheikh y sus cortesanos.

"¡Siete años de exilio, hombre perverso!", rugió el Sultán.

"¡Siete años, una familia y haber tenido que ser mozo de cordel! ¿No temes a Dios, el Todopoderoso, por esta acción?"

"Pero hace sólo un instante que has puesto la cabeza en esta agua", dijo el maestro Sufi.

Sus cortesanos confirmaron esta declaración.

El Sultán no pudo convencerse de esto, y comenzó a dar las órdenes para decapitar al sheikh.

Percibiendo mediante su sentido interior que esto iba a ocurrir, el sheikh puso en práctica la capacidad llamada Ilm el-Ghaibat: la Ciencia de la Ausencia. Esto hizo que instantánea y corporalmente se transportara a Damasco, a muchos días de distancia.

Desde allí escribió una carta al rey:

"Siete años pasaron para ti, como ya habrás descubierto, mientras permaneció por un instante tu cabeza en el agua. Esto sucede mediante el ejercicio de ciertas facultades, y no tiene especial significado excepto como ilustración de lo que puede suceder. ¿Acaso en la tradición no estaba el lecho tibio, no estaba la jarra vacía?

El elemento importante no es que algo haya sucedido o no. Es posible que todo suceda. Sin embargo, lo importante es el significado del suceso. En tu caso no hubo significado alguno. En el caso del Profeta, sí lo hubo."

* * *

Se dice que cada pasaje del Corán tiene siete significados, cada uno aplicable al estado del lector o del oyente.

Este cuento como muchos otros del género Sufi, enfatiza el dicho de Mahoma: "Habla a cada uno de acuerdo con el grado de su entendimiento."

El método Sufi, según Ibrahim Khawwas, es: "Demuestra lo desconocido, en términos que los oyentes llaman 'conocido'."

Esta versión es del manuscrito llamado *Hu-Nama* (el Libro de Hu) de la colección de Nawab de Sardhana, fechado en 1596.

Historia del fuego

Había una vez un hombre que estaba contemplando las formas de operar de la Naturaleza, y que descubrió, como consecuencia de su concentración y aplicación, la manera de hacer fuego.

Este hombre se llamaba Nour. Decidió viajar de una comunidad a otra, mostrando a la gente su descubrimiento.

Nour trasmitió el secreto a muchos grupos de gentes. Algunos sacaron ventaja de este conocimiento. Otros, considerándolo peligroso, lo echaron antes de tomarse el tiempo para entender cuán valioso les podía ser este descubrimiento. Finalmente, una tribu ante la cual realizó una demostración, reaccionó con tan sorprendente pánico, que se abalanzaron sobre él y lo mataron, convencidos de que era un demonio.

Pasaron cientos de años. La primera tribu, que había aprendido el secreto del fuego, lo reservó para sus sacerdotes, quienes permanecieron influyentes y poderosos, mientras la gente se congelaba.

La segunda tribu olvidó el arte, adorando en cambio los instrumentos. La tercera, adoró una imagen de Nour, porque fue él quien les había enseñado. La cuarta conservó en sus leyendas la historia de cómo hacer fuego: algunos las creían, otros no. La quinta comunidad realmente hizo uso del fuego, y esto hizo posible que ellos se calentaran, que cocinaran sus alimentos y que manufacturaran toda clase de artículos útiles.

Después de muchísimos años, un hombre sabio y un pequeño grupo de sus discípulos viajaban a través de los territorios de estas tribus. Los discípulos estaban asombrados ante la variedad de rituales que encontraron, y cada uno dijo a su maestro: "Pero

todos estos procedimientos están, de hecho, relacionados con hacer el fuego, y nada más. ¡Deberíamos reformar a estas gentes!"

El maestro dijo: "Muy bien, entonces. Recomenzaremos nuestra travesía. Al final de ella, aquellos que sobrevivan conocerán los problemas reales y cómo aproximarse a ellos."

Cuando llegaron a la primera tribu, el grupo fue recibido hospitalariamente. Los sacerdotes invitaron a los viajeros a asistir a su ceremonia religiosa de hacer el fuego. Cuando hubo terminado y hallándose la tribu en un estado de excitación a causa del hecho que habían presenciado, el maestro dijo: "¿Alguien desea hablar?"

El primer discípulo dijo: "Por la causa de la Verdad me siento impulsado a decir algo a esta gente."

"Si tú deseas hacerlo por tu cuenta y riesgo, puedes hacerlo", dijo el maestro.

Entonces el discípulo se adelantó hacia el jefe tribal y sus sacerdotes y dijo: "Yo puedo realizar el milagro que vosotros interpretáis como una especial manifestación de la deidad. Si hago tal cosa, ¿aceptaréis haber estado en un error por tantos años?"

Pero los sacerdotes gritaron: "Prendedlo." El hombre fue llevado fuera y nunca se lo volvió a ver.

Los viajeros fueron al próximo territorio, donde la segunda tribu estaba adorando los instrumentos para hacer el fuego. Nuevamente un discípulo se ofreció para intentar hacer entrar en razón a la comunidad.

Con la autorización del maestro, dijo: "Pido permiso para hablaros como a personas razonables. Vosotros estáis adorando los medios por los que algo puede ser hecho, ni siquiera la cosa en sí. De este modo impedís que su utilidad entre en acción. Yo conozco la realidad que yace detrás de esta ceremonia."

Esta tribu estaba compuesta por gente más razonable. Pero dijeron al discípulo: "Tú eres bienvenido a nuestro medio como viajero y extranjero. Pero como tal, ajeno a nuestra historia y costumbres, no puedes entender lo que estamos haciendo. Cometes

un error. Incluso es posible que estés tratando de hacer desaparecer o altetar nuestra religión. Por eso nos negamos a escucharte."

Los viajeros continuaron su travesía.

Al arribar al territorio de la tercera tribu, encontraron delante de cada morada un ídolo que representaba a Nour, el autor del fuego. El tercer discípulo, dirigiéndose a los jefes de la tribu, dijo:

"Este ídolo representa a un hombre, el cual simboliza una capacidad que puede ser utilizada."

"Puede que sea así, pero el penetrar en el real secreto es sólo para pocos", respondieron los adoradores de Nour.

"Es sólo para los pocos que puedan comprenderlo, y no para aquellos que rehúsan enfrentarse con ciertos hechos", dijo el tercer discípulo.

"Esta es una insigne herejía, y de un hombre que ni siquiera habla nuestra lengua correctamente, y que no es un sacerdote ordenado en nuestra fe", murmuraron los sacerdotes. Y no logró progreso alguno.

El grupo continuó su jornada y arribó a las tierras de la cuarta tribu. Entonces, un cuarto discípulo se adelantó en la asamblea tribal.

"La historia de hacer fuego es verdadera, y sé cómo puede ser hecho", dijo.

La confusión cundió en la tribu, que se dividió en varias facciones. Algunos dijeron: "Esto puede ser verdad, y de ser así, queremos saber cómo hacer fuego." No obstante, cuando esta gente fue examinada por el maestro y sus seguidores, éstos comprobaron que la mayoría estaba ansiosa por hacer uso de la habilidad de hacer fuego para provecho personal, sin comprender que era algo para el progreso humano. Las distorsionadas leyendas habían penetrado tan profundamente en la mente de la mayoría de ellos, que los que pensaban que podrían representar la verdad eran frecuentemente desequilibrados, y no podrían hacer fuego aun si se les hubiese enseñado.

Había otra facción que dijo: "Por supuesto que las leyendas

no son ciertas. Este hombre sólo está tratando de engañarnos a fin de tener un lugar de privilegio entre nosotros."

Y una tercera facción dijo: "Preferimos las leyendas como están, pues ellas son la verdadera argamasa de nuestra cohesión. Si las abandonamos, y descubrimos que esta nueva interpretación es inútil, ¿qué será entonces de nuestra comunidad?"

Y, además, hubo otros puntos de vista.

Así, el grupo continuó su camino hasta que llegó a las tierras de la quinta comunidad, donde hacer fuego era usual, y donde la gente tenía otras preocupaciones.

El maestro dijo a sus discípulos:

"Vosotros debéis aprender cómo enseñar, pues el hombre no quiere ser enseñado. Antes que nada, deberéis enseñar a la gente cómo aprender. Y antes que eso, deberéis enseñarles que hay todavía algo que aprender. Ellos imaginan estar en condiciones de aprender. Pero quieren aprender aquello que *imaginan* debe ser aprendido, y no lo que deben aprender primero. Cuando hayáis aprendido todo esto, podréis entonces idear la manera de enseñar. Conocimiento sin especial capacidad para enseñar, no es la misma cosa que conocimiento y capacidad."

* * *

Se cuenta que Ahmed el-Bedavi (muerto en 1276), dijo, en respuesta a la pregunta "¿Qué es un bárbaro?":

"Un bárbaro es alguien cuyas percepciones son tan torpes que imagina poder entender, pensando o sintiendo, algo que puede ser percibido sólo por medio del desarrollo y constante aplicación del fervoroso esfuerzo hacia Dios.

"Los hombres se ríen de Moisés y Jesús, o bien porque son totalmente torpes, o por haberse cerrado a sí mismos a lo que éstos querían realmente significar cuando hablaban y actuaban."

De acuerdo con el saber derviche, fue acusado por los musulmanes de predicar el cristianismo, pero repudiado por los cristianos porque rehusaba aceptar literalmente tardíos dogmas cristianos.

Fue el fundador de la orden egipcia Bedavi.

El ogro y el Sufi

Un maestro Sufi, que atravesaba solo una desolada región montañosa, fue repentinamente enfrentado por un ogro, un vampiro gigante, el cual dijo que lo iba a destrozar. El maestro dijo:

"Muy bien, prueba si quieres, pero yo puedo vencerte, pues soy, en más sentidos de los que tú piensas, inmensamente poderoso."

"Tonterías", dijo el vampiro, "Tú eres un maestro Sufi interesado en cosas espirituales. Tú no puedes vencerme, pues yo cuento con la fuerza bruta, y soy treinta veces más grande que tú."

"Si deseas confrontar fuerzas, toma esta piedra y exprime líquido de ella", dijo el Sufi. Alzó una piedra y se la entregó. El vampiro hizo varios intentos sin obtener resultado. "Es imposible, no hay agua en esta piedra, muéstrame tú si la hay." En la semioscuridad, el maestro tomó la piedra, sacó un huevo de su bolsillo, y los apretó juntos, apoyando su mano sobre la del vampiro. Éste quedó impresionado; pues con frecuencia la gente se impresiona por cosas que no entiende, valorándolas más allá de lo que por su propio interés debería.

"Debo pensar sobre esto", dijo, "ven a mi cueva y te daré hospitalidad por esta noche." El Sufi lo acompañó a una inmensa caverna, sembrada con las pertenencias de miles de viajeros asesinados, una verdadera cueva de Aladino. "Acuéstate aquí, a mi lado, y duerme", dijo el vampiro, "y mañana sacaremos conclusiones." Se acostó y se durmió inmediatamente.

Prevenido por instinto de una traición, el maestro repentinamente sintió un impulso de levantarse y situarse a cierta distancia del vampiro. Hizo esto, después de arreglar la cama de tal modo que éste pensara que aún permanecía allí.

Ni bien se ubicó a prudente distancia del ogro, éste despertó. Tomó un tronco con una mano y asestó siete poderosos golpes al bulto en la cama. Luego se acostó de nuevo y quedó dormido.

El maestro volvió a la cama, se acostó, y dijo al vampiro: "¡Oh, vampiro! Tu caverna es confortable, pero he sido picado siete veces por un mosquito. En verdad, deberías hacer algo al respecto."

Esto impresionó tanto al vampiro, que no osó intentar un nuevo ataque. Después de todo, si a un hombre un vampiro lo golpea siete veces con todas sus fuerzas con un tronco . . .

Por la mañana el vampiro arrojó al Sufi un enorme cuero de buey diciéndole: "Tráeme agua para el desayuno, de modo que podamos hacer té." En vez de recoger el cuero (al que difícilmente hubiera podido levantar) el maestro caminó hacia el cercano arroyo y comenzó a cavar un pequeño canal hacia la caverna. El vampiro comenzaba a tener sed: "¿Por qué no traes el agua?"

"Paciencia, mi amigo, estoy haciendo un canal permanente para traer agua fresca directamente a la entrada de la caverna, de modo que nunca tengas que acarrear agua en un cuero." Pero el vampiro estaba demasiado sediento para esperar. Alzando el cuero, se dirigió con paso largo hacia el arroyo y lo llenó él mismo. Cuando el té estuvo hecho bebió varios galones, y sus facultades mentales comenzaron a funcionar un poco mejor. "Si tú eres tan fuerte —y me has dado prueba de ello— ¿por qué no puedes cavar el canal más rápidamente, en vez de hacerlo pulgada por pulgada?"

El maestro contestó: "Porque nada que en verdad valga la pena hacerse, puede realizarse correctamente sin el empleo de una mínima cantidad de esfuerzo. Cada cosa requiere una adecuada cantidad de esfuerzo; y yo estoy aplicando el mínimo necesario para la excavación del canal. Además, sé que a tal punto eres una criatura de hábitos, que seguirás usando el cuero de buey."

* * *

Esta historia es frecuentemente escuchada en las casas de té del Asia Central, y se asemeja a otros cuentos folklóricos de la Europa medieval. La presente versión pertenece a una *Majmua* (colección derviche), originalmente escrita por Hikayati en el siglo II de acuerdo con el colofón, pero en la forma ofrecida aquí, aparentemente data del siglo XVI.

El mercader y el derviche cristiano

Un rico mercader de Tabriz llegó a Konia, buscando al hombre más sabio del lugar, pues estaba en dificultades. Después de tratar de obtener consejo de jerarcas religiosos, de abogados y otros, oyó hablar de Rumi, ante quien fue llevado.

Llevó consigo cincuenta piezas de oro como ofrenda. Cuando vio al Maulana en la sala de audiencias, quedó embargado de emoción. El Maulana le dijo:

"Tus cincuenta monedas son aceptadas, pero tú has perdido doscientas, y ésa es la razón por la que estás aquí. Dios te ha castigado y te está mostrando algo. Ahora todo irá bien para ti."

El mercader quedó asombrado de lo que el Maulana sabía. Rumi continuó:

"Tú has tenido muchas dificultades porque un día, en el lejano oeste de la cristiandad, viste a un derviche cristiano que yacía en la calle. Tú lo escupiste. Ve a él, pídele perdón, y preséntale nuestros saludos."

Mientras el mercader estaba aterrorizado ante esta lectura de su mente, Jalaludin dijo: "¿Hemos de mostrártelo ahora?" Al tocar la pared de la habitación, ante el mercader apareció la escena del santo en la plaza del mercado, en Europa. El mercader se alejó de la presencia del Maestro, completamente estupefacto.

Viajó tan pronto como pudo hacia el sabio cristiano, a quien encontró acostado en el suelo. Mientras se aproximaba a él, el derviche francés dijo: "Nuestro Maestro Jalal se ha comunicado conmigo."

El mercader miró en la dirección que le señalaba el derviche y vio, como en un cuadro, a Jalaludin cantando palabras tales

como éstas: "sea un rubí o un guijarro, hay un lugar en Su colina, háy un lugar para todos . . ."

El mercader trajo los saludos del sabio francés a Jalál, y se estableció en la comunidad de los derviches en Konia.

* * *

El alcance de la influencia de Jalaludin Rumi sobre el pensamiento y la literatura de Occidente, se evidencia, paso a paso, a través de las investigaciones académicas actuales. No cabe duda de que tuvo muchos discípulos occidentales y sus historias aparecen en los cuentos de Hans Andersen, en la *Gesta Romanorum* de 1324, y aûn en Shakespeare.

En Oriente, tradicionalmente se insiste acerca de su estrecha conexión con místicos y pensadores occidentales. Esta versión de "El Mercader y el Derviche Cristiano", fue traducida del libro de Aflaki, titulado: *Munaqib el-Arifin*: Vida de los primeros derviches Mevlevi, escrito en 1353.

La fortuna de oro

Había una vez, hace tiempo, un mercader llamado Abdul Malik. Era conocido como el Hombre Bueno de Khorasan, porque, de su inmensa fortuna, acostumbraba donar para caridad, y celebrar fiestas para los pobres.

Pero un día se le ocurrió que simplemente estaba regalando una parte de lo que poseía; y que el placer que obtenía a causa de su generosidad era mucho mayor de lo que realmente le costaba sacrificar lo que, después de todo, era una porción tan pequeña de su riqueza. Ni bien este pensamiento cruzó su mente decidió dar hasta su última moneda para el bien de la humanidad. Y así lo hizo.

Tan pronto se hubo desprendido de todas sus posesiones, resignado a enfrentar cualquier suceso que la vida pudiera tener reservado para él, Abdul Malik vio, durante su hora de meditación, una extraña figura que parecía elevarse desde el piso de su habitación. Un hombre fue tomando forma delante de sus mismos ojos, vestido con el manto de parches de los misteriosos derviches.

"¡Oh Abdul Malik, generoso hombre de Khorasan!", entonó la aparición. "Yo soy tu verdadero ser, el cual se ha vuelto ahora casi real para ti porque has hecho algo realmente caritativo, que, comparándolo con tus anteriores acciones de bondad, éstas equivalen a nada. A causa de esto, y porque pudiste desprenderte de tu fortuna sin sentir satisfacción personal, yo te estoy premiando desde la verdadera fuente de la recompensa."

"En el futuro apareceré delante de ti de esta manera todos los días. Tú me golpearás; y yo me volveré de oro. Podrás tomar de

esta imagen de oro tanto como puedas desear. No temas lastimarme, porque cuanto tomes será repuesto desde la fuente de todas las gracias."

Cuando hubo dicho esto, desapareció.

Al día siguiente, un amigo llamado Bay-Akal estaba sentado con Abdul Malik, cuando la aparición derviche empezó a manifestarse. Abdul Malik la golpeó con una vara, y la figura cayó al suelo, transformada en oro. Tomó una parte de ella para sí y dio un poco de oro a su invitado.

Entonces Bay-Akal, como no sabía lo que había sucedido antes, comenzó a pensar cómo podría efectuar una maravilla similar. Sabía que los derviches tenían extraños poderes y concluyó que sólo era necesario golpearlos para obtener oro.

Por lo tanto hizo los preparativos para hacer una fiesta, a la cual todo derviche que oyera de ella podría asistir y comer en abundancia. Cuando todos ellos hubieron comido bien, Bay-Akal tomó una barra de hierro y golpeó a todo derviche al alcance de su mano hasta que cayeron apaleados y agotados en el suelo.

Aquellos derviches que estaban ilesos prendieron a Bay-Akal y lo llevaron al juez. Ellos expusieron su caso y mostraron a los derviches lastimados como evidencia. Bay-Akal relató lo que había pasado en la casa de Abdul Malik, y explicó las razones por las cuales trató de reproducir el ardid.

Abdul Malik fue llamado, y en el camino a la corte su áureo ser le susurró lo que debía decir.

"Con el permiso de la corte", dijo, "este hombre parece ser un insano, o estar tratando de encubrir alguna afición a atacar a la gente sin causa alguna. Yo lo conozco, pero su historia no concuerda con mi propia experiencia."

Bay-Akal, por lo tanto, fue encerrado por un tiempo en un asilo de lunáticos hasta que se volviera más cuerdo. Los derviches se recobraron inmediatamente por medio de una ciencia conocida por ellos.

Y nadie creyó que jamás pudiera suceder una cosa tan asom-

brosa, como lo es que un hombre se vuelva —y diariamente— una estatua áurea.

Por muchos años, hasta que fue llevado junto a sus antepasados, Abdul Malik continuó rompiendo la imagen que era él mismo, y distribuyendo sus tesoros, los cuales eran él mismo, entre aquellos a quienes no podía ayudar en ninguna otra forma que materialmente.

* * *

Hay una tradición derviche, que dice que los clérigos presentan sus enseñanzas para elevar la moral en forma de parábolas, pero que los derviches encubren su enseñanza más cabalmente; porque solamente el esfuerzo para entender, o los esfuerzos de un maestro que enseñe, producirán el efecto que ayudará realmente a transformar al oyente.

Este cuento se inclina más hacia la forma de parábola que la mayoría de los de su clase. Pero el derviche que lo relató en la plaza del mercado de Peshawar por el año 1950 advirtió: "No tomen lo moralizante; concéntrense sobre la primera parte de la historia. Ella habla sobre método."

El candelabro de hierro

Había una vez una pobre viuda que estaba mirando por la ventana de su casa cuando vio acercarse por el camino a un humilde derviche. Parecía cansado más allá de lo soportable, y su manto de parches estaba cubierto de mugre. Era evidente que necesitaba ayuda.

Corriendo a la calle, la mujer exclamó: "Noble derviche, sé que tú eres uno de los Elegidos, pero debe de haber ocasiones en que aun personas tan insignificantes como yo puedan ser útiles a los Buscadores. Ven y descansa en mi casa; pues, ¿no se dice acaso: 'Quien ayude a los Amigos, será ayudado, y quien los perjudique encontrará obstáculos, aunque no se sabe cómo y cuándo esto sucederá'?"

"Gracias, buena mujer", dijo el derviche, y entró en la casita, donde, después de unos pocos días de descanso, quedó restablecido.

Ahora bien, esta mujer tenía un hijo llamado Abdullah, que había tenido pocas oportunidades para progresar, porque había pasado la mayor parte de su existencia cortando leña para vender en el mercado local, y no pudo ampliar sus experiencias de la vida de modo tal que lo capacitaran para ayudarse a sí mismo o a su madre.

El derviche le dijo: "Hijo mío, soy un hombre de conocimientos, aunque parezca desamparado. Ven, sé mi compañero y compartiré contigo grandes oportunidades, si tu madre está de acuerdo."

La madre, más que contenta, consintió en que su hijo viajase con el sabio, y ambos se pusieron en camino.

Luego de haber viajado por numerosos países y de haber soportado juntos muchas cosas, el derviche dijo: "Abdullah, hemos llegado al fin de un camino. Yo efectuaré ciertos rituales que, de recibir favorable acogida, harán que la tierra se abra y revele una cosa. Algo semejante le es concedido a pocos hombres. Se trata de un tesoro escondido aquí desde hace muchos años. ¿Tienes miedo?"

Abdullah aceptó probar y juró constancia, a despecho de lo que pudiera suceder.

Entonces el derviche ejecutó ciertos extraños movimientos, y murmuró muchos sonidos, a los que Abdullah se asoció: y la tierra se abrió.

El derviche dijo: "Ahora, Abdullah, escucha cuidadosamente, prestando tu entera atención. Tienes que bajar a la bóveda que aquí vemos. Tu tarea es apoderarte de un candelabro de hierro. Antes de llegar a él, verás tesoros que pocas veces han sido revelados a hombre alguno. Ignóralos, pues sólo el candelabro es tu meta y único objetivo. Tan pronto lo encuentres, tráelo aquí."

Abdullah bajó a la bóveda de los tesoros y efectivamente había allí tantas joyas resplandecientes, tantos platos de oro, tantos tesoros asombrosos, imposibles de describir porque no existen palabras para ello, que quedó completamente aturdido. Olvidando las palabras del derviche, cargó sus brazos con las piezas más relucientes que pudo ver.

Y fue entonces cuando vio el candelabro. Pensando que podría llevárselo al derviche y ocultar en sus amplias mangas suficiente oro para sí, lo tomó y volvió a subir los escalones que conducían a la superficie. Pero, cuando salió de la cueva, vio que estaba cerca de la casa de su madre, y que el derviche había desaparecido.

Tan pronto como trató de mostrar a su madre su oro y ornamentos, éstos parecieron fundirse y desaparecieron. Sólo quedó el candelabro. Abdullah lo examinó. Tenía doce brazos y él en-

cendió una vela en uno de ellos. De pronto pareció surgir una figura semejante a un derviche. La aparición giró un poco, luego puso una pequeña moneda en el suelo y se esfumó nuevamente.

Entonces Abdullah encendió las doce velas; doce derviches se materializaron, moviéndose rítmicamente durante una hora, y antes de esfumarse le arrojaron doce monedas.

Cuando se recuperaron de su asombro, Abdullah y su madre se dieron cuenta de que podrían vivir bastante bien con lo que les producía el candelabro, pues descubrieron que podían obtener diariamente doce monedas de plata por medio de "la danza de los derviches". Pero pronto Abdullah pensó en las incalculables riquezas que había visto en la caverna subterránea, y decidió ir a ver si no podría tener otra oportunidad de conseguirse una verdadera fortuna.

Buscó y buscó, pero no pudo encontrar el lugar donde estaba la entrada de la caverna. Ahora, sin embargo, ya estaba obsesionado con el deseo de hacerse rico. Se puso en camino y viajó por el mundo, hasta llegar a un palacio que era el hogar del pobre derviche al que un día su madre había encontrado casi desplomándose cerca de su casa.

Esta búsqueda le llevó muchos meses, y Abdullah se alegró cuando lo condujeron ante el derviche, que estaba vestido como un rey y rodeado por una gran cantidad de discípulos.

"Ahora, ¡desagradecido!" dijo el derviche, "te enseñaré lo que el candelabro realmente puede hacer." Tomó un palo y golpeó al candelabro y, acto seguido, cada uno de sus brazos se convirtió en un tesoro, más estupendo que todo lo que el muchacho había visto en la cueva. El derviche hizo que el oro, la plata y las joyas fuesen retirados, para ser distribuidos entre personas meritorias. Y de pronto el candelabro estaba allí, como antes, listo para ser usado de nuevo.

"Ahora", dijo el derviche, "ya que no se puede confiar en que hagas las cosas correctamente, y porque has traicionado la confianza puesta en ti, debes dejarme. Pero, puesto que al menos

has devuelto el candelabro, puedes llevarte un camello y una carga de oro para ti."

Abdullah pasó la noche en el palacio y en la mañana tuvo la oportunidad de ocultar el candelabro en la montura del camello. Tan pronto como llegó a su casa, encendió las velas y lo golpeó con un palo.

Pero aún no había aprendido cómo se efectuaba la magia, pues en lugar de tomar el palo con su mano derecha, usó la izquierda. Los doce derviches aparecieron inmediatamente, recogieron el oro y las joyas, ensillaron el camello, se apoderaron del candelabro y desaparecieron. Y Abdullah se encontró peor que antes, porque le quedaba el recuerdo de su incapacidad, de su ingratitud, de su robo y el de haber estado cerca de la riqueza.

Pero nunca tuvo otra oportunidad, y su mente nunca más estuvo totalmente tranquila.

* * *

Este cuento fue aplicado en una escuela Sufi como un "ejercicio de desarrollo", para un número de estudiantes considerados como demasiado dispuestos a tomar las cosas al pie de la letra. Se refiere en forma disfrazada a ciertos ejercicios derviches, e indica qué daño o inutilidad puede sobrevenir a aquellos que efectúan procedimientos místicos sin haberse sobrepuesto antes a ciertas tendencias personales.

Golpea en este sitio

Dhun-Nun, el Egipcio, explicó gráficamente en una parábola cómo extrajo el conocimiento que ocultaban las inscripciones faraónicas.

Había una estatua con un dedo señalador que llevaba la inscripción: "Para obtener un tesoro golpea en este sitio." Su origen era desconocido, pero generaciones de hombres habían martillado en el lugar señalado. Como estaba hecho de la piedra más dura, los golpes dejaron pocas huellas y el significado permaneció oculto.

Un día, Dhun-Nun, contemplando absorto la estatua, observó que exactamente al mediodía la *sombra* del dedo señalador, ignorada por siglos, trazaba una línea en el pavimiento al pie de la estatua.

Marcó el sitio, obtuvo los instrumentos necesarios, y con una barra hizo saltar la loza. Esta resultó ser una compuerta en el techo de una caverna subterránea. En ella había extraños objetos, de una hechura tal que le permitieron deducir la ciencia de su manufactura, hacía mucho tiempo perdida, y en consecuencia pudo adquirir los tesoros, y aquellos de un carácter más formal que acompañaban a éstos.

* * *

Una historia muy similar era contada por el Papa Silvestre II, quien trajo enseñanza "árabe", incluyendo matemáticas, en el siglo X desde Sevilla, España. Gerbert (como originariamente era llamado) es considerado por sus conocimientos técnicos, un mago. Vivió con un filósofo de la secta Sarracena. Aquí, seguramente, aprendió esta historia Sufi. Se dice que fue transmitida por el Califa Abu-Bakr, muerto en el año 634.

Por qué los pájaros de arcilla volaron

Un día, Jesús, hijo de María, siendo niño aún, estaba modelando pequeños pájaros de arcilla. Otros niños, incapaces de hacer lo mismo, corrieron hacia los mayores y quejumbrosamente les relataron el hecho. Los mayores dijeron: "Este trabajo no puede permitirse en Sabat", pues era un sábado.

Por lo tanto se dirigieron hacia el charco donde se hallaba sentado el hijo de María y le preguntaron dónde estaban sus pájaros.

Por toda respuesta, él señaló los pájaros que había modelado; y éstos se alejaron volando.

"Fabricar pájaros que vuelan es imposible; por lo tanto no se trata de una profanación del Sabat", dijo uno de los mayores.

"Me gustaría aprender este arte", dijo otro.

"Esto no es arte, sino engaño", dijo un tercero.

De manera que el Sabat no fue violado y el arte no pudo ser enseñado. En cuanto al engaño, tanto los mayores como los niños se habían engañado a sí mismos, porque ignoraban el fin que tenía el modelar los pájaros.

La razón por la que no se trabajaba el sábado había sido olvidada. El conocimiento de lo que es —o no es— un engaño era deficiente para aquellos mayores. Dónde comienza el arte y termina la acción, era algo desconocido por ellos: lo mismo sucedió con el alargamiento del tablón de madera.

También se relata que un día Jesús, hijo de María, estaba en el taller de José el Carpintero, cuando una tabla resultó ser demasiado corta. Jesús le dio un tirón y sucedió que, de alguna manera, quedó alargada.

Cuando esta historia fue contada, algunos dijeron: "Esto es un milagro; por lo tanto este niño será un santo."

Otros dijeron: "No lo creemos, hazlo nuevamente para nosotros."

Un tercer grupo dijo: "Esto no puede ser cierto. Por lo tanto, excluídlo de los textos."

Los tres grupos, con sus diferentes impresiones, obtuvieron, sin embargo, la misma respuesta, porque ninguno conocía el propósito y el verdadero significado subyacente en la declaración: "El extendió un tablón."

* * *

Autores Sufis frecuentemente hacen referencia a Jesús como un Maestro del Camino. Hay, sobre él, además, una rica tradición oral circulando en Medio Oriente a la espera de un recopilador. Este cuento, contenido en formas ligeramente diferentes, se encuentra en más de una colección derviche. Los Sufis dicen que "Hijo de Carpintero" y otros nombres de oficios asignados a personajes del Evangelio son términos iniciáticos, y no describen necesariamente el oficio del individuo.

El mosquito Namouss y el elefante

Había una vez un mosquito. Su nombre era Namouss, y por su sensibilidad, era conocido como Namouss, el Perceptivo. Namouss, después de reflexionar sobre su situación, y por buenas y suficientes razones, decidió cambiar de casa. El sitio que eligió como el más adecuado, fue la oreja de cierto elefante.

Sólo restaba hacer la mudanza. Muy pronto, Namouss se hallaba en el amplio y muy atractivo aposento. Pasó algún tiempo. El mosquito crió varias familias de jóvenes mosquitos y los lanzó al mundo. Con el correr de los años conoció momentos de tensión y relajamiento, los sentimientos de alegría y tristeza, de búsquedas y realizaciones, propias de todos los mosquitos, sea cual fuere el lugar donde se les encuentre.

La oreja del elefante era su hogar, y, como siempre ocurre, él sentía (y este sentimiento persistió hasta volverse del todo permanente), que había una conexión íntima entre su vida, su historia, todo su ser, y aquel sitio. La oreja era tan cálida, tan acogedora, tan amplia, la escena de tantas experiencias.

Namouss, naturalmente, no se había mudado a esa casa sin la debida ceremonia y consideración de las formalidades apropiadas a la situación. En el primer día, justo antes de mudarse, había gritado su decisión con toda la fuerza de que disponía su débil voz: "¡Oh Elefante!" —gritó— "Debes saber que ningún otro sino yo, Namouss el Mosquito, conocido como Namouss el Perceptivo, se propone hacer de este sitio su morada. Como la oreja es tuya, te estoy dando la debida notificación de mi intención."

El elefante no hizo objeción alguna.

Pero Namouss no sabía que el elefante ni siquiera lo había

oído. El anfitrión tampoco había sentido la entrada (ni aun la presencia y ausencia) del mosquito y de sus numerosas familias. Para no insistir más sobre la cuestión: no tenía ni idea de que los mosquitos estaban allí.

Y cuando llegó el momento en que Namouss el Perceptivo, por razones que para él eran imperiosas e importantes, decidió que debía cambiar de casa otra vez, reflexionó que debía hacerlo de acuerdo con costumbres establecidas y sacrosantas. Preparóse para declarar formalmente que abandonaba la Oreja del Elefante.

De manera que, con la decisión definitiva e irrevocablemente tomada, y sus palabras suficientemente ensayadas, Namouss volvió a gritar en la oreja del elefante. Gritó una vez, y no hubo respuesta. Gritó otra vez, y el elefante siguió en silencio. La tercera vez, reuniendo toda la fuerza de su voz en su determinación de hacer oír sus palabras urgentes y elocuentes, gritó: "¡Oh Elefante! Debes saber que yo, Namouss el Mosquito Perceptivo, me propongo dejar mi casa y mi hogar y abandonar mi residencia en esta tu oreja, donde he morado durante tanto tiempo. Y esto por una razón suficiente y significativa, que estoy dispuesto a explicarte."

Ahora, por fin, las palabras del mosquito fueron escuchadas por el elefante. Mientras el elefante consideraba las palabras de Namouss, éste gritó: "¿Qué tienes que decirme en respuesta a mis noticias? ¿Cuál es tu parecer respecto de mi partida?"

El elefante levantó su gran cabeza y movió un poco su trompa. Y este movimiento tenía el siguiente significado: "Vete en paz, pues en verdad, tu partida tiene para mí tanto interés y significado como lo tuvo tu llegada."

* * *

El cuento de Namouss, el Perceptivo, puede ser considerado, a primera vista, como una ilustración irónica de la supuesta inutilidad de

la vida. El Sufi diría que tal interpretación sólo puede ser debida a la insensibilidad del lector.

Lo que se quiere enfatizar aquí es la carencia general de criterio para juzgar la importancia relativa de las cosas en la vida.

El hombre considera insignificantes las cosas importantes, y vitales a las triviales.

Se atribuye esta historia al Sheikh Hamza Malamati Maqtul. Organizó la orden Malamati y fue ejecutado en 1675, acusado de ser cristiano.

El idiota, el sabio y el cántaro

Idiota puede ser el nombre dado al hombre común, que invariablemente interpreta mal lo que le sucede, lo que hace o lo que es realizado por otros. Lo hace tan naturalmente que —para él y sus iguales— grandes comarcas de la vida y del pensamiento aparentan ser lógicas y verdaderas.

Un día, un idiota de esta índole fue enviado con un cántaro a buscar vino a la casa de un sabio.

En el camino, el idiota, a causa de su descuido, rompió el cántaro contra una roca.

Cuando llegó a la casa del sabio, se presentó con el mango del cántaro, y dijo:

"Fulano de Tal os envía este cántaro, pero una horrible piedra me lo robó."

Divertido y deseando poner a prueba la coherencia del hombre, el sabio preguntó: "¿Ya que el jarro fue robado, por qué me ofreces el mango?"

"No soy tan tonto como la gente pretende", dijo el idiota, "y por lo tanto traje el mango para probar mi historia."

* * *

Un tema corriente entre los maestros derviches es que la humanidad en general no puede distinguir una tendencia oculta en los sucesos, cosa que por sí sola le posibilitaría hacer pleno uso de la vida. Aquellos que pueden ver este hilo son llamados los Sabios mientras que, del hombre ordinario, se dice que está "dormido", o es llamado el Idiota.

Esta historia, transcripta al inglés por el Coronel Wilberforce Clarke (*Diwan-i-Hafiz*) es típica. El tema es constructivo: ciertos seres

humanos, absorbiendo esta doctrina a través de tales caricaturas pueden realmente "sensibilizarse" para percibir la tendencia oculta.

El presente extracto proviene de una colección derviche atribuida a Pir-i-do-Sara, "El que Viste el Manto de Parches", que murió en el año 1790 y está enterrado en Mazar-i-Sharif, Turkestán.

La princesa descarriada

Cierto rey creía que lo que le habían enseñado, y lo que opinaba, era lo correcto. En muchos aspectos era un hombre justo, pero era uno de aquellos cuyas ideas son limitadas.

Un día dijo a sus tres hijas:

"Todo cuanto poseo es vuestro, o lo será. Por mi intermedio obtuvísteis vuestra vida. Es mi voluntad la que determina vuestro futuro y por ende vuestro destino."

Obedientemente, y muy convencidas de esta verdad, dos de las hijas asintieron.

La tercera hija, no obstante, dijo:

"A pesar de que mi posición me obliga a ser obediente a las leyes, no puedo creer que mi destino deba ser siempre determinado por vuestras opiniones."

"Eso lo veremos", dijo el rey.

Ordenó se la encerrara en una pequeña celda, donde languideció durante años. Mientras tanto, el rey y sus hijas obedientes dilapidaron libremente las riquezas que de otro modo hubieran sido gastadas en ella.

El rey dijo para sí.

"Esta joven está en prisión no por su propia voluntad sino por la mía. Esto prueba, de un modo suficiente para cualquier mente lógica, que es *mi* voluntad, no la de ella, la que está determinando su destino."

Los habitantes del país, enterados de la situación de su princesa, dijéronse los unos a los otros:

"Debe de haber hecho o dicho algo realmente grave, para que un monarca, al que encontramos sin falta, trate así a su propia

sangre." Pues ellos no habían llegado al punto de sentir la necesidad de impugnar la pretensión del rey de ser justo en todas las cosas.

De tiempo en tiempo, el rey visitaba a la joven. Aunque pálida y debilitada por su encierro, ella rehusaba cambiar su actitud.

Finalmente la paciencia del rey llegó a su límite.

"Tu contínuo desafío", le dijo a ella, "sólo logrará enojarme aún más, y aparentemente debilitará mis derechos, si permaneces en mis dominios. Podría matarte, pero soy misericordioso. Por lo tanto, te destierro al desierto que linda con mi territorio. Es un desierto poblado sólo por bestias salvajes y proscriptos excéntricos, incapaces de sobrevivir en nuestra sociedad racional. Allí pronto descubrirás si puedes llevar otra existencia que no sea la de tu familia; y, si lo logras, si la preferirás a la nuestra."

Su decreto fue inmediatamente acatado y ella fue conducida a la frontera del reino. La princesa se encontró liberada en un territorio salvaje que guardaba poca semejanza con el ambiente protector en que había transcurrido su crianza. Pero pronto se dio cuenta de que una cueva podía servir de casa, que nueces y frutas provenían tanto de árboles como de platos de oro, que el calor provenía del Sol. Este desierto tenía un clima y una manera de existir propios.

Después de un tiempo ella había organizado tan bien su vida que tenía agua de los manantiales, vegetales de la tierra y fuego de un árbol ardiendo sin llama.

"He aquí", se dijo, "una vida, cuyos elementos se integran, formando una unidad, pero que ni individual ni colectivamente obedecen a las órdenes de mi padre, el rey."

Un día, un viajante perdido —casualmente un hombre de gran riqueza e ingenio— se encontró con la princesa exilada, se enamoró de ella, y la llevó a su país, donde se casaron.

Después de un tiempo, ambos decidieron volver al desierto, donde construyeron una enorme y próspera ciudad. Allí su sabi-

duría, sus recursos y su fe, se expresaron plenamente y hasta sus límites. Los excéntricos y otros proscriptos, muchos de ellos considerados locos, armonizaron completa y provechosamente con esta vida de múltiples facetas.

La ciudad y la campiña que la rodeaba se hicieron famosas por todo el mundo. En poco tiempo habían eclipsado ampliamente en poder y belleza al reino del padre de la princesa.

Por decisión unánime de la población, la princesa y su esposo, fueron elegidos monarcas de este nuevo e ideal reino.

Finalmente, el rey decidió visitar aquel lugar extraño y misterioso que había surgido en un desierto y que estaba poblado, se decía, al menos en parte, por gente que él y sus iguales despreciaban.

Cuando, con la cabeza gacha, se acercó lentamente a los pies del trono, donde la joven pareja estaba sentada, y levantó los ojos para encontrarse con los de aquella cuya fama de justicia, prosperidad y entendimiento superaba holgadamente la suya, pudo captar las palabras murmuradas por su hija:

"Ya ves, Padre, que cada hombre y cada mujer tienen su propio destino y su propia elección."

* * *

De acuerdo con un manuscrito Sufi, el Sultán Saladino se encontró con el gran maestro Ahmed el-Rifai, fundador de la Orden Rifai, los "Derviches Aullantes" y le hizo varias preguntas.

Esta historia fue relatada por el-Rifai, en respuesta a la pregunta: "¿Qué razón tienes tú, si la hay, para suponer que la imposición del régimen de la Ley es insuficiente para preservar la felicidad y la justicia?"

El encuentro tuvo lugar en el año 1174, pero la historia, que es conocida también en otras tradiciones además de la Sufi, ha sido usada desde entonces para ilustrar la posibilidad de "un diferente estado de conciencia" en el hombre.

El legado

Un hombre murió lejos de su país, y la sección de su testamento destinada a legados, la dejó escrita en estas palabras: "Que se permita a la comunidad donde las tierras están situadas, tomar lo que deseen para sí, y dar lo que ellos deseen a Arif el Humilde."

Ahora bien, Arif, en aquel tiempo, era un hombre joven, que contaba con mucha menor autoridad aparente que cualquier otro miembro de la comunidad. Fue así como los mayores se apoderaron de cuanto quisieron de las tierras legadas, y asignaron a Arif una fruslería que nadie quería.

Muchos años después, con su fuerza y sabiduría desarrolladas, Arif se presentó ante la comunidad reclamando su patrimonio. "Estos son los objetos que te hemos asignado de acuerdo con el Testamento", dijeron los mayores. No se sentían usurpadores, ya que se les había dicho que tomaran lo que desearan.

Mas en medio de la discusión, un hombre desconocido, de grave semblante y presencia imponente, apareció entre ellos. Dijo: "La intención del Testamento era que vosotros diérais a Arif aquello que deseabais *para vosotros mismos*, pues él puede hacer el mejor uso de ello."

En el instante de lucidez que esta declaración dio a los mayores, éstos pudieron ver el verdadero significado de la frase: "Permítaseles dar lo que ellos deseen a Arif."

"Sabed", continuó la aparición, "que el testador murió imposibilitado de proteger su propiedad, que hubiera sido usurpada por esta Comunidad si él hubiese hecho a Arif su heredero en forma directa. En el mejor de los casos hubiera causado dis-

cordias. De manera que os la confió a vosotros, sabiendo que, considerándola vuestra propiedad, cuidaríais bien de ella. Entonces, dispuso sabiamente para la preservación y transmisión de esta riqueza. Ahora, ha llegado el momento en que debe ser devuelta para su uso correcto.

Fue así como la propiedad fue devuelta; los mayores pudieron ver la verdad.

* * *

La enseñanza Sufi que dice que la gente desea para sí lo que debería desear para los demás es subrayada en esta historia de Sayed Ghaus Ali Shah, el santo de la Orden Qadiri, muerto en el año 1881 y sepultado en Panipat.

Esta idea es bastante común, a pesar de que en folklore es frecuentemente interpretada para mostrar cómo un legado finalmente llega a un legítimo heredero que, durante años, no pudo reclamar su patrimonio.

En algunos círculos derviches, se enseña esta historia como una ilustración de la afirmación: "Vosotros tenéis muchas prendas, que son vuestras sólo en custodia: cuando comprendáis esto, podréis entregarlas a sus legítimos dueños."

El juramento

Una vez, un hombre atormentado por sus problemas juró que si éstos se solucionaban, vendería su casa y donaría a los pobres todo el dinero obtenido de la venta.

Llegó el momento en que se dio cuenta de que debía cumplir su juramento. Pero no deseaba regalar tanto dinero. De manera que ideó una forma de eludir esta situación.

Puso la casa en venta, valuándola en una moneda de plata. No obstante, quien comprara la casa debía adquirir un gato. El precio pedido por este animal era de diez mil piezas de plata.

Otro hombre compró la casa y el gato. El primero dio a los pobres la moneda de plata, y guardó en sus bolsillos las diez mil.

La mente de muchas personas funciona de esta manera. Deciden seguir una enseñanza, pero interpretan su relación con ella según su propia conveniencia. Hasta que no venzan esa tendencia, por una educación especial, de ninguna manera podrán aprender.

* * *

El ardid descrito en esta historia, según su relator derviche (Sheikh Nasir el-Din Shah), puede ser deliberado —o puede describir la mente tortuosa que, inconscientemente, hace trampas de esta índole.

El Sheikh, también conocido como "La Lámpara de Delhi" murió en el año 1846. Su tumba está en Delhi, India. Esta versión, a él atribuida, es de una tradición oral de la Orden Chishti. Se usa para introducir la técnica psicológica destinada a estabilizar la mente, haciéndola incapaz de autoengañarse con trampas.

El idiota en la gran ciudad

Hay diferentes formas de despertar. Sólo una es la correcta. El hombre está dormido, pero debe despertar en la forma correcta. Existe una historia referente a un ignorante cuyo despertar no fue correcto.

Este idiota llegó a una gran ciudad y quedó confundido por la cantidad de gente que había en las calles. Temiendo que, si se dormía, al despertar no se encontraría a sí mismo en medio de tanta gente, ató un globo a su tobillo a fin de poder identificarse.

Un bromista, dándose cuenta del hecho, esperó a que aquél se durmiese, sacó el globo y lo ató a su propia pierna. También él se acostó a dormir en el piso de la posada donde se detenían las caravanas. El tonto despertó primero y vio el globo. En un principio pensó que aquel otro hombre debía de ser él. Luego lo acometió gritando: "¿Si tú eres yo, entonces quién, por el amor de Dios, quién soy y dónde estoy yo?"

* * *

Este cuento, que aparece también en la colección de humoradas de Mulá Nasrudín, conocido en toda el Asia Central, se conserva en el gran clásico espiritual *Salaman y Absal* de Abdur-Rahman Jami, autor y místico del siglo XV. Arribó de más allá del Oxus y murió en Herat, luego de transformarse en una de las más grandes figuras de la literatura persa.

Jami causó mucho resentimiento entre los teólogos por su franqueza, especialmente al decir que no reconocía otro maestro que su propio padre.

La fundación de una tradición

Había una vez, una ciudad compuesta por dos calles paralelas. Un derviche pasó de una calle a la otra, y al llegar a la segunda, la gente que allí se encontraba notó que de sus ojos brotaban lágrimas. "¡Alguien ha muerto en la otra calle!", gritó uno, y pronto todos los niños de la vecindad se hicieron eco del grito.

Lo que realmente había ocurrido era que el derviche había estado pelando cebollas.

Al poco tiempo, el grito había llegado a la primera calle; y los adultos de ambas calles se preocuparon y asustaron tanto (ya que cada comunidad estaba emparentada con la otra), que no se atrevieron a hacer una investigación a fondo de las causas del revuelo.

Un hombre sabio trató de razonar con la gente de ambas calles, preguntándoles por qué no se interrogaban mutuamente. Demasiado confundidos para comprender el significado de sus palabras, algunos dijeron: "Tenemos entendido que en la otra calle existe una plaga mortal."

También este rumor se propagó como un incendio incontrolable, hasta que la población de cada calle pensó que la otra estaba condenada a morir.

Cuando se logró restablecer cierto orden, éste sólo fue suficiente para que ambas comunidades decidieran emigrar para salvarse. Fue así como, por distintos lados de la ciudad, ambas calles evacuaron por completo a su gente.

Aún hoy, siglos después, la ciudad sigue abandonada, y no muy lejos de allí hay dos aldeas. Cada una tiene su propia tradición acerca del modo en que comenzó como un poblado que

huyó, en afortunado éxodo, en tiempos remotos, de una ciudad condenada por un mal sin nombre.

* * *

En sus enseñanzas psicológicas, los Sufis proclaman que la transmisión ordinaria de conocimiento está sujeta a tantas deformaciones causadas por la redacción y la falsa memoria, que no puede tomársela como un sustituto de la percepción directa del hecho.

"La Fundación de una Tradición ilustra la subjetividad del cerebro humano; fue extraída del libro de enseñanza *Asrar-i-Khilwatia* ("Secretos de los Reclusos"), por el Sheikh Qalandar Shah, de la Orden Suhrawardi, quien murió en 1832. Su tumba está en Lahore, Pakistán.

Fátima, la hilandera y la tienda

Una vez, en una ciudad del más lejano Occidente, vivía una joven llamada Fátima. Era la hija de un próspero hilandero. Un día, su padre le dijo: "Ven, hija: haremos una travesía, pues tengo negocios que hacer en las islas del mar Mediterráneo. Tal vez tú encuentres a un joven atractivo, de buena posición, que podrías tomar por esposo."

Se pusieron en camino y viajaron de isla en isla, el padre haciendo sus negocios, mientras Fátima soñaba con el esposo que pronto podría ser suyo. Pero un día, cuando estaban camino a Creta, se levantó una tormenta y el barco naufragó. Fátima, semiconsciente, fue arrojada a una playa cercana a Alejandría. Su padre había muerto y ella quedó totalmente desamparada.

Podía recordar sólo vagamente su vida hasta entonces ya que la experiencia del naufragio, y el haber estado expuesta a las inclemencias del mar, la habían dejado completamente exhausta.

Mientras vagaba por la arena, una familia de tejedores la encontró. A pesar de ser pobres, la llevaron a su humilde casa y le enseñaron su oficio. De esta manera, ella inició una segunda vida y en el lapso de uno o dos años volvió a ser feliz, habiéndose reconciliado con su suerte. Pero un día, estando en la playa, una banda de mercaderes de esclavos desembarcó y se la llevó, junto con otros cautivos.

A pesar de lamentarse amargamente de su suerte no encontró ninguna compasión de parte de ellos, quienes la llevaron a Estambul y la vendieron como esclava.

Por segunda vez, su mundo se había derrumbado. Ahora bien, sucedió que en el mercado había pocos compradores. Uno de

ellos era un hombre que buscaba esclavos para trabajar en su aserradero, donde fabricaba mástiles para barcos. Cuando vio el abatimiento de la infortunada Fátima, decidió comprarla, pensando que de este modo, al menos, podría ofrecerle una vida un poco mejor que la que habría de recibir de otro comprador.

Llevó a Fátima a su hogar, con la intención de hacer de ella una sirvienta para su esposa. Pero cuando llegó a su casa, se enteró de que había perdido todo su dinero al ser capturado un cargamento por piratas. No podía afrontar los gastos que le ocasionaba el tener trabajadores, de modo que él, Fátima y su mujer quedaron solos para llevar a cabo la pesada tarea de fabricar mástiles.

Fátima, agradecida a su empleador por haberla rescatado, trabajó tan duramente y tan bien, que él le dio la libertad y ella llegó a ser su ayudante de confianza. Fue así como llegó a ser relativamente feliz en su tercera profesión.

Un día, él le dijo: "Fátima, quiero que vayas a Java, como mi agente, con un cargamento de mástiles; asegúrate de venderlos con provecho."

Ella se puso en camino, pero cuando el barco estuvo frente a la costa china un tifón lo hizo naufragar y, una vez más, se vio arrojada a la playa de un país desconocido. Otra vez lloró amargamente, porque sentía que en su vida nada sucedía de acuerdo con sus expectativas. Siempre que las cosas parecían andar bien, algo ocurría, destruyendo todas sus esperanzas.

"¿Por qué será", exclamó por tercera vez, "que siempre que intento hacer algo, ello se malogra? ¿Por qué deben ocurrirme tantas desgracias?" Pero no hubo respuesta. De manera que se levantó de la arena y se encaminó tierra adentro.

Ahora bien, sucedía que nadie en China había oído hablar de Fátima ni sabía nada de sus problemas. Pero existía la leyenda de que un día llegaría allí cierta mujer extranjera, capaz de hacer una tienda para el emperador. Y puesto que, en aquel entonces, en China no existía nadie que pudiera hacer tiendas, todo

el mundo esperaba el cumplimiento de aquella predicción con la más vívida expectativa.

A fin de estar seguros de que esta extranjera, al llegar, no pasara inadvertida, los sucesivos emperadores de China solían mandar heraldos una vez por año a todas las ciudades y a todas las aldeas del país, pidiendo que cada mujer extranjera fuera llevada a la Corte.

Fue justamente en una de esas ocasiones cuando Fátima, agotada, llegó a una ciudad costera de China. La gente del lugar habló con ella por medio de un intérprete, explicándole que tenía que ir a ver al Emperador.

"Señora", dijo el Emperador, cuando Fátima fue llevada ante él, "¿Sabéis fabricar una tienda?"

"Creo que sí", dijo Fátima.

Pidió sogas, pero no las había. De modo que, recordando sus tiempos de hilandera recogió lino y fabricó las cuerdas. Luego pidió una tela fuerte, pero los chinos no tenían la clase que ella necesitaba. Entonces, utilizando sus experiencias con los tejedores de Alejandría fabricó una tela resistente para hacer tiendas. Luego vio que necesitaba parantes para la tienda, pero no existían en el país. Entonces Fátima, recordando cómo había sido enseñada por el fabricante de mástiles en Estambul, hábilmente hizo unos sólidos parantes. Cuando éstos estuvieron listos, se devanó los sesos tratando de recordar todas las tiendas que había visto en sus viajes; y he aquí que una tienda fue construida.

Cuando esta maravilla fue mostrada al Emperador de China, él ofreció a Fátima dar cabal cumplimiento a cualquier deseo que ella expresara. Ella eligió establecerse en China, donde se casó con un atractivo príncipe, y donde, rodeada por sus hijos, vivió muy feliz hasta el fin de sus días.

Fue a través de estas aventuras como Fátima comprendió que lo que había parecido ser, en su momento, una experiencia desagradable, resultó ser parte esencial en la elaboración de su felicidad final.

* * *

Esta historia es bien conocida en el folklore griego, en muchos de cuyos temas contemporáneos figuran derviches y sus leyendas. La versión, citada aquí, se atribuye al Sheikh Mohamed Jamaludin de Adrianópolis. Fundó la Orden Jamalia ("La Hermosa"); murió en el año 1750.

Las puertas del Paraíso

Había una vez un buen hombre. Pasó toda su vida cultivando las cualidades prescriptas a aquellos que alcanzarían el Paraíso. Ayudó generosamente a los pobres, amó y sirvió a sus semejantes. Recordando la necesidad de tener paciencia, soportó grandes e inesperadas privaciones, a menudo en beneficio de otros. Ejecutó travesías en busca de conocimiento. Su humildad y su ejemplar comportamiento fueron tales que su reputación de hombre sabio y buen ciudadano resonó desde el Oriente al Occidente y desde el Norte al Sur.

Todas estas cualidades ciertamente las ejercitaba —todas las veces que se acordaba. Pero tenía un defecto: la negligencia. Esta tendencia no era fuerte, y él consideraba que, contrapesada con otras cosas que practicaba, sólo podría ser vista como una falta pequeña. Hubo algunos pobres a quienes no ayudó, pues de tiempo en tiempo tornábase insensible a sus necesidades. Algunas veces, también, olvidaba amar y servir, cuando surgía en él aquello que consideraba como necesidades personales, o al menos, deseos. Le gustaba dormir; y a veces, cuando estaba dormido, las oportunidades de buscar conocimiento, o de entenderlo, o practicar real humildad, o aumentar en algo la cantidad de buenas acciones, pasaban de largo, y no volvían.

Así como las buenas cualidades dejaron su huella en su ser esencial, así lo hizo también la característica de la negligencia. Fue entonces cuando murió. Encontrándose más allá de esta vida y encaminándose hacia las puertas del Jardín Amurallado, el hombre se detuvo para examinar su conciencia. Y sintió que su oportunidad de pasar por los Altos Portales era suficiente.

Vio que las puertas estaban cerradas; y entonces una voz se dirigió a él, diciendo: "Permanece atento; pues las puertas se abrirán sólo una vez cada cien años." El hombre se acomodó a esperar, excitado ante la perspectiva. Pero perdidas las oportunidades de practicar virtudes en favor de la humanidad, se dio cuenta de que su capacidad de atención no le era suficiente. Después de estar atento durante un lapso que le pareció un siglo, comenzó a cabecear de sueño. Por un instante se cerraron sus párpados. Y en aquel momento infinitesimal, se abrieron las puertas de par en par. Antes de que sus ojos estuvieran de nuevo completamente abiertos, las puertas se cerraron: con un estruendo lo suficientemente fuerte como para resucitar a los muertos.

* * *

Esta es una enseñanza derviche predilecta, algunas veces llamada "La Parábola de la Negligencia." A pesar de ser bien conocida como cuento folklórico, sus orígenes se han perdido. Algunos la han atribuido a Hadrat Ali, el Cuarto Califa. Otros dicen que era tan importante como para que fuese transmitida, secretamente, por el Profeta mismo. Ciertamente no se la encuentra, en ninguna de las confirmadas Tradiciones del Profeta.

La forma literaria, aquí presentada, deriva de las obras de un derviche desconocido del siglo diecisiete, Amil-Baba, cuyos manuscritos subrayan que: "el verdadero autor es aquel cuyo trabajo es anónimo, pues de este modo nadie se interpone entre el estudiante y lo estudiado."

El hombre que era consciente de la muerte

Había una vez un derviche que se embarcó para efectuar una travesía marítima. Al subir, uno por uno, los otros pasajeros al barco, lo vieron y —como era la costumbre— le pidieron un consejo. Todo cuanto el derviche hizo fue decir a cada uno de ellos lo mismo; sólo parecía estar repitiendo una de esas fórmulas que los derviches hacen el objeto de su atención, de tiempo en tiempo.

La fórmula era: "Trata de estar atento a la muerte hasta que sepas lo que la muerte es." Pocos viajeros se sintieron particularmente atraídos por esta amonestación.

Pronto se levantó una terrible tormenta. Tanto la tripulación como los pasajeros cayeron de rodillas, implorando a Dios que salvara el barco. Alternativamente, gritaron aterrorizados, se dieron por perdidos, esperaron frenéticamente algún socorro. Durante todo este tiempo, el derviche permaneció tranquilamente sentado, reflexivo, sin reaccionar ante el movimiento y las escenas que se desarrollaban a su alrededor.

Finalmente, el embate cesó, mar y cielo se calmaron; y los pasajeros tomaron conciencia de cuán sereno había permanecido el derviche durante todo el episodio.

Uno de ellos le preguntó: "¿No te diste cuenta de que durante esta terrible tormenta no hubo entre nosotros y la muerte nada más sólido que una tabla de madera?"

"Oh, sí, en efecto", respondió el derviche, "yo sabía que en el mar siempre es así. Sin embargo también me di cuenta de que, como a menudo había reflexionado estando en tierra, en el curso

normal de los sucesos, hay *aun menos* entre nosotros y la muerte."

* * *

Esta historia es de Bayazid, de Bistam, un lugar al sur del Mar Caspio. Fue uno de los más grandes Sufis de la antigüedad y murió a fines del siglo IX.

Su abuelo era un seguidor de Zoroastro y recibió su iniciación esotérica en la India. En razón de que su maestro Abu-Ali, de Sind, no conocía perfectamente los rituales externos del Islam, algunos escolásticos han sostenido que Abu-Ali era hindú, y que Bayazid en realidad estaba estudiando métodos místicos de la India. Sin embargo, entre los Sufis ninguna autoridad responsable está de acuerdo con este punto de vista. La Orden Bistamia forma parte de los seguidores de Bayazid.

El hombre que se encolerizaba fácilmente

Un hombre que se encolerizaba muy fácilmente se dio cuenta, después de muchos años, de que durante toda su vida había estado en dificultades por causa de esta tendencia.

Un día, oyó hablar de un derviche de profundo conocimiento, a quien fue a ver, para pedirle consejo.

El derviche dijo: "Ve a tal cruce de caminos. Allí encontrarás un árbol seco. Párate debajo de él y ofrece agua a todo viajero que pase por ese lugar."

El hombre hizo lo que se le dijo. Pasaron muchos días, y llegó a ser bien conocido como alguien que estaba siguiendo cierta disciplina de caridad y autocontrol, bajo las instrucciones de un hombre de real conocimiento.

Un día, un hombre que venía muy de prisa, apartó su cabeza cuando le fue ofrecida agua y siguió caminando por la carretera. El hombre que se encolerizaba fácilmente le gritó varias veces: "¡Ven, devuelve mi saludo! ¡Toma un poco de esta agua que proveo a todo viajero!"

Pero no hubo respuesta.

Fuera de control por tal comportamiento, el primer hombre olvidó completamente su disciplina. Tomó su revólver que estaba colgado en el árbol seco, apuntó al descortés viajero y disparó. El hombre cayó muerto.

En el instante mismo en que la bala se introdujo en su cuerpo, el árbol seco, como por milagro, floreció con regocijo.

El hombre que había sido muerto era un asesino, en camino a perpetrar el peor crimen de su larga carrera.

Existen, como puedes ver, dos clases de consejeros. La primera es la de aquellos que dicen lo que debe ser hecho, basándose en ciertos principios fijos repetidos mecánicamente. La otra clase es el Hombre de Conocimiento. Aquellos que encuentran al Hombre de Conocimiento le pedirán consejos moralistas, y lo tratarán como a un moralista. Pero él sirve a la Verdad, no a esperanzas piadosas.

* * *

Se dice que el maestro derviche que figura en este cuento fue Najmudin Kubra, uno de los más grandes Santos Sufis. Fundó la Kubravi (Cofrades Mayores) que se parecía mucho a la Orden establecida por San Francisco. Tal como el Santo de Asís, Najmudin tenía la reputación de poseer un misterioso poder sobre las animales.

Najmudin fue una de las seiscientas mil personas que murieron cuando Khwarizm en Asia Central fue destruida en 1221. Se dice que el Gran Mongol Gengis-Kan, enterado de su reputación, ofreció perdonarle la vida si se entregaba; pero él se unió a los defensores de la ciudad y fue después identificado entre los muertos.

Habiendo previsto la catástrofe, Najmudin había enviado a lugar seguro a todos sus discípulos tiempo antes de la aparición de las hordas mongólicas.

El perro y el asno

Un hombre que había descubierto el modo de entender el lenguaje de los animales, caminaba un día por la calle de una aldea.

Vio a un asno, que acababa de rebuznar; a su lado se hallaba un perro, ladrando con todas sus fuerzas.

A medida que se acercaba, fue interpretando el significado de este intercambio.

"Toda esta charla sobre hierbas y pastos, cuando estoy esperando que digas algo sobre conejos y huesos, me aburre", dijo el perro.

El hombre no pudo contenerse. "Existe, sin embargo, un hecho central: el uso del heno, que cumple la misma función que la carne", objetó.

Inmediatamente los dos animales se volvieron contra él. El perro ladró fieramente para ahogar sus palabras; y el burro con un bien asestado golpe de sus patas traseras, lo dejó inconsciente.

Luego volvieron a su discusión.

* * *

Esta historia, que se asemeja a una de Rumi, es una fábula de la famosa colección de Majnun Qalandar, que deambuló, en el siglo XIII, durante cuarenta años, recitando historias-enseñanza en los mercados. Algunos decían que estaba completamente loco (eso significa su nombre); otros decían que él era uno de "Los Transformados": aquellos que han desarrollado un sentido de la relación entre cosas que el hombre ordinario considera separadas.

El llevar los zapatos

Dos hombres piadosos y meritorios entraron juntos en una mezquita. El primero se quitó los zapatos y los colocó ordenadamente, uno junto al otro, en la entrada. El segundo se los quitó, los puso suela con suela, y entró con ellos en la mezquita.

Surgió una discusión entre un grupo de hombres piadosos y meritorios, que estaban sentados a la puerta, sobre cuál de aquellos dos era el mejor. "¿Si uno entra descalzo en la mezquita, no es mejor dejar los zapatos afuera?" preguntó uno. "¿Pero no deberíamos considerar", dijo otro, "que el hombre que llevó sus zapatos al interior de la mezquita hizo tal cosa para tener presente, al verlos, que se encontraba en un estado de verdadera humildad?"

Cuando los dos hombres salieron, terminadas sus plegarias, fueron interrogados separadamente por diferentes grupos de espectadores.

El primer hombre dijo: "Yo dejé mis zapatos afuera por la razón acostumbrada: Si alguien quisiera robarlos tendría entonces una oportunidad de resistir esa tentación, y de este modo adquirir méritos para sí mismo." Los oyentes quedaron muy impresionados por la nobleza de pensamiento de un hombre que daba tan poca importancia a sus posesiones, como para estar gustosamente dispuesto a abandonarlas a la suerte que les tocara.

El segundo hombre, al mismo tiempo, estaba diciendo: "Llevé mis zapatos dentro de la mezquita, ya que de haberlos dejado afuera, alguien podría haber caído en la tentación de robarlos. Quienquiera que hubiera sucumbido a esta tentación, me hubiera hecho su cómplice en el pecado." Los oyentes quedaron muy im-

presionados por este piadoso sentimiento, y admiraron el pensamiento lleno de sentido del sabio.

Pero otro hombre, un hombre de sabiduría, que estaba presente, exclamó: "Mientras vosotros dos y vuestros seguidores se gratificaban con sus admirables sentimientos ejercitándose con una serie de hipotéticas circunstancias, ciertas cosas *reales* han estado sucediendo."

"¿Cuáles fueron estas cosas?" preguntó la multitud.

"De nadie puede decirse que fue tentado... ni que no fue tentado. El pecador hipotético no pasó por allí. En lugar de eso, otro hombre, que no tenía zapatos para llevarlos dentro o dejarlos fuera, entró en la mezquita. Nadie notó su conducta. No fue consciente del efecto que podría estar causando sobre aquellos que lo veían como tampoco sobre aquellos que no lo veían. Pero debido a su real sinceridad, sus plegarias de hoy en esta mezquita ayudaron, de la manera más directa posible, a todos los ladrones potenciales que hubiesen o no robado zapatos, o que se hubiesen reformado al estar expuestos a la tentación."

"¿No veis aún que el sólo practicar una conducta de conciencia de sí mismo, por más excelente que sea en su propio terreno, es en realidad una cosa pálida, comparada con el conocimiento de que existen verdaderos hombres de sabiduría?"

* * *

Este cuento de las enseñanzas de la Orden Khilwati ("reclusos") fundada por Omar Khilwati, muerto en el año 1397, es citado a menudo. El argumento, común entre los derviches, insiste en que aquellos que han desarrollado ciertas cualidades interiores tienen un efecto mucho más grande sobre la sociedad que aquellos que tratan de actuar basándose solamente sobre principios morales. Los primeros son llamados: "Los verdaderos hombres de acción", y los otros: "Aquellos que no conocen pero que se conducen como si conocieran."

El hombre que caminaba sobre el agua

Un derviche de mente simplona, de una escuela austeramente piadosa, estaba caminando un día por la orilla de un río. Estaba absorto, concentrado en problemas de índole moral y escolásticos, pues ésta era la forma que la enseñanza Sufi había tomado en la comunidad a la que él pertenecía. Equiparaba religión emocional con la búsqueda de la Verdad esencial.

Repentinamente sus pensamientos fueron interrumpidos por un fuerte grito: alguien estaba repitiendo el llamado derviche. "Esto carece de sentido", se dijo a sí mismo, "ya que está pronunciando mal las sílabas. En lugar de decir *ya hu* está diciendo *u ya hu*."

Luego pensó que tenía el deber, como estudiante más cuidadoso, de corregir a esta desafortunada persona, quien tal vez no había tenido la oportunidad de ser correctamente guiada, y por ende, probablemente, sólo estaba haciendo lo mejor que podía para interpretar la idea que yace detrás de los sonidos.

De manera que alquiló un bote e hizo su camino hacia la isla, que se hallaba en medio de la corriente, desde donde el sonido parecía llegar.

Sentado en una cabaña de juncos encontró a un hombre, vestido con un manto derviche, que se movía siguiendo el ritmo de la frase iniciática que repetía. "Amigo mío", dijo el primer derviche, "estás pronunciando mal la frase. Me incumbe decirte esto, ya que hay mérito para aquel que da y para aquel que acepta consejo. Esta es la forma en que la debes decir." Y le dijo la frase.

"Gracias", dijo humildemente el otro derviche. El primer derviche volvió a su bote, lleno de satisfacción por haber hecho una buena acción. Después de todo, se decía que un hombre capaz de repetir la sagrada fórmula correctamente podría inclusive caminar sobre las olas; algo que él nunca había visto, pero que siempre tuvo la esperanza —por alguna razón— de ser capaz de lograr.

Ahora ningún sonido proveniente de la cabaña de juncos llegaba a sus oídos, pero estaba seguro de que su lección había sido bien acogida.

Entonces oyó un vacilante *u ya*, al comenzar el segundo derviche a repetir la frase en la misma forma que antes...

Mientras el primer derviche pensaba en esto, reflexionando sobre la perversidad de la humanidad y su persistencia en el error, vio de repente un extraño espectáculo. Desde la isla, el otro derviche se acercaba caminando sobre la superficie del agua...

Asombrado, dejó de remar. El segundo derviche llegó junto a él y dijo: "Hermano, siento molestarte, pero tuve que venir aquí a preguntarte acerca de la manera corriente de pronunciar la repetición, pues me resulta difícil recordarla."

* * *

En español podemos reproducir sólo uno de los alcances del significado de este cuento, pues las versiones árabes generalmente usan palabras de sonido similar con diferentes significados —homónimos— para destacar la afirmación de que este cuento es un instrumento destinado a llevar la conciencia hacia niveles más profundos, conteniendo al mismo tiempo una moraleja superficial.

Además de figurar en la literatura popular actual en Oriente, la historia se encuentra en manuscritos de enseñanzas derviches, algunos de muy antigua data.

Esta versión es de la Orden Asaaseen ("esencial", "original") del Cercano y Medio Oriente.

La hormiga y la libélula

Una hormiga, con un plan fijo en su mente, estaba mirando una flor, cuando una libélula se precipitó para saborear su cáliz. Se alejó y volvió a lanzarse sobre la flor.

Esta vez la hormiga dijo:

"Tú vives sin trabajar y no tienes plan alguno. ¿Si no tienes ningún propósito real ni aparente, cuál es la característica dominante de tu vida, y dónde terminará ésta?"

Dijo la libélula:

"Yo soy feliz y busco placer, esto para mí es suficiente existencia y objetivo. Mi meta es no tener meta. Tú puedes planear como quieras; no puedes convencerme de que existe algo mejor. Tú a tu plan, yo al mío.

La hormiga pensó:

"Lo que es visible para mí es invisible para ella. Ella sabe lo que les sucede a las hormigas. Yo sé lo que les sucede a las libélulas. Ella a su plan, yo al mío."

Y la hormiga siguió su camino, pues había amonestado a la libélula tanto como fue posible dadas las circunstancias.

Algún tiempo después, sus caminos se volvieron a cruzar.

La hormiga había encontrado una carnicería, y estaba parada discretamente debajo de la tabla de cortar, esperando lo que pudiera llegarle.

La libélula, viendo la carne roja desde arriba se deslizó y posó sobre ella. En aquel momento descendió la cuchilla del carnicero y cortó la libélula en dos.

La mitad de su cuerpo rodó al suelo, cayendo a los pies de la hormiga.

Recogiendo el cadáver y comenzando a arrastrarlo hacia su nido, la hormiga se recitó a sí misma:

"Su plan ha concluido, y el mío continúa: 'Ella a su plan', ha terminado. 'Yo al mío' comienza un ciclo. El orgullo pareció importante; era una cosa transitoria. Una vida de comer para terminar siendo comido por algún otro ser. Cuando yo sugerí esto, todo lo que ella fue capaz de pensar era que yo podría ser una aguafiestas."

* * *

Casi la misma historia se encuentra en el *Libro Divino* de Attar, aunque la aplicación es ligeramente diferente de la de esta versión, que fue relatada por un derviche de Bokhara cerca de la tumba de El-Shah, Bahaudin Naqshband, hace sesenta años. Proviene de un texto Sufi conservado en la Gran Mezquita de Jalalabad.

El cuento del té

En tiempos antiguos, fuera de la China, el té era desconocido. Rumores de su existencia habían llegado tanto a los sabios como a los ignorantes de otros países y ellos trataron de averiguar qué era el té, cada uno de acuerdo con lo que él quería o pensaba que debía ser.

El Rey de Inja ("aquí") envió una embajada a la China, y les fue servido té por el Emperador Chino. Pero, al ver que el pueblo lo bebía también, consideraron que no era apropiado para su amo, el rey: hasta llegaron a imaginar que el Emperador Chino trataba de engañarlos, dándoles otra bebida en lugar del celestial brebaje.

El más grande filósofo de Anja ("allá"), recogió toda la información que pudo acerca del té y llegó a la conclusión de que debía de ser una sustancia que existía sólo raramente, y que era de un orden distinto de cualquier otra cosa conocida hasta entonces. ¿Acaso no se referían a ella diciendo que era una hierba, un agua, verde, negra, a veces amarga, a veces dulce?

En los países de Koshish y Bebinem, durante siglos, la gente probó todas las hierbas que pudo encontrar. Muchos resultaron envenenados, todos se sintieron desilusionados. Nadie había traído la planta del té a sus tierras, y por lo tanto, no pudieron encontrarla. Asimismo, probaron toda clase de líquidos que pudieron encontrar, pero sin éxito.

En el territorio de Mashab ("Sectarismo"), una pequeña bolsa de té era llevada en procesión ante la gente mientras ésta realizaba sus oficios religiosos. A nadie se le ocurría probarlo; en realidad nadie sabía cómo. Todos estaban convencidos de que el

té, en sí, poseía una cualidad mágica. Un hombre sabio les dijo: "Verted agua hirviendo sobre él, ignorantes." Fue colgado y clavado, porque hacer esto, de acuerdo con sus creencias, hubiera significado la destrucción de su té. Esto probaba que era un enemigo de su religión. Antes de morir había transmitido su secreto a unos pocos, y éstos lograron obtener algo de té y beberlo secretamente. Cuando alguien decía: "¿Qué estáis haciendo?", ellos respondían: "Sólo es medicina que tomamos para cierta enfermedad."

Y así sucedía en todo el mundo. El té fue visto crecer realmente por algunos que no lo reconocieron. Fue dado a beber a otros, pero éstos pensaron que era la bebida de la gente común. Había estado en posesión de otros, y éstos lo veneraron. Fuera de China, sólo unos pocos realmente lo bebían, pero a escondidas.

Entonces llegó un hombre de conocimiento y dijo a los mercaderes de té, y a los bebedores de té, y a otros: "El que prueba, conoce. El que no prueba, no conoce. En lugar de hablar sobre el celestial brebaje, nada digáis, pero ofrecedlo en vuestros banquetes. Aquellos a quienes les guste pedirán más. Los que no lo hagan, demostrarán que no están capacitados para ser bebedores de té. Cerrad la tienda de argumentos y misterios. Abrid la casa de té de la experiencia."

El té fue traído a través de las posadas que se hallan a lo largo de la Ruta de la Seda, y cuando un comerciante que transportaba jade, joyas, o seda, se detenía a descansar, hacía té y lo ofrecía a cuanta persona estuviese cerca de él, conociera o no la reputación del té. Este fue el comienzo de las Chaikhanas, las casas de té que fueron establecidas a lo largo de todo el trayecto que va de Pekín a Bokhara y Samarkanda. Y aquellos que probaban, conocían.

Al principio, y nunca olvidéis esto, sólo los grandes y los que pretendían ser sabios fueron quienes buscaron la celestial bebida, y exclamaban: "¡Pero éstas son sólo hojas secas!" o: "¿Por qué hierves agua, extranjero, cuando todo lo que quiero es la celestial

bebida?" o aun: "¿Cómo puedo saber qué es esto? Demuéstramelo. ¡Además el color del líquido no es dorado, sino ocre!"

Cuando se conoció la verdad, y el té se trajo para todos los que querían probarlo, los papeles se invirtieron y las únicas personas que decían cosas parecidas a las que habían dicho los grandes e inteligentes, eran los absolutamente tontos. Tal es la situación hasta el día de hoy.

* * *

Bebidas de todo tipo han sido usadas por casi todas las gentes, como alegorías conectadas con la búsqueda de un conocimiento superior.

El café, la más reciente de las bebidas sociales, fue descubierto por el derviche Sheikh Abu el-Hasan Shadhili, en Moka, Arabia.

A pesar de que los Sufis y algunos otros, a menudo establecen claramente que "las bebidas mágicas" (vino, agua de la vida) simbolizan cierta experiencia, los estudiantes corrientes tienden a creer que el origen de estos mitos proviene del descubrimiento de alguna cualidad alucinógena o embriagante en las bebidas. Según los derviches, tal idea es el reflejo de la incapacidad del investigador para entender que se está hablando simbólicamente.

Este cuento es de las enseñanzas del maestro Hamadani (muerto en 1140), maestro del gran Yasavi de Turquestán.

El rey que decidió ser generoso

Hubo un rey de Irán que dijo a un derviche: "Cuéntame una historia."

El derviche dijo: "Majestad, os contaré el cuento de Hatim Tai, el rey árabe y el hombre más generoso de todos los tiempos; pues si pudiérais ser como él, ciertamente seríais el más grande de los reyes vivientes."

"Comienza a hablar", dijo el rey, "pero si no me complaces, habiendo puesto en duda mi generosidad, perderás tu cabeza." Habló de esta manera, porque en Persia los cortesanos tienen la costumbre de decir al monarca que ya posee las más excelentes cualidades de cualquier otro hombre, pasado, presente o futuro.

"Para continuar", dijo el derviche, a la manera de los derviches (pues no se desconciertan fácilmente), "la generosidad de Hatim Tai superaba, en forma y espíritu, la de todos los otros hombres." Y ésta es la historia que el derviche contó.

Un rey árabe codiciaba las posesiones, las aldeas y oasis, los camellos y los guerreros de Hatim Tai. De modo que este hombre le declaró la guerra a Hatim, enviándole un mensajero con la declaración formal: "Ríndete, de lo contrario invadiré tus tierras, te arrollaré y tomaré posesión de tu estado soberano."

Cuando este mensaje llegó a la corte de Hatim, sus consejeros inmediatamente le sugirieron que movilizara los guerreros en defensa de su reino, diciendo: "Seguramente no hay un solo hombre sano, o mujer, entre tus seguidores, que no ofrezca con gusto su vida en defensa de nuestro querido rey."

Pero Hatim, contrariamente a lo esperado por el pueblo, dijo:

"No, en lugar de que vosotros calbalguéis hacia ellos y derra-

méis vuestra sangre por mí, yo huiré. Si yo llegara a ser el causante del sacrificio de la vida de un solo hombre o mujer, eso estaría lejos del sendero de la generosidad. Si vosotros os rendís pacíficamente, este rey se conformará con sólo tomar vuestros servicios y rentas, y no habréis sufrido pérdidas materiales. Si, de lo contrario, vosotros resistís, tendría derecho, según las convenciones de guerra, a considerar vuestras propiedades como botín y, de perder, quedaríais sin un centavo."

Habiendo dicho esto, Hatim solamente tomó un fuerte bastón y fue a las montañas cercanas, donde encontró una caverna, y se entregó a la contemplación.

La mitad del pueblo quedó profundamente afectada por el sacrificio que Hatim Tai había hecho de su riqueza y posición en favor de ellos. Pero otros, especialmente los que ambicionaban hacerse un nombre en el campo de la valentía, murmuraron: "¿Cómo sabemos que este hombre no es un simple cobarde?" Y otros, que tenían poco coraje, murmuraron contra él, diciendo: "En cierto modo, él se ha salvado; pues nos ha abandonado a un destino desconocido. Puede que lleguemos a ser esclavos de este rey desconocido, que es, después de todo, lo suficientemente tirano como para declarar la guerra a sus vecinos."

Otros, sin saber qué creer, permanecieron en silencio, hasta tanto tuvieran algunos elementos para hacerse una opinión.

Y así fue como el rey tirano, acompañado por sus resplandecientes huestes, tomó posesión del dominio de Hatim Tai. No aumentó los impuestos, no tomó para sí más de lo que Hatim había tomado del pueblo, a cambio de ser su protector y administrador de justicia. Pero una cosa lo perturbaba. Eran los rumores de que, a pesar de haberse apoderado de un nuevo reino, éste le había sido entregado por un acto de generosidad de Hatim Tai. Tales eran las palabras de algunos pobladores.

"No puedo ser el amo de esta tierra", declaró el tirano, "hasta que no haya capturado a Hatim Tai en persona. Mientras viva, habrá una cierta lealtad hacia él en el corazón de algunas de estas

gentes. Esto significa que no son por completo mis súbditos, a pesar de que se comportan exteriormente como tales."

De manera que publicó un edicto anunciando que cualquiera que le trajera preso a Hatim Tai sería recompensado con cinco mil piezas de oro. Hatim Tai no supo nada de esto, hasta que un día, sentado fuera de su caverna, escuchó una conversación entre un leñador y su mujer.

El leñador dijo: "Querida esposa, ya estoy viejo y tú eres mucho más joven que yo. Tenemos hijos pequeños, y según el orden natural de los hechos, es de suponer que yo muera antes que tú, siendo los niños aún pequeños. Si solamente pudiéramos encontrar y capturar a Hatim Tai, por quien hay una recompensa de cinco mil piezas de oro ofrecida por el nuevo rey, tu futuro estaría asegurado."

"¡Deberías avergonzarte!", dijo su mujer. "Sería mejor que murieses y que yo y nuestros niños padeciésemos hambre, antes que nuestras manos se manchasen con la sangre del hombre más generoso de todos los tiempos, que lo ha sacrificado todo por nosotros."

"Todo eso está muy bien", dijo el viejo, "pero un hombre tiene que pensar en sus propios intereses. Después de todo, yo tengo responsabilidades. Y, de todos modos, cada día hay más personas que creen que Hatim es un cobarde. Es sólo cuestión de tiempo, hasta que registren todos los escondites, en busca de él."

"La creencia en la cobardía de Hatim es alimentada por el amor al oro. Más habladurías de esta clase y Hatim habrá vivido en vano."

En ese momento Hatim se levantó y se presentó a la sorprendida pareja. "Yo soy Hatim Tai", dijo. "Llévame al nuevo rey y reclama tu recompensa."

El viejo quedó avergonzado y sus ojos se llenaron de lágrimas. "No, gran Hatim", dijo, "no puedo decidirme a hacer esto."

Mientras discutían, un grupo de personas, que había estado buscando al rey fugitivo, se acercó.

"Si no lo haces", dijo Hatim, "yo me entregaré al rey y le diré que me has estado escondiendo. En ese caso serás ejecutado por traición."

Dándose cuenta de que éste era Hatim, la turba se abalanzó, sujetó a su antiguo rey y lo llevó ante el tirano; el leñador los siguió tristemente.

Cuando llegaron a la corte, cada uno pretendió haber capturado a Hatim. El antiguo rey, percibiendo la irresolución en la cara de su sucesor, pidió permiso para hablar. "Debes saber, oh Rey, que mi testimonio también debería ser escuchado. Fui capturado por este viejo leñador y no por aquella turba. Por lo tanto, entrégale su recompensa, y haz conmigo lo que quieras..."

Entonces el leñador se adelantó y contó al rey la verdad acerca de cómo Hatim había ofrecido sacrificarse por la seguridad futura de su familia.

El nuevo rey quedó tan abrumado por esta historia que ordenó a su ejército retirarse, puso a Hatim Tai de nuevo en su trono y retornó a su propio país.

Después de oír esta historia, el rey de Irán, olvidando su amenaza contra el derviche, dijo: "Un cuento excelente, oh derviche, y del cual podemos beneficiarnos. Tú, en todo caso, no puedes beneficiarte, pues ya has abandonado tus esperanzas de esta vida y no eres poseedor de nada. Pero yo, yo soy un rey. Y soy rico. Los reyes árabes, gente que vive de lagartos hervidos, no pueden igualar a un persa cuando se trata de la real generosidad. ¡Se me ocurre una idea! ¡Pongámonos a trabajar!"

Llevando al derviche consigo, el rey de Irán reunió a sus mejores arquitectos en un amplio espacio al aire libre y les ordenó diseñar y construir un inmenso palacio. Debía constar de una cámara del tesoro en su centro y de cuarenta ventanas.

Cuando estuvo terminado, el rey ordenó reunir todos los vehículos disponibles para que el palacio fuese llenado con piezas de oro. Luego de muchos meses de actividad, se publicó una proclama:

"¡Atención! El Rey de Reyes, Fuente de Generosidad, ordenó que un palacio con cuarenta ventanas fuese construido. Él, personalmente, todos los días, distribuirá oro a toda persona necesitada, desde esas ventanas."

Como era de prever, grandes multitudes de necesitados se reunían y el rey entregaba, cada día desde una ventana distinta, una pieza de oro a cada solicitante. Notó que había cierto derviche que se presentaba todos los días ante la ventana, tomaba su pieza de oro y se retiraba. Al principio el rey pensó: "Tal vez lleve el oro a algún necesitado." Luego, al ver al hombre nuevamente, pensó: "Tal vez está aplicando la regla derviche de la caridad secreta, y redistribuye el oro." Y cada día al volverlo a ver, lo disculpaba en su mente, hasta que, al cuadragésimo día, el rey sintió que su paciencia había llegado a su límite. Tomando la mano del derviche, dijo: "¡Miserable desagradecido! No dices 'Gracias', ni demuestras estima alguna por mí. No sonríes, no te inclinas, vuelves día tras día. ¿Cuánto tiempo puede continuar aún esta manera de proceder? ¿Estás ahorrando a expensas de mi generosidad para hacerte rico, o estás prestando el oro a interés? Muy lejos estás del comportamiento de los que visten la honorable insignia del manto con parches."

En cuanto estas palabras fueron pronunciadas, el derviche arrojó las cuarentas piezas de oro que había recibido. Dijo al rey: "Debes saber, oh Rey de Irán, que la generosidad no puede existir sin que tres cosas la precedan. La primera es dar sin el sentimiento de la generosidad; la segunda es la paciencia; la tercera es no tener ninguna sospecha."

Pero el rey nunca aprendió. Para él, la generosidad estaba estrechamente ligada con lo que la gente pensara de él y con lo que él sentía al ser "generoso."

* * *

Esta historia tradicional conocida por los lectores principalmente a través del clásico Urdu, *El Cuento de los Cuatro Derviches*, ilustra sintéticamente importantes enseñanzas Sufis.

La emulación sin las cualidades básicas para sustentarlas resulta infructuosa. La generosidad no puede ser puesta en práctica a menos que otras virtudes se desarrollen paralelamente.

Algunas personas no pueden aprender aun estando en contacto con una enseñanza, representada esta última en el cuento por el primero y segundo derviches.

La cura con sangre humana

Se le preguntó a Maulana Bahaudin Naqshband: "¿Cómo es que hombres indignos, o niños —tal como ocurre en tantas historias— pueden ser espiritualizados por una mirada, o de algún modo indirecto, simplemente por entrar en contacto con un gran maestro?"

Dio como respuesta la siguiente historia, diciendo que este método parangonaba el camino indirecto de la espiritualización.

En los tiempos del gran Imperio Bizantino, uno de sus emperadores cayó enfermo de una terrible enfermedad, que ningún médico podía curar. Envió embajadores a todos los países con una descripción completa del mal. Uno de ellos, llegó a la escuela del gran El-Ghazali, un Sufi, a quien el Embajador sólo conocía como uno de los grandes sabios de Oriente. El-Ghazali pidió a uno de sus discípulos que viajara a Constantinopla.

Cuando el hombre, El-Arif, llegó, fue llevado a la Corte y atendido con todos los honores. El Emperador le suplicó que efectuase la cura. El Sheik El-Arif preguntó cuáles eran los remedios que habían sido ensayados y cuáles otros pensaban ensayar. Luego examinó al paciente.

Finalmente pidió que se reuniese la corte en pleno, e hizo su declaración de cómo podría efectuarse la cura.

Cuando todos los nobles del imperio estuvieron reunidos, el Sufi dijo: "Sería mejor que Su Majestad Imperial hiciera uso de la fe."

"El Emperador tiene fe", contestó un clérigo, "pero ella no tiene efecto terapéutico."

"En ese caso", dijo el Sufi, "estoy obligado a decir que existe

un solo remedio en la tierra que podría salvarlo. Pero no deseo nombrarlo, tan terrible es."

Pero lo presionaron, le prometieron riquezas, lo amenazaron y lo halagaron. Finalmente dijo:

"Un baño en la sangre de varios centenares de niños menores de siete años curará al Emperador."

Cuando la confusión y la alarma causadas por estas palabras se apaciguaron, los Consejeros de Estado decidieron que valía la pena probar el remedio. Es cierto que algunos dijeron que nadie tenía el derecho de intentar semejante barbaridad por una orden dada por un extranjero de dudoso origen. La mayoría, sin embargo, consideró que debía correrse cualquier riesgo para preservar la vida de un Emperador como éste, a quien todos respetaban y casi adoraban.

Se impusieron al monarca, a pesar de la renuencia de éste, diciendo: "Su Majestad Imperial no tiene derecho a rehusarse; pues de hacerlo, privaría a su Imperio de algo más que la vida de todos sus súbditos; frente a este panorama, mucho menos aún representa la vida de unos cuantos niños."

Por lo tanto, se hizo correr la voz de que todos los niños de Bizancio cuya edad era la requerida, debían ser enviados a Constantinopla dentro de cierto plazo, a fin de ser sacrificados por la salud del Emperador.

En la mayoría de los casos las madres de estos niños maldijeron a su soberano, por ser tan monstruoso como para exigir, para su propia salvación, la carne y la sangre de sus hijos. Algunas, sin embargo, rezaron para que el Emperador pudiese ser curado antes del momento fijado para la matanza de sus niños.

El Emperador mismo, transcurrido cierto tiempo, comenzó a sentir que no podía permitir, bajo ningún pretexto, que se llevara a cabo la matanza de los niños. El problema lo puso en un estado de ánimo tal, que lo torturaba día y noche, hasta que finalmente dio a conocer un edicto: "Prefiero morir yo, antes de ver morir a los inocentes."

Apenas hubo dicho esto, su enfermedad comenzó a ceder, y pronto estuvo completamente restablecido. Pensadores superficiales concluyeron inmediatamente que había sido recompensado por su buena acción. Otros, igualmente superficiales, atribuyeron su mejoría al alivio de las madres de los niños actuando sobre el poder Divino.

Cuando preguntaron al Sufi El-Arif cuáles fueron los medios por los que la enfermedad había cedido, dijo: "Puesto que no tenía fe, necesitaba tener algo equivalente a ella. Este equivalente fue su resolución, unida a los constructivos deseos de las madres que anhelaban la curación de la enfermedad antes de un cierto período de tiempo."

Y los bizantinos burlones dijeron: "Qué especial designio de la Divinidad fue el que hizo que el Emperador curara en respuesta a las sagradas plegarias del clero, antes de que la sanguinaria fórmula del Sarraceno fuese intentada. Pues ¿acaso no era evidente que él sólo intentaba destruir la flor de nuestra juventud, que de otro modo crecería, y podría un día luchar contra los de su clase?"

Cuando la cuestión fue informada a El-Ghazali, éste dijo: "Un efecto puede tener lugar sólo mediante una manera ideada para que opere en el tiempo asignado para su logro."

Tal como el médico Sufi tuvo que adaptar su método a la gente que lo rodeaba, de la misma manera el espiritualizador derviche puede activar la cognición interior del niño, o del indigno, aun hasta en el dominio de la ciencia de la Verdad, por el empleo de métodos conocidos por él y dados a él con este propósito. Esto último fue la explicación de Nuestro Maestro Bahaudin.

* * *

Khwaja Bahaudin se convirtió en jefe de la Orden de los Maestros (Khwajagan) de Asia Central en el Siglo XIV. Su apellido, que significa "Diseñador", fue adoptado como nombre de la Escuela.

De Bahaudin de Bokhara, se dice que reformó las enseñanzas de

los Maestros, adaptando prácticas a las necesidades corrientes y reuniendo vestigios de la tradición desde sus raíces mismas.

Pasó siete años de su vida como cortesano, siete cuidando animales y siete construyendo caminos antes de convertirse en maestro. Su maestro fue el gran Baba el-Samasi.

Los peregrinos eran atraídos al centro de enseñanza de Bahaudin desde el "otro extremo de China." Los miembros de la Orden se esparcieron a través de los imperios de Turquía e India, y hasta Europa y Africa. No usaban ropaje especial y se sabe menos sobre ellos que sobre cualquier otra Orden. Bahaudin era conocido como El-Shah. Algunos de los más grandes poetas clásicos persas eran Naqshbandis. Importantes libros Naqshbandis son: *Las Enseñanzas de El-Shah*, *Secretos del Camino Naqshbandi* y *Gotas de la Fuente de la Vida*. Sólo se encuentran en forma manuscrita.

Maulana ("Nuestro Maestro") Bahaudin, nació a dos millas de Bokhara y está enterrado cerca de allí en Qasr-i-Arifin, la Fortaleza de los Conocedores.

Este cuento, obtenido en respuesta a una pregunta, proviene de *Lo que dijo Nuestro Maestro*, también llamado *Enseñanzas de El-Shah*.

La represa

Había una vez una viuda que vivía con sus cinco pequeños hijos en una parcela irrigada cuyas cosechas les brindaban un magro sustento. Sus derechos de utilizar suficiente agua habían sido usurpados por un tirano que había obstruído y cerrado el canal que les hubiese traído abundancia. El hermano mayor trató en muchas ocasiones de quitar la barrera, pero él por sí solo no era lo suficientemente fuerte y sus hermanos menores eran niños. Además, sabía que el tirano siempre podría restaurar la represa, de manera que sus esfuerzos fueron más heroicos que prácticos.

Un día, su padre pareció manifestársele en una visión. Le dio ciertas instrucciones, instrucciones de esperanza. Poco tiempo después el villano, enojado por la conducta independiente del joven, lo acusó de buscapleitos y, difundiendo esta acusación por todo el territorio, logró que la gente sintiese hostilidad hacia él.

Este joven partió hacia una lejana ciudad, donde trabajó muchos años como ayudante de un mercader. De tiempo en tiempo enviaba a su hogar todo el dinero que podía a través de mercaderes viajeros. Debido a que no quería que los suyos sintiesen obligación, y a que resultaba más seguro para los mismos mercaderes el no ayudar a gente desacreditada, les pidió a éstos que entregasen el dinero, supuestamente, a cambio de pequeños servicios solicitados a sus hermanos.

Después de muchos años, llegó el momento en que el hermano mayor debía regresar. Cuando se presentó en su hogar, sólo uno de los hermanos lo reconoció y aun éste no estaba muy seguro, ya que estaba mucho más viejo.

"Mi hermano mayor tenía cabello negro", dijo el más joven.

"Pero tengo más años ahora", dijo el mayor.

"Nosotros no somos mercaderes; ¿cómo puede ser que este hombre, vestido así y hablando de esa forma, sea uno de nosotros?", dijo otro hermano.

Se le explicó la razón, pero no quedó del todo convencido.

"Recuerdo cuando vosotros cuatro quedabais a menudo a mi cuidado, y cómo añorabais la borboteante agua retenida más allá de la represa", dijo el hermano mayor.

"No lo recordamos", dijeron, pues el tiempo los había hecho casi ignorantes de su condición.

"Pero yo os envié regalos, con los que os habéis mantenido primordialmente desde que el agua terminó por secarse", dijo el mayor.

"No sabemos de regalo alguno; sólo hemos tenido dinero que ganamos por nuestros propios servicios prestados a diversos viajantes", contestaron a coro.

"Describe a nuestra madre", dijo uno de ellos, insistiendo en la búsqueda de una prueba.

Mas como ella había fallecido hacía tanto tiempo, y sus memorias se habían enturbiado, todos encontraron argumentos de crítica frente a la descripción dada por su hermano mayor.

"Bueno, aun si realmente eres nuestro hermano, ¿qué has venido a decir?", preguntaron.

"Que el tirano ha muerto; que sus tropas han desertado en busca de otros amos que los mantengan ocupados; que ha llegado el momento para que todos juntos devolvamos el verdor y la alegría a esta tierra."

"No recuerdo tirano alguno", dijo el primer hermano.

"La tierra ha sido siempre así", dijo el segundo.

"¿Por qué deberíamos hacer lo que *tú* dices?", preguntó el tercero.

"Con gusto te ayudaría, pero no comprendo realmente de qué me hablas", dijo el cuarto.

"Además, no necesito agua", dijo el primer hermano. "Junto ramas secas que uso para prender fuego. Los mercaderes se detienen junto al fuego, y me pagan por hacerles algunos servicios."

"Además", dijo el segundo hermano, "de haber agua aquí, se inundaría el pequeño bajío en el que tengo mi carpa ornamentada. Algunas veces los mercaderes se detienen para admirarla y me dan propinas."

"Por mi parte", dijo el tercer hermano, "yo quisiera que hubiese agua, pero no sé si el agua podría restaurar esta tierra."

El cuarto hermano guardó silencio.

"Pongámonos a trabajar", dijo el mayor.

"Mejor es que esperemos hasta ver si vienen los mercaderes", dijeron los demás.

"Por supuesto que no vendrán, pues era yo quien los enviaba," dijo el mayor.

Pero discutieron, y discutieron, y discutieron.

Esta no era la estación en que los mercaderes tomaban ese camino, ya que la nieve, como sucedía en esa época del año, había bloqueado los pasos que conducían a la tierra de los hermanos.

Antes de que llegara la estación en que las caravanas transitaban el Camino de la Seda, apareció un segundo tirano, peor que el primero. Como aún no se sentía seguro de sí mismo como usurpador, sólo se apoderaba de tierras abandonadas. Vio la represa, y su aspecto abandonado hizo mayor su codicia; de manera que no sólo se apoderó de ella, sino que, cuando tuvo el poder suficiente, decidió esclavizar a los hermanos, pues todos, incluso el más viejo, eran hombres robustos.

Y los hermanos todavía están discutiendo. Es muy improbable que algo detenga al tirano ahora.

* * *

Atribuido a Abu-Ali Mohamed, hijo de el-Qasim el-Rudbari, es éste un famoso cuento del Sendero de los Maestros, el Tariqa-i-Khwajagan.

Ilustra los misteriosos orígenes de las enseñanzas Sufis, que provienen de una parte aunque parezcan proceder de otra, debido a que la mente humana no puede percibir (como ocurría con los hermanos en la fábula), la "verdadera Fuente."

Rudbari rastreó su "Cadena de Sucesión" de enseñanza de entre los grandes antepasados Sufis, especialmente de Shibli, Bayazid y Hamdun Qassar.

Los tres derviches

Había una vez tres derviches. Sus nombres eran Yak, Do, y Se. Provenían del Norte, del Oeste y del Sur respectivamente. Tenían una cosa en común: estaban buscando la Verdad Profunda, y trataban de encontrar un Camino.

El primero, Yak-Baba, se sentó a meditar hasta que tuvo dolor de cabeza. El segundo, Do-Agha, se paró de cabeza hasta que le dolieron los pies. El tercero, Se-Kalandar, leyó libros hasta que su nariz sangró.

Finalmente decidieron realizar un esfuerzo en común. Se recluyeron y realizaron sus ejercicios al unísono, esperando, de esta manera, incitar suficientemente su empeño como para provocar la aparición de la Verdad, a la que ellos llamaban la Verdad Profunda.

Perseveraron durante cuarenta días y cuarenta noches. Finalmente, en un torbellino de humo blanco, como surgiendo del suelo, apareció frente a ellos la cabeza de un hombre muy anciano. "¿Eres tú el misterioso Khidr, guía de los hombres?", preguntó el primero. "No, es el Qutub, el Pilar del Universo", dijo el segundo. "Estoy convencido de que éste no es otro que uno de los Abdals, Los Transformados", dijo el tercero.

"No soy ninguno de éstos", bramó la aparición, "pero soy lo que vosotros pensáis que soy. Ahora bien, ¿todos buscáis la misma cosa, a la que llamáis la Verdad Profunda?"

"Sí, Oh Maestro", contestaron a coro.

"¿Es que nunca habéis oído el dicho: 'Existen tantos Caminos como corazones de hombres'?", preguntó el rostro. "De cualquier manera, he aquí vuestros caminos:"

"El Primer derviche viajará a través del País de los Tontos; el Segundo derviche tendrá que encontrar el Espejo Mágico; el Tercer derviche deberá invocar la ayuda del Genio del Remolino." Después de haber dicho esto, desapareció.

Se produjeron algunas discusiones, no sólo porque los derviches querían más información antes de partir, sino también porque, aunque todos habían practicado caminos distintos, cada uno, sin embargo, creía que existía un solo camino: el propio, por supuesto. Ahora bien, ninguno estaba seguro de que su propio camino fuese suficientemente útil, aunque hubiese sido responsable, en parte, del haber materializado la aparición que acababan de ver, y cuyo nombre desconocían.

Yak-Baba fue el primero en abandonar la celda, y en lugar de preguntar a cualquiera, como había sido su costumbre, la dirección de algún hombre sabio de la vecindad, preguntó a cuanta persona cruzaba si conocía el País de los Tontos. Finalmente, después de muchos meses, alguien supo indicarle, y partió hacia allí. Tan pronto entró en ese País, vio a una mujer cargando una puerta sobre sus espaldas. "Mujer, ¿por qué haces eso?", preguntó.

"Porque esta mañana mi esposo, antes de dirigirse a su trabajo, me dijo: 'Esposa, hay cosas valiosas en la casa; no dejes que nadie pase esta puerta.' Cuando salí, cargué la puerta conmigo, de manera que nadie la pudiese pasar. Por favor, ahora, deja que *yo* te pase a *ti*."

"¿Quieres que te diga algo que hará innecesario que lleves la puerta contigo a todas partes?", preguntó el derviche Yak-Baba.

"De ninguna manera", contestó. "Lo único que podría ayudarme sería que me dijeras cómo aligerar el peso de la puerta."

"No puedo hacer tal cosa", dijo el derviche, y dicho esto se separaron.

Un poco más adelante, encontró un grupo de personas. Estaban acurrucadas, llenas de terror frente a una enorme sandía que había crecido en un campo. "Nunca hemos visto antes uno de estos

monstruos, seguramente seguirá creciendo y nos matará a todos. Pero tenemos miedo de tocarlo", le dijeron.

"Os gustaría saber algo acerca de él?", les preguntó.

"No seas tonto", le contestaron. "Mátalo y serás recompensado; ninguna otra cosa relacionada con él nos interesa." Fue así como el derviche sacó un cuchillo, se acercó a la sandía, cortó una tajada y empezó a comerla.

En medio de terribles gritos de terror, la gente le entregó un puñado de monedas. Al marcharse el derviche, le dijeron: "¡Por favor no regreses, Honorable Asesino de Monstruos! ¡No regreses a matarnos también a nosotros!"

De este modo, gradualmente, aprendió que en el País de los Tontos, para poder sobrevivir, uno debía poder pensar y hablar como si fuese un tonto. Luego de varios años logró devolver la razón a algunos tontos y en recompensa por esto logró alcanzar un día el Conocimiento Profundo. Mas, aunque alcanzó la santidad en el País de los Tontos, éstos lo recordaron simplemente como el Hombre que Despanzurró al Monstruo Verde y Bebió Su Sangre. Trataron de hacer lo mismo para alcanzar el Conocimiento Profundo, pero nunca lo lograron.

Mientras tanto, Do-Agha, el Segundo derviche, partió a la búsqueda del Conocimiento Profundo. Por los sitios que pasaba, en lugar de preguntar por los sabios locales o por nuevos ejercicios y posturas, sólo preguntó si alguien sabía algo del Espejo Mágico. Recibió muchas respuestas que lo despistaron, pero finalmente comprendió dónde podría estar. Se encontraba en un pozo, colgado de un hilo delgado como un cabello, y este espejo era sólo un fragmento, pues estaba hecho de los pensamientos de los hombres y no había suficientes pensamientos para construir un espejo entero.

Cuando hubo engañado al demonio que custodiaba el Espejo, Do-Agha fijó la mirada en el espejo y pidió el Conocimiento Profundo. Este le fue otorgado en seguida. Se estableció en una región donde, muy feliz, enseñó por muchos años. Mas, debido

a que sus discípulos no mantuvieron el mismo grado de concentración necesario para renovar periódicamente el espejo, éste se esfumó. Aún hoy existen personas que fijan su mirada en espejos, pensando que es el Espejo Mágico de Do-Agha, el derviche.

En cuanto al Tercer derviche, Se-Kalandar, buscó al Genio del Remolino por todas partes. Este Genio era conocido por distintos nombres, pero el Kalandar no lo sabía. Se cruzó, durante años, con las huellas del Genio sin llegar a encontrarlo, ya fuese porque en ese lugar no se lo conocía como Genio o porque no se referían a él asociándolo con un remolino.

Finalmente, luego de muchos años, llegó a un pueblo donde preguntó: "¿Oh Gente! ¿Alguno de vosotros sabe algo del Genio del Remolino?"

"Nunca he oído nada sobre el Genio, pero este pueblo se llama Remolino", alguien dijo.

El Kalandar se arrojó al suelo y exclamó: "¡No abandonaré este sitio hasta que el Genio del Remolino se me aparezca!"

El Genio, que se hallaba oculto en las cercanías, en medio de un remolino, surgió frente a él y le dijo: "No nos gusta que haya extranjeros cerca de nuestra aldea, derviche; por esa razón he venido a ti. ¿Qué es lo que buscas?"

"Busco el Conocimiento Profundo, y me informaron en tales y tales circunstancias que tú podrías decirme cómo encontrarlo."

"Por cierto que puedo", dijo el Genio. "Tú has pasado por mucho. Todo lo que te queda por hacer es decir tal y tal frase, cantar tal y tal canción, llevar a cabo tal y tal acción y evitar tal y tal otra. Entonces alcanzarás el Conocimiento Profundo."

El derviche agradeció al Genio y comenzó su programa. Pasaron meses, luego años, hasta que logró realizar correctamente sus devociones y ejercicios. La gente se acercaba a él y lo observaba; luego comenzaron a imitarlo, debido a su celo y a que era conocido como hombre devoto y meritorio.

Finalmente, el derviche alcanzó el Conocimiento Profundo, dejando tras de sí un grupo de gente devota, que siguió con sus

métodos. Ellos, por supuesto, nunca alcanzaron el Conocimiento Profundo, porque estaban comenzando por el final del curso de estudio del Derviche.

Desde entonces, siempre que partidarios de estos tres derviches se encuentran, uno dice: "Aquí tengo mi espejo, míralo con suficiente insistencia y lograrás en su momento alcanzar el Conocimiento Profundo."

Otro replica: "Sacrifica una sandía, y esto te ayudará como al Derviche Yak-Baba."

Un tercero interrumpe: "¡Absurdo! El único camino es el perseverar en el estudio y organización de ciertas posturas, plegarias y buenas acciones."

Cuando hubieron alcanzado el Conocimiento Profundo, los tres derviches descubrieron que eran incapaces de ayudar a aquellos que habían dejado atrás. Como ocurre cuando un hombre transportado por una corriente ve a un bisoño perseguido por un leopardo, y le es imposible acudir en su ayuda.

* * *

Las aventuras de estos hombres —sus nombres significan "uno", "dos" y "tres", respectivamente— son tomadas a veces como una sátira a la religión convencional.

Este es un resumen de un famoso cuento-enseñanza, "Lo que aconteció a los Tres." Se atribuye al maestro Sufi Murad Shami, el jefe de los Muradis, muerto en 1719. Los derviches que relatan este cuento sostienen que posee un mensaje interior mucho más importante, en un sentido práctico, que su significado superficial.

Los cuatro tesoros mágicos

Cuatro santos derviches de la jerarquía segunda, se reunieron y decidieron buscar, por toda la superficie de la tierra, objetos con los que pudiesen ayudar a la humanidad. Habían estudiado cuanta cosa estuvo a su alcance y concluyeron que mediante este tipo de cooperación podrían servir de la mejor manera posible.

Decidieron encontrarse nuevamente treinta años después.

El día indicado se reunieron nuevamente. El primero trajo consigo desde el extremo Norte un bastón mágico. Quien lo montase podía alcanzar su destino de inmediato. El segundo había traído del extremo Oeste una capucha mágica. Quien la pusiera sobre su cabeza podría cambiar de inmediato su apariencia, logrando así hacerse pasar por cualquier otro ser viviente. El tercero, como resultado de sus viajes y búsquedas por el extremo Oriente, trajo un espejo mágico. Con sólo desearlo, se podía contemplar en él cualquier lugar de la Tierra. El cuarto derviche, trabajando en el extremo Sur, había traído un tazón mágico, con el que cualquier enfermedad podía curarse.

Así equipados, los derviches miraron en el Espejo para encontrar la fuente del Agua de la Vida, que les permitiría vivir lo suficiente como para dar uso eficaz a estos instrumentos. Encontraron la Fuente de la Vida; volaron a ella en el Bastón mágico y bebieron del Agua.

Una vez hecho esto, efectuaron una invocación para descubrir quién era el ser más necesitado de sus servicios. Apareció en el Espejo el rostro de un hombre que se encontraba al borde de la muerte. Se hallaba a muchos días de viaje.

Inmediatamente los derviches montaron el Bastón mágico y

volaron en un abrir y cerrar de ojos, hasta el hogar del enfermo.

"Somos famosos médicos", le dijeron al hombre que estaba en la puerta, "y nos hemos enterado de que tu amo se halla enfermo. Permítenos entrar y lo ayudaremos."

Cuando el enfermo oyó esto, ordenó que los derviches fuesen traídos hasta su lecho. Sin embargo, tan pronto los vio, su salud empeoró; casi como si hubiese sufrido un ataque. Fueron echados de su presencia. Uno de los sirvientes les explicó que el enfermo era enemigo de los derviches y los odiaba.

Colocándose, uno por uno, la Capucha mágica, cambiaron su apariencia tomando así un aspecto agradable para el enfermo. De esta manera se presentaron nuevamente, pero esta vez como cuatro médicos diferentes.

Tan pronto el hombre hubo bebido una medicina del Tazón Mágico, se sintió como nunca en su vida. Estaba contentísimo, y como era un hombre rico, recompensó a los derviches, obsequiándolos con una de sus casas; los derviches se instalaron en ella.

Se quedaron a vivir en esta casa, y todos los días se alejaban en distintas direcciones usando, para beneficio de la humanidad, los objetos mágicos que habían reunido.

Un día, sin embargo, cuando los otros derviches estaban haciendo sus recorridas habituales, llegaron unos soldados y arrestaron al derviche que poseía el Tazón que curaba. El rey de ese país había oído hablar de este gran médico; había mandado por él para que curase a su hija, que sufría una extraña enfermedad.

El derviche fue conducido junto al lecho de la princesa. Le ofreció una de las medicinas que ella solía tomar, pero servida en el Tazón especial. Mas, encontrándose imposibilitado de consultar con el Espejo mágico cuál era la cura, ésta no dio resultado.

La princesa no mejoró, y el rey ordenó que se clavara al derviche en una pared. Este rogó que le dieran tiempo para consultar a sus amigos, pero el rey, que era impaciente, pensó que esto sólo era una estratagema para poder escapar.

Tan pronto como los otros derviches arribaron a su morada, miraron en el Espejo mágico para descubrir dónde había ido su compañero. Viéndolo al borde de la muerte volaron inmediatamente en su ayuda, utilizando el Bastón mágico. Lo salvaron justo a tiempo. Pero no pudieron salvar a la hija del rey, pues el Tazón no pudo ser encontrado.

Mirando en el Espejo mágico, los derviches vieron que había sido arrojado, por orden del rey, a los abismos del océano más profundo de la Tierra.

A pesar de disponer de los otros objetos milagrosos, les tomó mil años recobrar el tazón. A partir de la experiencia con la princesa, estos cuatro derviches trabajaron siempre en secreto, de manera que, mediante una hábil manera de actuar, cuanto hicieran en beneficio de la humanidad pareciese haber sido hecho en forma fácilmente explicable.

* * *

Esta leyenda se asemeja a muchos cuentos orientales que tratan sobre dispositivos mágicos frecuentemente encontrados en narraciones folklóricas.

Algunos ven en ella una alusión encubierta a la afirmación de que Jesús no murió en la Cruz. Otros sostienen que se refiere a las cuatro técnicas de las principales escuelas derviches de Oriente y su amalgamación por los Naqshbandis en la India y Khorasan.

La explicación más común, dada por los Sufis, es que el "trabajo derviche" consiste en cuatro elementos que deben ser aplicados juntos y en secreto.

Los sueños y el trozo de pan

Tres viajeros en una larga y agotadora travesía se hicieron compañeros, compartiendo los mismos placeres e infortunios, haciendo comunes todos sus recursos.

Después de muchos días, se dieron cuenta de que todo lo que tenían era un trozo de pan y un trago de agua en un cuero. Terminaron discutiendo para quién debería ser todo el alimento. Al no hacer progresos al respecto, trataron de dividir el pan y el agua. Aun así no pudieron llegar a una conclusión.

Como ya anochecía, uno de ellos sugirió finalmente que deberían dormir. Cuando despertaran, aquél que hubiese tenido el sueño más notable, decidiría que debería hacerse.

A la mañana siguiente, los tres se levantaron al salir el sol.

"Este es mi sueño", dijo el primero. "Fui transportado a lugares indescriptibles, tan maravillosos y serenos eran. Me encontré con un hombre sabio que me dijo: 'Tú mereces el alimento, ya que tu vida, pasada y futura, es meritoria y merecedora de admiración'."

"Qué extraño", dijo el segundo hombre, "ya que en mi sueño realmente vi todo mi pasado y futuro. En mi futuro, vi un hombre de gran conocimiento que dijo: 'Tú mereces el pan más que tus amigos, pues eres más erudito y paciente. Debes alimentarte bien, ya que estás destinado a conducir a los hombres'."

El tercer viajero dijo: "En mi sueño nada vi, nada oí, nada dije. Sentí una apremiante presencia, que me forzó a levantarme, buscar el pan y el agua e ingerirlos en ese mismo momento, y eso es lo que hice."

* * *

Este es uno de los cuentos de una serie atribuída a Shah Mohammed Gwath Shattari, muerto en 1563. Escribió el famoso tratado *Cinco Jovas*, en el cual la manera en que el hombre alcanza estados superiores se describe en terminología de magia y brujería, basado en modelos antiguos. Fue un Maestro iniciador de no menos de catorce Ordenes; y muy estimado por el Emperador Indio Humayun.

Aunque consagrado por algunos como un santo, ciertos clérigos consideraron que algunos de sus escritos infringían escrituras sagradas y por lo tanto procuraron su ejecución. Finalmente, fue exculpado de herejía, en razón de que cosas dichas en un estado especial de la mente no pueden ser juzgadas mediante patrones escolásticos ordinarios. Su tumba se halla en Gwalior, un muy importante lugar de peregrinación Sufi.

La misma trama de este cuento puede encontrarse en las historias de los monjes cristianos de la Edad Media.

Pan y joyas

Una vez un rey decidió dar una parte de sus riquezas a modo de caridad desinteresada. Al mismo tiempo, quiso ver qué sucedía con ella, de manera que llamó a un panadero en quien podía confiar y le dijo que horneara dos panes. Dentro del primer pan debía colocar una cantidad de joyas, y el otro hacerlo nada más que de harina y agua.

Los panes tenían que ser entregados al más y al menos piadoso de los hombres que el panadero pudiese encontrar.

A la mañana siguiente, dos hombres se presentaron frente al horno. Uno estaba vestido como un derviche y parecía muy piadoso, aunque en realidad sólo se trataba de un farsante. El otro, que guardó silencio, le recordó al panadero, por una semejanza de rasgos faciales, a un hombre que le desagradaba.

El panadero entregó el pan que contenía las joyas al hombre que llevaba el manto derviche, y el pan común al segundo hombre.

Tan pronto como recibió su pan, el falso derviche lo palpó y sopesó en su mano. Sintió las joyas, que a él le parecieron grumos en la masa, harina sin mezclar. Sostuvo el pan en su mano, y el peso de las joyas hizo que a él le pareciera muy pesado. Miró al panadero y se dio cuenta de que era un hombre con el cual no se podía jugar; de modo que se volvió hacia el otro hombre y le dijo: "¿Por qué no cambias tu pan por el mío? Tú pareces estar hambriento, y éste es más grande."

El segundo hombre, que estaba preparado para aceptar lo que fuera, cambió su pan gustosamente.

El rey, que estaba observando a través de una rendija en la

puerta de la panadería, quedó sorprendido, mas no se dio cuenta de los méritos relativos de ambos individuos.

El falso derviche obtuvo el pan común. El rey concluyó que el Destino había intervenido para mantener al derviche protegido de la riqueza. El verdadero buen hombre encontró las joyas y fue capaz de hacer buen uso de ellas. El rey no pudo interpretar este acontecimiento.

"Hice lo que se me ordenó", dijo el panadero.

"No es posible entrometerse con el Destino", dijo el rey.

"¡Qué astuto fui!" dijo el falso derviche.

* * *

Este cuento es recitado en Gazargah, la tumba situada en Afganistán Occidental, donde fue enterrado en 1089 el gran maestro Sufi Khakja Abdullah Ansar. Su "primera capa" de enseñanza nos dice que, aún cuando al hombre se le puede ofrecer algo de gran valor para su futuro, no necesariamente le sacará provecho.

Las limitaciones del dogma

Un día, el gran Sultán Mahmud caminaba por las calles de Ghazna, cuando vio a un pobre changador luchando bajo el peso de una enorme piedra, que estaba llevando sobre sus espaldas. Movido por la piedad e incapaz de contener su compasión, Mahmud le ordenó con autoridad real:

"Deja caer esa piedra, changador."

Inmediatamente fue obedecido. La piedra quedó allí: un obstáculo para todo aquél que trataba de pasar, por años y años. Finalmente algunos ciudadanos intercedieron ante el rey, pidiéndole que diera la orden de que la piedra fuese quitada.

Pero Mahmud, reflexionando con sabiduría administrativa, se sintió obligado a replicar:

"Aquello que ha sido realizado a causa de una orden, no puede ser anulado por otro mandato, no sea que la gente piense que las órdenes imperiales son motivadas por caprichos. Que la piedra quede donde está."

Y allí permaneció, entonces, por el resto de la vida de Mahmud. Aún después de su muerte, por respeto a las órdenes reales, no fue quitada.

La historia fue bien conocida siendo interpretada de tres maneras por la gente; cada uno tomó una u otra interpretación de acuerdo con su capacidad. Aquellos que se oponían al principio de autoridad consideraban que era una evidencia de la estupidez de la autoridad tratando de perpetuarse. Los que reverenciaban el poder sentían respeto hacia las órdenes, no importándoles cuán inconvenientes fueran. Quienes entendieron correctamente, comprendieron la moraleja que el rey había intentado hacerles

llegar, desestimando la reputación que éste tenía entre los desatentos, y que, al haber hecho colocar un obstáculo en aquel lugar tan poco conveniente y haber difundido las razones que motivaban su permanencia allí, Mahmud les estaba diciendo, a aquellos que podían comprender, que obedecieran a la autoridad temporaria, pero que comprendiesen que los que gobiernan haciendo uso de un dogma inflexible no pueden ser de completa utilidad a la humanidad.

Aquellos que recibieron el mensaje engrosaron las filas de los buscadores de la Verdad, y así fue como muchos de ellos encontraron su camino.

* * *

Esta historia, sin la sutileza de interpretación con que la damos aquí, se encuentra en el célebre clásico *Aklaq-i-Mobsini* ("Etica Beneficente"), de Hasan Waiz Kashifi.

La presente versión forma parte de la enseñanza del Sheikh Sufi Daud de Qandahar, muerto en 1965. Provee una representación ideal de los varios niveles de comprensión de acciones por gente que juzga de acuerdo con su adiestramiento. El método indirecto de ilustración usado por el Sultán Mahmud es clásicamente Sufi, resumido en la frase: "Habla a la pared, de manera que la puerta pueda oír."

El pescador y el Genio

Un solitario pescador, al recoger un día su red, encontró en ella una botella de bronce sellada con plomo. Aunque el aspecto de ésta era muy diferente de lo que él solía encontrar en el mar, pensó que podría contener algo valioso. Además, la pesca no había sido buena, y en el peor de los casos podría venderla a algún mercader de bronce.

La botella no era muy grande. En la tapa tenía grabado un extraño símbolo, el Sello de Salomón, Rey y Maestro. Dentro de ella había encerrado un temible genio, siendo luego arrojada al mar por el mismo Salomón, para que los hombres fuesen protegidos del espectro hasta que llegase alguien que pudiese controlarlo, destinándolo a su justa función de servir a la humanidad.

Mas el pescador no sabía nada de esto. Todo cuanto sabía, era que había algo que podía investigar, obteniendo quizás algún provecho. Su exterior brillaba, y era una obra de arte. "Puede que adentro hayan diamantes", pensó.

Olvidando el adagio: "El hombre puede usar sólo aquello que ha aprendido a usar", el pescador destapó la botella.

La dio vuelta, pero parecía estar vacía, de manera que dejándola, la miró. Entonces, notó un débil hilo de humo, que poco a poco se fue haciendo más denso hasta que se arremolinó y tomó la apariencia de un ser enorme y amenazante, que le habló con una voz atronadora.

"Soy el Jefe de los Genios que conocen los secretos de los hechos milagrosos; fui encerrado por orden de Salomón contra el cual me rebelé, y ahora te destruiré."

El pescador estaba aterrorizado, y arrojándose sobre la arena gritó: "¿Destruirás a aquel que te dio tu libertad?"

"Sin duda lo haré", dijo el genio, "pues la rebelión es mi naturaleza, y la destrucción es mi capacidad, aun habiéndoseme mantenido inmóvil por varios miles de años."

El pescador bien comprendió que, lejos de haber sacado provecho de su inoportuna pesca, probablemente sería aniquilado sin una buena razón que él pudiese desentrañar.

Miró el sello en la tapa y súbitamente se le ocurrió una idea: "Tú nunca podrías haber salido de esa botella, ya que es demasiado pequeña", le dijo al genio.

"¿Qué dices? ¿Dudas acaso de la palabra del Jefe de los Genios?" rugió la aparición y se disolvió nuevamente en humo para entrar una vez más en la botella. El pescador tomó la tapa y la selló.

Entonces la arrojó tan lejos como pudo, nuevamente a las profundidades del mar.

Pasaron muchos años, hasta que un día, otro pescador, nieto del primero, arrojó su red en el mismo sitio, y recogió la misma botella.

Colocó a ésta sobre la arena y cando estuvo a punto de abrirla, un pensamiento irrumpió en su mente. Era el consejo que le había sido transmitido por su padre, de *su* padre:

"El hombre puede usar sólo aquello que ha aprendido a usar."

Y así fue que cuando el genio, despertado de sus sueños por el movimiento de su metálica prisión, llamó a través del bronce: "Hijo de Adán, quienquiera que seas, abre la tapa de esta botella y déjame salir: ya que soy el Jefe de los Genios que conocen los secretos de los hechos milagrosos", el joven pescador, recordando el adagio ancestral, colocó la botella cuidadosamente en una cueva y escaló un acantilado cercano en busca de la celda de un hombre sabio que allí vivía.

Contó la historia al sabio quien dijo: "Tu adagio es totalmente

cierto: y debes hacer esto tú mismo, aunque tienes que saber cómo hacerlo."

"¿Pero qué es lo que debo hacer?" preguntó el joven.

"Seguramente hay algo que sientes que quieres hacer", dijo el otro.

"Lo que deseo hacer es liberar al Genio, de manera que pueda darme conocimiento milagroso, o quizá montañas de oro, y mares hechos de esmeraldas, y todas las otras cosas que los genios pueden conceder."

"Por cierto que no se te ha ocurrido", dijo el sabio, "que el genio podría no darte estas cosas al ser liberado; o que podría dártelas y luego quitártelas porque careces de los medios para custodiarlas; amén de lo que podría ocurrirte si tuvieras tales cosas, ya que 'el hombre puede usar sólo aquello que ha aprendido a usar'."

"Entonces ¿cómo debo proceder?"

"Pídele al genio una muestra de lo que puede ofrecerte. Busca una manera de cuidar esa muestra y de ponerla a prueba. Busca conocimiento, no posesiones, pues las posesiones sin conocimiento son inútiles, y ésa es la causa de todas nuestras distracciones."

Entonces, porque estaba alerta y reflexivo, el joven ideó un plan mientras volvía a la cueva donde había dejado al genio.

Golpeó sobre la botella y la voz del genio contestó, débil a través del metal, pero aún terrible: "¡En nombre de Salomón el Poderoso, paz sobre él, libérame, hijo de Adán!"

"No creo que seas quien dices ser y que tengas los poderes que pretendes tener", contestó el joven.

"¡No me crees! ¿No sabes que soy incapaz de mentir?" rugió el genio.

"No, no lo sé", dijo el pescador.

"¿Cómo puedo convencerte entonces?"

"Demostrándomelo. ¿Puedes ejercer alguno de tus poderes a través de la botella?"

"Sí", admitió el genio, "pero éstos no me sirven para liberarme."

"Muy bien, entonces, dame la habilidad para conocer la verdad acerca del problema que me preocupa."

Instantáneamente, al llevar a cabo el genio sus extrañas artes, el pescador tomó conciencia de cuál era el origen del adagio heredado de su abuelo. Vio también la escena de la liberación del genio de la botella y además cómo comunicar a otros la manera de adquirir de los genios tales capacidades. Pero también se dio cuenta de que eso era todo lo que podía hacer. De manera que tomó la botella, y al igual que su abuelo, la arrojó al mar.

Pasó el resto de su vida, no como un pescador, sino como un hombre que trataba de explicar a otros los peligros de "El hombre que trata de usar aquello que no ha aprendido a usar".

Pero debido a que muy pocas personas dieron con genios en botellas, y a que, de todos modos, no había hombre sabio que les aconsejase, los sucesores del pescador distorsionaron lo que llamaban sus "enseñanzas" imitando sus descripciones. Con el correr del tiempo se transformaron en una religión, con botellas de bronce, de las que a veces bebían, ubicadas en costosos y bien adornados templos. Y, debido a que respetaban el comportamiento de este pescador, se esforzaron, por todos los medios posibles, por emular sus actos y conducta.

La botella, ahora, después de muchos siglos, continúa siendo el símbolo sagrado y un misterio para esta gente. Tratan de amarse los unos a los otros sólo porque aman a este pescador; y en el lugar donde se estableció y construyó una humilde choza, se visten lujosamente y realizan elaborados rituales.

Sin que ellos lo sepan, los discípulos del hombre sabio viven aún; los descendientes del pescador son desconocidos. La botella de bronce yace en el fondo del mar con el genio dormitando en ella.

* * *

Este cuento, en una versión, es bien conocido por los lectores de las *Mil y Una Noches*. La forma en que se expone aquí es la que utilizan los derviches. Se hace notar que, de un modo similar, el "conocimiento obtenido de un genio" se dice que fue el origen del poder tanto de Virgilio el Encantador de la Edad Media, en Nápoles, como de Gerbert, quien llegó a ser el Papa Silvestre II, en el año 999 d. C.

En tiempos antiguos había un rey que llamó a un derviche y le dijo:

"El Camino derviche, a través de una continuidad de maestros que llegan en sucesión ininterrumpida a los primeros días del hombre, siempre ha provisto la luz que ha sido la causa que motiva los verdaderos valores, de los cuales mi reino no es más que un pálido reflejo."

"Así es", contestó el derviche.

"Ahora", dijo el rey, "ya que estoy tan instruído como para conocer los hechos antedichos, ansioso y con voluntad de aprender las verdades que tú, con tu superior sabiduría, puedes hacer asequible, ¡enséñame!"

"¿Es esto una orden o un pedido?", preguntó entonces el derviche.

"Es lo que tú quieras hacer de ello", dijo el rey, "ya que, si opera como orden, aprenderé. Si lo hace con éxito como pedido, aprenderé."

Y esperó a que el derviche hablase.

Pasaron muchos minutos y finalmente el derviche levantó su cabeza, ya que estaba en actitud de contemplación, y dijo:

"Debes esperar el 'momento de transmisión'."

Esto confundió al rey, porque después de todo, si quería aprender, sentía que tenía derecho a que se le dijese o mostrase alguna cosa.

El derviche se retiró de la corte.

Después de esto, día tras día, el derviche continuó sirviendo al rey. Todos los días se trataban los asuntos de estado; el reino

vivió épocas de alegría y de prueba; los consejeros de estado daban su parecer; la rueda del paraíso giraba.

"El derviche viene aquí todos los días", pensaba el rey, cada vez que veía su figura con el manto de parches, "y sin embargo nunca hace referencia a nuestra conversación sobre el aprendizaje. Es cierto; toma parte en muchas de las actividades de la Corte, conversa y ríe; come y, sin duda, duerme. ¿Estará esperando alguna clase de señal?" Pero por más que se esforzara, el rey era incapaz de penetrar las profundidades de este misterio.

Finalmente, cuando la apropiada ola de lo oculto cubrió las playas de la posibilidad, tuvo lugar una conversación en la corte. Alguien estaba diciendo: "Daud de Sahil es el mejor cantante del mundo."

El rey, aunque generalmente este tipo de acontecimiento no le interesaban, sintió un fuerte deseo de escuchar a este cantante.

"Que sea traído ante mi presencia", ordenó.

El maestro de ceremonias fue enviado a la casa del cantante; pero Daud, monarca entre los cantantes, simplemente contestó: "Vuestro rey conoce poco acerca de los requerimientos del canto. Si desea que vaya sólo para ver mi cara, iré. Pero si desea oírme cantar, tendrá que esperar, como lo hacen todos, hasta que mi estado de ánimo sea el apropiado para cantar. Es el saber cuándo cantar y cuándo no hacerlo lo que me ha transformado, como transformaría a cualquier tonto que conociese el secreto, en un gran cantante."

Cuando este mensaje fue llevado al rey, su ánimo osciló entre la ira y el deseo, y vociferó: "¿Es que no hay nadie aquí que obligue a este hombre a cantar para mí? Ya que si canta sólo cuando está de humor, yo, a mi vez, deseo escucharlo mientras aún desee hacerlo."

Fue entonces cuando el derviche se adelantó, y dijo:

"Pavo Real de esta era, acompáñame a visitar a este cantante."

Los cortesanos se codearon entre ellos. Algunos pensaron que el derviche había llevado a cabo una hábil maniobra, y que aho-

ra especulaba con hacer que Daud cantase. De lograrlo, el rey seguramente lo recompensaría. Mas guardaron silencio pues temían un posible desafío.

Sin decir palabra, el rey se puso de pie y ordenó que se le trajese una vestimenta pobre. Vistiéndola, siguió al derviche hacia la calle.

El rey, vestido de esa manera, y su guía, pronto se encontraron frente a la casa del cantante. Al golpear la puerta, Daud vociferó desde arriba:

"Hoy no canto; por lo tanto idos y dejadme en paz."

Al oír esto, sentándose en el suelo, el derviche comenzó a cantar. Cantó la canción favorita de Daud, del principio al fin.

El rey, que no era un gran conocedor, se sintió profundamente conmovido por la canción, y su atención fue atraída por la dulce voz del derviche. No sabía que éste con deliberación había cantado la canción ligeramente fuera de tono, con el objeto de despertar en el corazón del gran cantante el deseo de corregirlo.

"Por favor, por favor, cántala nuevamente", rogó el rey, "pues nunca he escuchado antes una melodía tan dulce."

Pero en ese instante, el mismo Daud comenzó a cantar. Con las primeras notas el derviche y el rey quedaron como traspasados; y su atención quedó fija en las notas que iban fluyendo de la garganta del ruiseñor de Sahil.

Cuando terminó la canción, el rey envió un lujoso regalo a Daud. Al derviche le dijo: "¡Hombre de Sabiduría! Admiro tu habilidad al provocar que el Ruiseñor cantase, y desearía hacer de ti uno de mis consejeros en la corte."

Mas el derviche simplemente contestó: "Majestad, puedes escuchar la canción que desees sólo si hay un cantante, si tú estás presente, y si hay alguien que haga de canal para la ejecución de la canción. Como es con maestros-cantores y reyes, así es con derviches y discípulos. El tiempo, el lugar, la gente y las habilidades."

* * *

El conflicto entre los Sufis y el escolástico ordinario se manifiesta con vigor en la teoría que sostiene que las ideas Sufis sólo pueden estudiarse de acuerdo con ciertos principios; y éstos incluyen tiempo, lugar y gente.

Los escolásticos exigen una verificación en sus propios términos de las teorías Sufis. Muchas historias Sufis ilustran, como lo hace ésta, que los Sufis sólo pretenden una oportunidad igual a aquellas requeridas por académicos y científicos para preparar las condiciones.

Este cuento pertenece a la enseñanza de Sayed Imam Ali Shah, quien murió en 1860 y cuya tumba se encuentra en Gurdaspur, India.

Este famoso maestro Naqshbandi se encontraba frecuentemente acosado por postulantes a discípulos de todos los orígenes y credos debido al extraño fenómeno "psi" que se le atribuía constantemente. Las gentes decían que se les aparecía en sueños, dándoles información importante; que se lo había visto en varios lugares al mismo tiempo; que cuanto dijese resultaba de utilidad a su interlocutor. Mas cuando se hallaban cara a cara con él, la gente no encontraba en él nada sobrenatural o fuera de lo común.

La vida humana, y la vida de las comunidades no es lo que aparenta ser. En realidad, sigue un patrón evidente para unos y oculto para otros. Asimismo, más de un patrón se está moviendo a un mismo tiempo. Sin embargo, los hombres toman una parte de un patrón y tratan de unirlo con otro. Invariablemente encuentran lo que esperan encontrar, no lo que realmente se halla allí.

Consideremos, por ejemplo, tres cosas: el trigo en el campo, el agua en el arroyo y la sal en la mina. Esta es la condición del hombre corriente: es un ser completo en algunos sentidos y a la vez tiene más aplicaciones y capacidades en otros sentidos.

Cada uno de los tres elementos representa aquí sustancias en un estado de potencialidad. Puede que permanezcan como están, o que las circunstancias (y esfuerzos, en el caso del hombre) los transformen.

Esta es la condición del Primer Dominio o estado del hombre.

En el Segundo Dominio, sin embargo, nos encontramos ante una etapa en la que algo más puede hacerse. El trigo, por medio de esfuerzo y conocimiento, es cosechado y molido, obteniéndose harina. El agua es tomada del arroyo y almacenada para un uso ulterior. La sal es extraída y refinada. Este es un Dominio de una actividad distinta a la del primero, que era solamente el crecimiento. En este Dominio, el conocimiento almacenado entra en juego.

El Tercer Dominio puede surgir sólo después que los tres ingredientes, en cantidad y proporción correctas, han sido reunidos en un determinado lugar, en un determinado tiempo. La sal, el

agua y la harina se mezclan y amasan para transformarse en masa. Cuando se utiliza levadura, se agrega un elemento viviente, y el horno se prepara para la cocción del pan. Esta fabricación depende tanto del "toque" como del conocimiento almacenado.

Todas las cosas se comportarán de acuerdo con su situación; y su situación depende del Dominio en el que han surgido.

Si el objetivo es pan, ¿por qué hablar de hacer sal?

* * *

Este cuento que proviene de los Sufis Sarmoun, se hace eco de la enseñanza de Ghazali que dice: "el hombre ignorante no tiene una idea real acerca de la erudición del escolástico. Análogamente, el escolástico no posee una concepción adecuada del conocimiento del Hombre Iluminado."

También subraya la creencia derviche que sostiene que las escuelas religiosas tradicionales, metafísicas o filosóficas, continúan "moliendo harina" y no pueden progresar más allá, ya que carecen de la presencia de hombres que perciben la naturaleza interior de las cosas, los que sólo aparecen rara vez.

Valioso e inútil

Un rey llamó cierto día a un consejero y le dijo: "La fuerza del verdadero pensar depende del examen de las alternativas. Dime cuál de estas alternativas es mejor: incrementar el conocimiento de mi pueblo o darles más para comer. En ambos casos se beneficiarán.".

El Sufi dijo: "Majestad, no tiene sentido dar conocimiento a aquellos que no pueden recibirlo, de la misma manera que dar comida a aquellos que no pueden comprender vuestros motivos. Por lo tanto, no es correcto suponer que 'en ambos casos se beneficiarán'. Si no pueden digerir la comida, o si piensan que se la das a manera de soborno, o que pueden conseguir más, tú has fracasado. Si no pueden ver que se les está dando conocimiento, o si es o no conocimiento, o incluso por qué se lo estás dando, no se beneficiarán. En consecuencia, la pregunta debe ser encarada por partes. La primera parte es considerar: 'la persona más valiosa es inútil y la más inútil, es valiosa'."

"Demuéstrame esta verdad, pues no logro comprenderla", dijo el rey.

El Sufi llamó entonces al derviche principal de Afganistán, y éste vino a la Corte. "¿Si pudieses hacer lo que quisieras, qué dispondrías que alguien hiciese en Kabul?" le preguntó el Sufi.

"Sucede que hay un hombre cerca de tal y tal lugar que, si lo supiera, podría ganar una fortuna para sí y además lograr prosperidad para el país entero y progreso para el Camino, si diese una libra de cerezas a cierto hombre necesitado", dijo el derviche principal, que conocía la correspondencia interior de las cosas.

El rey estaba excitado, ya que los Sufis no suelen discurrir sobre tales cosas. "¡Traedlo aquí, y ordenaremos que eso se haga!" exclamó. Los otros, con un gesto, lo hicieron callar. "No, esto no dará resultado a menos que sea hecho voluntariamente", dijo el primer Sufi.

Disfrazados, para no influir en la decisión del hombre, los tres se dirigieron a la feria de Kabul. Despojado de su turbante y su manto, el Sufi principal se parecía a cualquier hombre ordinario. "Yo haré el papel de elemento provocante", susurró, mientras el grupo estaba parado mirando la fruta. Se acercó al verdulero y le deseó un buen día. Luego dijo: "Conozco a un hombre pobre. ¿Le darías, como limosna una libra de cerezas?" El verdulero lanzó una risotada. "Vaya, he oído de tretas, más ésta es la primera vez que alguien que desea cerezas se ha rebajado a pedírmelas a modo de limosna."

"¿Ves lo que quiero decir?" le preguntó el primer Sufi al rey. "El hombre más valioso que tenemos acaba de formular la sugerencia más valiosa, y el hecho ha probado que él es inútil para el hombre a quien le habla."

"¿Pero qué hay acerca de 'la persona más inútil' que resulta ser valiosa?" preguntó el rey.

Los derviches le pidieron que los acompañase.

Cuando estuvieron por cruzar el río Kabul, los dos Sufis tomaron repentinamente al rey y lo arrojaron al agua. No sabía nadar.

Cuando sintió que estaba a punto de ahogarse, Kaka Divana —cuyo nombre significa Tío Loco— quien era bien conocido como un pobre lunático que vagaba por las calles, se arrojó al agua y lo trajo a salvo hasta la orilla. Muchos otros ciudadanos de mayor prestigio lo habían visto caer, pero ninguno se había movido.

Cuando el rey se restableció un poco, los dos derviches dijeron al unísono: "¡La persona más inútil es valiosa!"

De manera que el rey volvió a su antiguo y tradicional mé-

todo de dar lo que podía, ya fuese educación o ayuda de cualquier clase, a aquellos sobre quienes se decidía, de tiempo en tiempo, que eran los merecedores de tal ayuda.

* * *

El Sufi Abdul-Hamid Khan de Qandahar, quien murió en 1962, era Maestro de la Casa de Monedas de Afganistán y derviche Mayor que había logrado dominar la tecnología occidental. Este es uno de los muchos cuentos-enseñanza que se le atribuyen.

El rey al que se hace referencia, se dice que fue Nadir Shah de Afganistán, a quien el Sufi sirvió, y que murió en 1933. La sucesión de hechos, sin embargo, está basada en una historia más antigua; pero puede que este rey no la haya oído antes.

El pájaro y el huevo

Había una vez un pájaro que no poseía el don del vuelo. Como un pollo, caminaba por el suelo, aunque sabía que algunos pájaros sí volaban.

Sucedió que a través de una combinación de circunstancias el huevo de un pájaro volador fue empollado por éste que no volaba.

A su debido tiempo nació el pichón, todavía con la potencialidad para volar que siempre había tenido, aun desde la época en que se hallaba en el huevo.

Le habló a su madre adoptiva, diciendo: "¿Cuándo volaré?" y el pájaro atado a la tierra dijo: "Persiste en tus intentos de volar, como los otros."

Porque no sabía cómo enseñarle al pichón a volar, ni siquiera sabía cómo arrojarlo del nido de manera que aprendiese.

Resulta curioso, en cierto modo, que el pajarillo no viera esto. El reconocimiento de su situación lo confundía debido a la gratitud que sentía hacia el pájaro que lo había empollado.

"Sin este servicio", se dijo a sí mismo, "seguramente estaría aún en el huevo."

Y aún otras veces decía: "Quien puede empollarme, seguramente debe poder enseñarme a volar. Debe de ser sólo una cuestión de tiempo, o de mis propios esfuerzos sin ayuda, o de alguna gran sabiduría. Si, así es. Un día, de repente, seré transportado a la etapa siguiente por aquel que me ha traído hasta aquí."

* * *

Este cuento tiene diferentes formas, en versiones distintas del *Awarif-el-Maarif*, escrito por Suhrawardi en el siglo XII, y contiene muchos mensajes. Se dice que posee la cualidad de poder ser interpretado intuitivamente de acuerdo con el nivel de conciencia alcanzado por el estudiante. En el nivel obvio tiene, por supuesto, enseñanzas morales, algunas de ellas ponen en evidencia las bases mismas de la civilización actual. Estas incluyen:

"El suponer que una cosa sigue a otra puede ser absurdo e impedir un ulterior progreso" y "Simplemente el hecho de que una persona pueda realizar una función no prueba que pueda llevar a cabo otra."

Tres consejos

Una vez, un hombre atrapó un pájaro. El pájaro le dijo: "Como prisionero tuyo, no te soy de utilidad alguna, pero déjame en libertad y te daré tres valiosos consejos."

El pájaro prometió dar el primer consejo estando aún en la mano del hombre, el segundo cuando alcanzara una rama y el tercero al llegar a la cima de una montaña.

El hombre aceptó y pidió el primer consejo.

El pájaro dijo: "Si pierdes algo, aunque lo valores tanto como a tu vida, no sientas pesar."

Entonces el hombre soltó al pájaro, que voló a una rama.

Acto seguido, dio el segundo consejo: "Nunca creas algo que contradiga a la razón, sin tener pruebas."

Luego, el pájaro voló a la cima de la montaña. Desde este lugar dijo: "¡Oh, desafortunado! ¡Dentro de mí hay dos enormes joyas; con sólo matarme hubiesen sido tuyas!"

El hombre se angustió al pensar en lo que había perdido, pero dijo: "Al menos dime ahora el tercer consejo."

El pájaro replicó: "¡Qué tonto eres, pidiendo más consejos sin haber meditado acerca de los dos primeros! ¡Te dije que no te preocuparas por lo que se ha perdido, y que no creyeras algo contrario a la razón. Ahora estás haciendo ambas cosas. Estás creyendo algo ridículo y te afliges por haber perdido algo! No soy lo suficientemente grande como para tener dos enormes joyas dentro de mí."

"Eres un tonto; por lo tanto debes permanecer dentro de las restricciones habituales impuestas al hombre."

* * *

En círculos derviches, se considera este cuento de gran importancia para "sensibilizar" la mente del estudiante, preparándola para experiencias que no pueden ser producidas por medios corrientes.

Además de ser de uso diario entre los Sufis, el cuento se halla en el clásico de Rumi, el *Mathnavi.* Figura en el *Libro Divino* de Attar, uno de los maestros de Rumi; ambos vivieron en el siglo XIII.

El sendero de la montaña

Un hombre inteligente, erudito de mente entrenada, llegó un día a un pueblo. Quería comparar, a manera de ejercicio y estudio, los distintos puntos de vista que podrían manifestarse allí.

Fue a la posada, donde preguntó por el hombre más veraz del pueblo, así como también por el más embustero. Las personas que estaban presentes concordaron unánimemente en que el más embustero se llamaba Kazzab; y que Rastgu era el más veraz. Visitó a cada uno de ellos, haciendo en ambos casos una simple pregunta: "¿Cuál es el mejor camino al próximo pueblo?"

Rastgu, el Veraz, dijo: "El sendero de la montaña."

Kazzab el Embustero, también dijo: "El camino de la montaña

Naturalmente, esto confundió mucho al viajero.

De manera que les preguntó a algunos ciudadanos corrientes.

Algunos dijeron: "El río", otros: "A través de los campos."

Y otros dijeron nuevamente: "El sendero de la montaña."

Tomó el sendero de la montaña, pero además de la cuestión por la que realizaba el viaje, le preocupaba el problema de los veraces y los embusteros del pueblo.

Al llegar al pueblo siguiente, y relatar en la posada su historia, dijo al concluir: "Evidentemente, mi error de lógica elemental fue preguntar a personas inadecuadas los nombres del Veraz y del Embustero. Llegué aquí muy fácilmente por el sendero de la montaña."

Un hombre sabio que se hallaba presente dijo: "Debe admitirse que aquellos que se guían exclusivamente por la lógica tienden a ser ciegos y necesitan pedir ayuda a otros. Pero la cuestión

aquí es diferente. Los hechos son éstos: el río es la ruta más fácil, de manera que el embustero sugirió la montaña. Pero el hombre veraz no sólo fue veraz. Observó que tenías un burro, que te facilitaría bastante el viaje. El embustero no observó el hecho de que no tenías un bote: de lo contrario, hubiera sugerido el río."

* * *

"La gente encuentra las capacidades y bendiciones de los Sufis imposibles de creer. Pero tales personas son las que no tienen ningún conocimiento de la creencia real. Creen toda clase de cosas que no son ciertas, sea por costumbre o porque les son dichas por personas de autoridad."

"La creencia real es otra cosa. Aquellos capaces de creencia real son los que han experimentado algo. Cuando han experimentado . . . el solo hecho de escuchar acerca de capacidades y bendiciones no les es de utilidad alguna."

Estas palabras, atribuídas a Sayed Shah (Qadiri, muerto en 1834) a veces preceden "El Sendero de la Montaña."

La serpiente y el pavo real

Un día, un joven llamado Adi el Calculista, porque había estudiado matemáticas, decidió abandonar Bokhara y buscar mayor conocimiento. Su maestro le aconsejó viajar hacia el sur, y le dijo: "Busca el significado del Pavo Real y la Serpiente." Esto dio mucho que pensar al joven Adi.

Viajó a través de Khorasan y finalmente a Irak. En este último lugar, encontró realmente un sitio donde había un pavo real y una serpiente, y Adi les habló.

Ellos dijeron: "Estamos discutiendo acerca de nuestros respectivos méritos."

"Precisamente es esto lo que quiero estudiar, de manera que os ruego que continuéis", dijo Adi.

"Siento que yo soy más importante", dijo el Pavo Real. "Represento la aspiración, el vuelo hacia el paraíso, la belleza celestial, y por ende el conocimiento de las cosas más elevadas. Es mi misión recordar al hombre, por alegoría, los aspectos de su ser que se hallan ocultos para él."

"Yo, por otra parte", dijo la Serpiente, siseando ligeramente, "simbolizo exactamente las mismas cosas. Como el hombre, estoy atada a la tierra. Esto hace que yo lo induzca a acordarse de sí mismo. Al igual que él, soy flexible, al ir serpenteando mi camino por el suelo. A menudo también olvida esto. De acuerdo con la tradición, soy yo quien monta guardia sobre los tesoros escondidos en la tierra."

"Pero eres repugnante", gritó el Pavo Real. "Eres astuta, sigilosa, peligrosa."

"Destacas mis características humanas", dijo la Serpiente,

"mientras yo prefiero subrayar mis otras cualidades, como acabo de hacerlo. Ahora, mírate a ti. Eres vanidoso, demasiado gordo, y tienes un grito áspero. Tus pies son demasiado grandes, tus plumas harto bien desarrolladas."

A esta altura de su discusión, Adi los interrumpió: "Vuestro desacuerdo me ha posibilitado ver que ninguno de vosotros tiene toda la razón. Y no obstante podemos ver claramente, si dejamos a un lado vuestras preocupaciones personales, que *juntos* componéis un mensaje para la humanidad."

Y Adi, mientras los dos antagonistas escuchaban, pudo explicarles cuáles eran sus funciones.

"El hombre se arrastra por la tierra como la Serpiente. Podría elevarse a las alturas como un pájaro. Pero, de la misma manera en que la Serpiente es codiciosa, él retiene este egoísmo al tratar de elevarse, y se vuelve como el Pavo Real, demasiado orgulloso. En el Pavo Real podemos ver la potencialidad del hombre, aunque no lograda debidamente. En la lustrosa piel de la Serpiente podemos ver la posibilidad de la belleza. En el Pavo Real vemos que asume un aspecto extravagante."

Y entonces una Voz, en su interior, le habló a Adi, diciéndole: "Y eso no es todo. Estas dos criaturas están dotadas de vida; ése es su factor determinante. Discuten porque cada una se ha decidido por su propia forma de vida, pensando que es la realización de un verdadero estado. Una, sin embargo, custodia un tesoro y no lo puede usar. La otra refleja la belleza, un tesoro, pero no puede transformarse con ella. Sin embargo, a pesar de no haber aprovechado lo que les estaba destinado, lo simbolizan, para aquellos que pueden ver y oír."

* * *

Considerado un misterio por los orientalistas, el Culto de la Serpiente y el Pavo Real en Irak se fundamentó en la enseñanza de un Sheikh Sufi, Adi, hijo de Musafir, en el siglo XII.

Este cuento, conservado en la leyenda, demuestra cómo los maes-

tros derviches modelaban sus "escuelas" alrededor de varios símbolos, elegidos para ilustrar su doctrina.

En árabe, "Pavo Real" también significa "adorno", mientras que "Serpiente" tiene la misma serie de letras que "organismo" y "vida." En consecuencia el simbolismo del críptico "Culto del Angel Pavo Real" —los Yezidas— es una manera de señalar "lo Interior y lo Externo", fórmulas Sufis tradicionales.

El Culto existe aún en Medio Oriente, y tiene adherentes (ninguno de ellos conocido como de origen iraquí) en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Harith el Beduino y su esposa Nafisa, yendo de lugar en lugar, levantaban su harapienta carpa dondequiera que encontrasen palmeras datileras, hierba para alimentar a su camello, o un pozo de agua salobre. Había sido ésta su forma de vida durante muchos años, y Harith rara vez variaba su diaria ronda: cazando ratas del desierto para aprovechar sus pieles, retorciendo sogas de fibras de palma, que vendía a las caravanas que pasaban.

Un día, sin embargo, apareció un nuevo manantial en las arenas, y Harith llevó un poco de esta agua a su boca. Le pareció estar probando la mismísima agua del Paraíso, pues era mucho menos sucia que la que acostumbraba beber. A nosotros nos hubiera parecido repulsivamente salada. "Esto", dijo, "debo llevárselo a alguien que lo apreciará."

En consecuencia, partió hacia Bagdad, al palacio de Harún el-Raschid, viajando sin detenerse más que para mascar unos pocos dátiles. Harith llevó consigo dos cueros llenos de agua: uno era para él, el otro para el Califa.

Días después llegó a Bagdad, y se dirigió directamente al palacio. Los guardias escucharon su historia y, sólo porque así estaba dispuesto, lo admitieron en la audiencia pública de Harún.

"Comendador de los Creyentes", dijo Harith, "Soy un pobre beduino y conozco todas las aguas del desierto, aunque sepa poco de otras cosas. Acabo de descubrir este agua del Paraíso, y considerándola un regalo digno de ti, he venido en seguida a ofrendártela."

Harún el Integro probó el agua, y como comprendía a su gente, ordenó a los guardias que se llevaran a Harith, y que lo

encerrasen por un tiempo hasta que se conociese su decisión. Luego, llamando al capitán de la guardia, le dijo: "Lo que para nosotros nada es, para él lo es todo. Por lo tanto, lleváoslo del palacio por la noche. No dejéis que vea el poderoso Río Tigris. Escoltadlo hasta su carpa, sin permitir que pruebe agua dulce. Dadle entonces mil piezas de oro y mi agradecimiento por su servicio. Decidle que es el guardián del Agua del Paraíso y que la administre gratuitamente, en mi nombre, a cualquier viajero."

* * *

Se lo conoce también como "La historia de los Dos Mundos". Es relatada basándose en la autoridad de Abu-el-Atahiyya, de la tribu Aniza, contemporáneo de Harún el-Raschid y fundador de los Derviches *Mashkara* ("Jaraneros"), cuyo nombre perdura como Máscara en idiomas occidentales. Se han seguido los rastros de sus adherentes hasta España, Francia y otros países.

El-Atahiyya ha sido llamado "el padre de la poesía sagrada árabe". Murió en el año 828.

El jinete y la serpiente

Existe un proverbio que dice: la "oposición" del hombre de conocimiento es mejor que el "respaldo" del tonto.

Yo, Salim Abdali, doy fe de que esto es cierto en los niveles más elevados de la existencia así como también lo es en los más bajos.

Esto se pone de manifiesto en la tradición de los Sabios, que han transmitido el cuento del Jinete y la Serpiente.

Un jinete, desde su aventajada posición, vio cómo una serpiente venenosa se deslizaba por la garganta de un hombre que dormía. El jinete sabía que si se dejaba dormir al hombre, el veneno seguramente lo mataría.

En consecuencia, sacudió al hombre dormido hasta que despertó. Sin perder tiempo, lo obligó a ir hasta un lugar donde había manzanas podridas tiradas en el suelo y lo obligó a comerlas. Luego, lo forzó a que tomase, de un arroyo, grandes tragos de agua.

Mientras transcurría todo esto, el hombre trataba de escapar, gritando: "¿Qué es lo que he hecho, enemigo de la humanidad, para que abuses de mí de tal manera?"

Finalmente, cuando estaba casi exhausto y anochecía, el hombre cayó al suelo y vomitó las manzanas, el agua y la serpiente. Cuando vio lo que había vomitado comprendió lo ocurrido, e imploró el perdón del jinete.

Esta es nuestra condición. Al leer esto, no toméis historia por alegoría, ni alegoría por historia. Aquellos que están dotados de conocimiento tienen responsabilidad. Aquellos que no lo están, nada tienen aparte de sus conjeturas.

El hombre que había sido salvado dijo: "Si me hubieras dicho, hubiese aceptado tu tratamiento de buen grado."

El jinete contestó: "De habértelo dicho, no lo hubieras creído. O te habrías paralizado de terror. O habrías escapado. O te hubieses dormido nuevamente, buscando el olvido. Y no hubiese habido tiempo."

Espoleando su caballo, el misterioso jinete se alejó.

* * *

Salim Abdali (1700-1765) hizo que se abatiesen sobre los Sufis calumnias casi sin precedentes provenientes de los intelectuales, al sostener que un maestro Sufi sabe lo que aqueja a un hombre, y puede tener que actuar rápida y paradójicamente para salvarlo, provocando, con esto, la furia de aquellos que no saben lo que está haciendo.

Abdali cita esta historia de Rumi. Aún hoy, probablemente, habrá muchas personas que no aceptan las ideas que este cuento pretende transmitir. Sin embargo esta declaración ha sido aceptada, de una forma u otra, por todos los Sufis. Comentando este hecho, el maestro Haidar Gul sólo dijo: "Hay un límite más allá del cual es malsano para la humanidad ocultar la verdad para no ofender con ella a aquellos cuyas mentes están cerradas."

Isa y los escépticos

Es relatado por el Maestro Jalaludin Rumi, y por otros, que un día, Isa, el hijo de Miryam, caminaba por el desierto cerca de Jerusalén con un grupo de personas en las que la codicia aún estaba fuertemente arraigada.

Le rogaron a Isa que les dijese el Nombre Secreto con el que revivía a los muertos.

El dijo: "Si os lo digo, abusaréis de él."

Ellos dijeron: "Estamos listos y preparados para tal conocimiento; además, reforzará nuestra fe."

"No sabéis lo que pedís", respondió, pero les dijo la Palabra.

Poco después, esta gente se hallaba caminando por un lugar desierto cuando vieron un montón de huesos blancos. "Pongamos a prueba la Palabra", se dijeron los unos a los otros; y así lo hicieron.

Tan pronto como la Palabra fue pronunciada, los huesos se recubrieron de carne y se transformaron nuevamente en una voraz bestia salvaje que los destrozó.

Aquellos dotados de razón comprenderán. Aquellos con poca razón, pueden adquirirla mediante el estudio de este relato.

* * *

El Isa de la historia es Jesús, el hijo de María. Contiene una idea similar a la de *El Aprendiz de Brujo*, y también se la encuentra en la obra de Rumi. Además, aparece una y otra vez en leyendas orales derviches sobre Jesús, y existe una gran cantidad de éstas leyendas.

La Tradición invoca como a uno de sus famosos "repetidores", a Jabir, hijo de el-Hayyan (el Geber latino), que también es el fun-

dador de la alquimia cristiana. Fue uno de los primeros en llevar el nombre de Sufi.

Murió alrededor del año 790. Originalmente fue un sabio, y de acuerdo con autores occidentales, hizo importantes descubrimientos en el campo de la química.

Un basurero, mientras caminaba por la calle de los vendedores de perfumes, cayó al suelo como muerto. La gente trató de revivirlo con fragantes aromas, mas sólo lograron empeorar su estado.

Finalmente apareció un ex basurero, quien comprendió la situación. Sostuvo algo inmundo bajo la nariz del hombre y éste revivió inmediatamente, gritando: "¡Esto sí que es perfume!"

Debéis prepararos para la transición en la que no habrá ninguna de las cosas a las que estáis acostumbrados. Después de la muerte, vuestra identidad deberá responder a estímulos de los cuales tenéis oportunidad de pregustar aquí.

Si permanecéis atados a las pocas cosas que os son familiares, esto sólo os hará desdichados, de la misma manera que el perfume no surtió efecto con el basurero en la calle de los fabricantes de perfumes.

* * *

La parábola se explica por sí misma. Ghazali la utiliza en *La Alquimia de la Felicidad*, escrita en el siglo XI, para subrayar la enseñanza Sufi de que sólo algunas de las cosas cuya existencia nos son familiares tienen afinidad con la "otra dimensión".

La parábola de los hijos codiciosos

Había una vez un labrador que era generoso y muy trabajador. Tenía varios hijos, que eran haraganes y codiciosos. En su lecho de muerte les dijo que encontrarían su tesoro si cavaban en un lugar preciso. Tan pronto murió el viejo los hijos corrieron a los campos, que cavaron de una punta a la otra, con desesperación y concentración creciente al no encontrar el oro en el lugar indicado.

Pero no lo hallaron. Suponiendo que a causa de su manera generosa del ser, el padre había regalado su oro en vida, abandonaron la búsqueda. Finalmente se les ocurrió que, como la tierra había sido preparada, podrían incluso sembrar algún cereal. Cultivaron trigo, que produjo una abundante cosecha. La vendieron y prosperaron durante un año.

Una vez concluída la cosecha, los hijos pensaron nuevamente en la remota posibilidad de que el oro enterrado hubiese pasado inadvertido, de manera que cavaron nuevamente en sus campos, con el mismo resultado.

Luego de varios años se acostumbraron al trabajo y al ciclo de las estaciones, algo que no habían conocido anteriormente. Fue entonces cuando comprendieron la razón por la cual su padre utilizó este método para disciplinarlos, y se transformaron en labradores honestos y satisfechos. Finalmente se dieron cuenta de que poseían suficientes riquezas como para no necesitar seguir preguntándose por el tesoro escondido.

Así sucede con la enseñanza acerca de la manera de entender el destino humano y el significado de la vida. El maestro, enfrentado con la impaciencia, confusión y voracidad de los estu-

diantes, debe dirigirlos hacia una actividad que él sabe constructiva y beneficiosa para ellos, pero cuya verdadera función y objetivo a menudo permanecen ocultos para éstos por su propia crudeza.

* * *

Esta historia que subraya la afirmación: "una persona puede desarrollar ciertas facultades a pesar de sus esfuerzos para desarrollar otras", es, por excepción, muy conocida. Esto tal vez se deba a que lleva como prefacio: "Aquellos que la repiten, obtendrán más de lo que saben."

Fue publicado por el Franciscano Roger Bacon (quien cita la filosofía Sufi y la enseñó en Oxford, de donde fue expulsado por orden del Papa), y por el químico Boerhaave, quien vivió en el siglo XVII.

Se atribuye esta versión al Sufi Hasan de Basra quien vivió hace casi doce siglos.

La naturaleza de ser discípulo

Ibrahim Khawwas relataba que, cuando joven, quiso unirse a cierto maestro. Buscó a este sabio y le pidió que lo hiciera su discípulo.

El maestro dijo: "No estás preparado aún."

Como el joven insistía, el sabio dijo: "Muy bien, te enseñaré algo. Estoy por partir en peregrinaje a la Meca. Ven conmigo."

El discípulo estaba alborozado.

"Ya que somos compañeros de viaje", dijo el maestro, "uno debe mandar y el otro obedecer. Elige tu papel."

"Yo obedeceré, manda tú", dijo el discípulo.

"Yo mandaré, si es que tú sabes cómo obedecer", dijo el maestro.

El viaje comenzó. Mientras descansaban una noche en el desierto de Heyaz, comenzó a llover. El maestro se levantó y sostuvo una cobertura sobre el discípulo, protegiéndolo.

"Pero esto es lo que *yo* debería estar haciendo por ti", dijo el discípulo.

"Te ordeno que me permitas protegerte de esta manera", dijo el sabio.

Cuando amaneció, el joven dijo: "Ahora es un nuevo día. Deja que *yo* sea el jefe, y sígueme tú." El maestro estuvo de acuerdo.

"Ahora juntaré leña para hacer fuego", dijo el joven.

"No harás tal cosa; yo la juntaré", dijo el sabio.

"¡Te ordeno que permanezcas sentado allí mientras junto la leña!", dijo el joven.

"No harás tal cosa", dijo el maestro; "pues que el seguidor

se permita ser servido por el jefe no concuerda con los requerimientos de ser discípulo".

Y así, en cada ocasión, el Maestro mostró al estudiante lo que realmente significaba ser discípulo.

Se separaron en la entrada de la Ciudad Santa. Viendo al sabio más tarde, el joven no pudo mirarlo a los ojos.

"Aquello que has aprendido", dijo el hombre mayor, "se refiere a la naturaleza de ser discípulo".

* * *

Ibrahim Khawwas (El Tejedor de Palmas) definió el Sendero Sufi como: "Permite que aquello que se hace para ti, sea hecho para ti Haz por ti mismo aquello que tienes que hacer por ti mismo."

Esta historia subraya en forma dramática la diferencia que existe entre lo que el aspirante a discípulo *piensa* que debería ser su relación con un maestro; y lo que realmente ésta debe ser.

Khawwas fue uno de los primeros grandes maestros, y este viaje está citado en la *Revelación de lo Velado*, de Hujwiri, el más antiguo compendio existente, en persa, sobre Sufismo.

La iniciación de Malik Dinar

Después de muchos años de estudio sobre temas filosóficos, Malik Dinar sintió que había llegado el momento de viajar en busca de conocimiento. "Iré", se dijo, "en busca del Maestro Oculto, de quien también se dice que se halla en lo más recóndito de mi ser."

Al abandonar su casa con unos pocos dátiles como provisión, se encontró al poco rato con un derviche que caminaba trabajosamente por el polvoriento camino. Comenzó a caminar en silencio junto a él.

Finalmente el derviche habló. "¿Quién eres y hacia dónde te diriges?"

"Yo soy Dinar, y he comenzado a viajar en busca del Maestro Oculto."

"Yo soy El-Malik El-Fatih, y caminaré contigo", dijo el derviche.

"¿Puedes tú ayudarme a encontrar al Maestro?", preguntó Dinar.

"¿Puedo yo ayudarte, puedes tú ayudarme?", preguntó Fatih, en la forma irritante propia de los derviches; "el Maestro Oculto, según dicen, está en el ser del hombre. La manera de encontrarlo depende de cómo utilice la experiencia. Esto es algo que sólo es transmitido parcialmente por un compañero."

Poco tiempo después, llegaron junto a un árbol que se balanceaba y chirriaba. El derviche se detuvo. Después de un momento dijo: "El árbol está diciendo: 'Algo me está lastimando, deteneos un rato y quitadlo de mi costado, de manera que pueda encontrar reposo'."

"Estoy demasiado apurado", replicó Dinar. "Y de todos modos, ¿cómo es posible que un árbol hable?" Siguieron su camino.

Después de unas pocas millas, el derviche dijo: "Cuando nos encontrábamos cerca del árbol creí haber olfateado miel. Puede que haya sido un panal de abejas salvajes construído en un costado del árbol."

"Si eso es cierto", dijo Dinar, "volvamos de prisa para juntar la miel, que podríamos comer, y vender una parte para el viaje."

"Como quieras", dijo el derviche.

Cuando llegaron nuevamente al árbol, sin embargo, vieron a otros viajeros recogiendo gran cantidad de miel. "¡Qué suerte hemos tenido!", dijeron estos hombres. "Aquí tenemos suficiente miel como para alimentar a una ciudad. Nosotros, pobres peregrinos, podremos transformarnos ahora en mercaderes: nuestro futuro está asegurado."

Dinar y Fatih siguieron su camino.

Poco tiempo después llegaron a una montaña, en cuya ladera oyeron un zumbido. El derviche aproximó la oreja al suelo. Luego dijo: "Debajo de nosotros hay millones de hormigas, construyendo una colonia. Este zumbido es un pedido colectivo de ayuda. En el idioma de las hormigas, significa: 'Ayudadnos, ayudadnos. Estamos excavando, mas nos hemos topado con rocas extrañas que detienen nuestro avance. Ayudadnos a quitarlas de allí!' ¿Deberíamos detenernos y ayudar, o prefieres que sigamos adelante?"

"Hormigas y rocas no son asunto nuestro, hermano", dijo Dinar, "pues yo, por mi parte, estoy buscando mi Maestro."

"Muy bien, hermano", dijo el derviche, "aunque dicen que todas las cosas se hallan relacionadas, y esto podría tener una cierta relación con nosotros."

Dinar no prestó atención a lo que el viejo decía entre dientes, y fue así como siguieron adelante.

Se detuvieron a pasar la noche, y Dinar se dio cuenta de que había perdido su cuchillo. "Debe de habérseme caído cerca del

hormiguero", dijo. De modo que, a la mañana siguiente, volvieron sobre sus pasos.

Al llegar nuevamente al hormiguero, no encontraron ni rastros del cuchillo de Dinar. En cambio vieron a un grupo de personas, cubiertas de barro, descansando junto a una pila de monedas de oro. "Estas", dijeron las personas, "son de un tesoro escondido que acabamos de desenterrar. Estábamos en el camino cuando un viejo y débil derviche nos dijo: 'Cavad en este lugar y encontraréis aquello que es roca para unos y oro para otros'."

Dinar maldijo su suerte. "Si sólo hubiésemos parado", dijo, "tú y yo hubiéramos sido ricos, oh derviche". El otro grupo dijo: "Forastero, el derviche que está contigo, se asemeja curiosamente a aquel que vimos anoche."

"Todos los derviches se parecen mucho", dijo Fatih. Y siguieron sus respectivos caminos.

Dinar y Fatih continuaron su travesía, y unos días después llegaron a orillas de un hermoso río. El derviche se detuvo, y mientras se hallaban sentados esperando la balsa, un pez emergió varias veces, boqueando en dirección a ellos.

"Este pez", dijo el derviche, "nos está envienda un mensaje. Dice: 'Me he tragado una piedra. Agarradme y dadme de comer cierta hierba. Así podré vomitarla y encontrar alivio. ¡Caminantes, tened piedad!'."

En ese instante apareció la balsa, y Dinar, impaciente por seguir adelante, empujó al derviche dentro de ella. El botero se sintió agradecido por la moneda que pudieron darle, y Fatih y Dinar durmieron bien esa noche en la ribera opuesta, en una casa de té para viajeros que había sido instalada por un alma caritativa.

A la mañana siguiente estaban tomando su té cuando apareció el botero. La anterior había sido su más afortunada noche, dijo; los peregrinos le habían traído suerte. Besó las manos del venerable derviche, para recibir su bendición. "Lo mereces todo, hijo mío", dijo Fatih.

El botero era rico ahora; y fue así como sucedió: cuando

estaba por irse a su casa a la hora habitual, los divisó en la ribera opuesta, y aunque parecían pobres, resolvió hacer un viaje más, por la "baraka", la bendición por la ayuda brindada al viajero. Cuando estaba por guardar su bote, vio al pez, que se había arrojado sobre la orilla. Aparentemente trataba de tragar parte de una planta. El pescador puso la planta en su boca. El pez vomitó una piedra y volvió al agua. La piedra era un enorme y perfecto diamante de incalculable valor y brillo.

"¡Eres un demonio!", le gritó furioso Dinar al derviche Fatih. "Tú conocías los tres tesoros por alguna percepción oculta, y sin embargo, en cada ocasión, nada me dijiste. ¿Es *eso* verdadero compañerismo? Antes mi mala fortuna era muy grande, pero de no ser por ti no hubiese conocido las posibilidades ocultas en árboles, hormigueros y peces."

Tan pronto como hubo dicho estas palabras sintió como si un fuerte viento barriese su mismísima alma. Entonces comprendió que la verdad era justamente lo opuesto a lo que él había dicho.

El derviche, cuyo nombre significa Rey Victorioso, tocó suavemente el hombro de Dinar y sonrió: "Ahora, hermano, descubrirás que puedes aprender con la experiencia. Yo soy aquél que se halla a las órdenes del Maestro Oculto."

Cuando Dinar se atrevió a levantar la vista, vio a su Maestro alejándose por la calle, junto a un pequeño grupo de viajeros que discutían acerca de los riesgos del viaje que les esperaba.

Hoy, el nombre de Malik Dinar está entre los de los principales derviches, compañero y modelo, el Hombre que Llegó.

* * *

Malik Dinar fue uno de los primeros maestros clásicos.

El Rey Victorioso de la historia es una encarnación de las "funciones superiores de la mente", a las que Rumi llamaba "El Espíritu Humano", que el hombre debe cultivar antes de que pueda funcionar de una manera iluminada.

Esta versión pertenece al Emir-el-Arifin.

El idiota y el camello que pastaba

Un idiota miró a un camello que pastaba. Le dijo: "Tu aspecto es absurdo. ¿A qué se debe?"

El camello replicó: "A juzgar por la impresión que te he causado, estás atribuyendo una falla a aquello que modeló la forma. Apercíbete de esto. No consideres mi aspecto torcido una falla.

Aléjate de mi lado por el camino más corto. Mi aspecto es así porque cumple una función; por una razón. El arco necesita su parte curva, tanto como su parte recta.

¡Fuera, tonto! La percepción del asno corre pareja con la naturaleza del asno."

* * *

Maulana Majdud, conocido como Hakim Sanai el Iluminado Sabio Revivificante de Ghazna, escribe extensamente sobre lo poco dignas de confianza que son las impresiones subjetivas y los juicios condicionados.

Uno de sus dichos es: "En el deformante espejo de tu mente, puede que un ángel parezca tener la cara de un diablo."

Esta parábola pertenece a su *Jardín Amurallado de la Verdad*, que fue escrito alrededor de 1130.

Los tres anillos enjoyados

Había una vez un hombre sabio y muy rico que tenía un hijo. Le dijo: "Hijo mío, he aquí un anillo enjoyado. Guárdalo como prueba de que tú eres mi sucesor, y entrégalo a tus descendientes. Es de valor, de fino aspecto y tiene además la capacidad de abrir cierta puerta a la riqueza."

Algunos años más tarde tuvo otro hijo. Cuando tuvo suficiente edad, el sabio le dio otro anillo con el mismo consejo.

Lo mismo sucedió en el caso de su tercero y último hijo.

Cuando el Anciano murió y los hijos crecieron, cada uno sucesivamente, debido a que poseía uno de los anillos, reclamó la primacía para sí. Nadie podía decir con seguridad cuál era el más valioso. Cada hijo ganó adherentes; todos atribuían mayor valor o belleza a *su* propio anillo.

Pero el hecho curioso era que la "puerta a la riqueza" permanecía cerrada para los poseedores de las llaves y también para los más allegados de sus partidarios. Todos estaban demasiado preocupados con el asunto de la prioridad, la posesión del anillo, su valor y apariencia.

Sólo unos pocos buscaron la puerta que conducía al tesoro del Anciano. Pero los anillos tenían también una cualidad mágica. Aunque eran llaves, no se usaban directamente para abrir la puerta del tesoro. Era suficiente mirarlos sin pretensiones o sin mucho apego a una u otra de sus cualidades. Cuando así lo hicieron, la gente que había mirado fue capaz de saber dónde estaba el tesoro y pudieron abrirlo simplemente con reproducir el contorno del anillo. Los tesoros tenían además otra cualidad: eran inagotables.

Mientras tanto, los partidarios de cada anillo repetían el cuento de su antecesor acerca de sus méritos, cada uno de una manera ligeramente distinta.

La primera comunidad pensó que ya había encontrado el tesoro.

La segunda pensó que era alegórico.

La tercera transfirió la posibilidad de la apertura de la puerta a un distante y remotamente imaginado tiempo futuro.

* * *

Este cuento, que algunos suponen se refiere a las tres religiones, Judaísmo, Cristianismo e Islamismo, aparece en forma levemente diferente tanto en la *Gesta Romanorum* como también en el *Decamerón* de Boccaccio.

Se dice que la versión que antecede fue la respuesta de uno de los maestros Sufis Suhrawardi, cuando se le preguntó acerca de los méritos respectivos de las distintas religiones. Algunos comentaristas han encontrado en él el origen del *Cuento del tonel*, de Swift.

También es conocido como la Declaración del Guía del Secreto Real.

El hombre con la vida inexplicable

Había una vez un hombre llamado Mojud. Vivía en una ciudad en la cual había conseguido un empleo como funcionario menor, y parecía probable que terminaría sus días como Inspector de Pesas y Medidas.

Un día mientras caminaba a través de los jardines de un antiguo edificio cercano a su casa, Khidr, el misterioso Guía de los Sufis, se le apareció vestido de luminoso verde. Khidr dijo: "¡Hombre de brillantes perspectivas! Deja tu trabajo y encuéntrate conmigo en la orilla del río dentro de tres días." Entonces desapareció.

Mojud, tembloroso, fue ante su superior y le dijo que debía partir. Todos en la ciudad pronto se enteraron de esto y dijeron: "¡Pobre Mojud! Se ha vuelto loco." Pero como había muchos aspirantes al puesto, pronto lo olvidaron.

El día convenido, Mojud encontró a Khidr, quien le dijo: "Rasga tus vestiduras y arrójate a la corriente, tal vez alguien te salve."

Mojud lo hizo, aun cuando se preguntaba si no estaría loco.

Puesto que sabía nadar, no se ahogó, pero flotó a la deriva un largo trecho antes de que un pescador lo recogiera dentro de su bote diciendo: "¡Hombre necio! La corriente es fuerte, ¿Qué estás tratando de hacer?"

Mojud dijo: "Realmente no lo sé."

"Estás loco", dijo el pescador, "pero te llevaré a mi choza de cañas junto al río y veremos qué se puede hacer por ti."

Cuando descubrió que Mojud era bien hablado, aprendió de él a leer y escribir. A su vez Mojud recibió alimento y ayudó

al pescador en su trabajo. Después de unos pocos meses, apareció nuevamente Khidr, esta vez al pie de la cama de Mojud, y dijo: "Levántate ya y deja a este pescador. Se te proveerá con lo necesario."

Mojud abandonó inmediatamente la choza, vestido como un pescador, y erró por los alrededores hasta que llegó a una carretera. Cuando rompía el alba vio a un granjero en su burro, camino al mercado. "¿Buscas trabajo?" preguntó el granjero. "Pues necesitaré un hombre que me ayude a mi regreso a traer algunas compras."

Mojud lo siguió. Trabajó para el granjero durante casi dos años, al cabo de los cuales había aprendido mucho sobre agricultura pero muy poco aparte de eso.

Una tarde en que estaba enfardando lana, Khidr se le apareció y dijo: "Deja ese trabajo, camina hasta la ciudad de Mosul y usa tus ahorros para transformarte en un mercader de pieles."

Mojud obedeció.

En Mosul se hizo conocido como mercader en pieles, sin ver nunca a Khidr durante los tres años en los que practicó su oficio. Había ahorrado una considerable suma de dinero y estaba pensando en comprar una casa, cuando apareció Khidr y dijo: "Dame tu dinero, aléjate de este pueblo hasta la distante Samarcanda y trabaja allí para un almacenero." Mojud así lo hizo.

Pronto comenzó a mostrar indudables indicios de iluminación. Curaba a los enfermos, servía a sus prójimos en la tienda y durante su tiempo libre, y su conocimiento de los misterios se volvió más y más profundo.

Clérigos, filósofos y otros lo visitaban y preguntaban: "¿Con quién has estudiado?"

"Es difícil de decir", decía Mojud.

Sus discípulos preguntaban: "¿Cómo comenzaste tu carrera?"

El decía: "Como pequeño funcionario."

"¿Y la abandonaste para dedicarte a la automortificación?"

"No, simplemente la abandoné."

Ellos no comprendían.

La gente se acercaba a él para escribir la historia de su vida.

"¿Qué has hecho en tu vida?" preguntaban.

"Me tiré a un río; me rescató un pescador; luego, una noche, abandoné su choza de cañas. Luego me convertí en peón de granja. Mientras estaba enfardando lana, dejé todo y fui a Mosul, donde me convertí en mercader de pieles. Allí ahorré algún dinero pero lo di. Entonces caminé hasta Samarcanda donde trabajé para un almacenero. Y aquí estoy ahora."

"Pero este comportamiento inexplicable no arroja luz sobre tus extraños dones y maravillosas pruebas", dijeron los biógrafos.

"Así es", dijo Mojud.

De manera que los biógrafos construyeron alrededor de Mojud, una maravillosa y estimulante historia; porque todos los santos deben tener su historia, y la historia debe estar en concordancia con el apetito del oyente, no con las realidades de la vida.

Y a nadie se le permite hablar de Khidr directamente. Es por eso que la historia no es verídica. Es una representación de una vida. Esta es la vida real de uno de los más grandes Sufis.

* * *

Sheikh Ali Farmadhi (muerto en 1078) consideraba este cuento como importante para ilustrar la creencia Sufi de que el "mundo invisible" está todo el tiempo, en varios lugares, interpenetrando la realidad ordinaria.

Cosas, dice, que tomamos como inexplicables, son, de hecho, debidas a esta intervención. Es más, la gente no reconoce la participación de este "mundo" en el nuestro, debido a que ellos creen saber la causa real de los acontecimientos. No lo saben. Solamente al advertir la posibilidad de otra dimensión que actúa a veces sobre las experiencias ordinarias, es cuando esta dimensión puede volverse accesible a ellos.

El Sheikh es el décimo Sheikh y Maestro instructor de la Orden de los Khwajagan ("maestros"), conocida luego como El Camino Naqshbandi.

Esta versión es del manuscrito del siglo XVII de Lala Anwar *Hikayat-i-Abdalan* ("Historias de los Transformados").

El hombre cuyo tiempo estaba trastrocado

Había una vez un rico mercader que vivía en Bagdad. Tenía una valiosa casa, grandes y pequeñas propiedades y embarcaciones que navegaban a las Indias con ricos cargamentos. Había logrado esto en parte por herencia, en parte por sus propios esfuerzos, ejercidos en el lugar y el tiempo adecuados, en parte por el benévolo consejo y dirección del Rey de Occidente, como era llamado el Sultán de Córdoba en aquel tiempo.

Entonces algo anduvo mal. Un cruel opresor se apoderó de la tierra y de las casas. Barcos en camino a la India zozobraron en tifones; el desastre afectó su casa y su familia. Aun sus amigos más cercanos parecían haber perdido la capacidad para estar en real armonía con él, aunque tanto él como ellos deseaban una buena relación social.

El mercader decidió viajar a España para ver a su antiguo protector, poniéndose en marcha a través del Desierto Occidental. En el camino tuvo un accidente tras otro. Su burro murió; fue capturado por bandidos y vendido como esclavo, escapando con gran dificultad; el sol le quemó la cara hasta que pareció cuero; toscos aldeanos lo ahuyentaron de sus puertas. De vez en cuando un derviche le daba un bocado y un andrajo con que cubrirse. Algunas veces pudo tomar un poco de agua fresca de un pozo, pero frecuentemente ésta era salobre.

Finalmente llegó al palacio del Rey de Occidente.

Aun aquí tuvo las mayores dificultades para lograr entrar. Los soldados lo alejaban con las astas de sus lanzas, los chambelanes se negaban a hablar con él. Fue puesto a trabajar como empleado

menor en la Corte, hasta que pudiese ganar lo suficiente como para comprar una vestimenta adecuada para cuando solicitara al Maestro de Ceremonias admisión a la Presencia Real.

Pero no se olvidaba de que se hallaba cerca de la presencia del Rey, y el recuerdo de la bondad del Sultán hacia él, tiempo atrás, aún perduraba. Sin embargo, debido a que había pasado tanto tiempo en estado de pobreza y desgracia, sus modales se habían resentido, y el Maestro de Ceremonias decidió que debía seguir un curso de comportamiento y autodisciplina antes de autorizarlo a presentarse a la Corte.

Todo esto soportó el mercader hasta que, tres años después de haber abandonado Bagdad, fue llevado a la sala de audiencias.

El rey lo reconoció en seguida, le preguntó cómo estaba, y le pidió que se sentara en un lugar de honor a su lado.

"Su Majestad", dijo el mercader, "he sufrido terriblemente durante estos últimos años. Mis tierras fueron usurpadas, mi patrimonio expropiado, mis barcos se perdieron y con ellos toda mi fortuna. Durante tres años he luchado contra el hambre, los bandidos, el desierto, y con gentes cuyo lenguaje no comprendía. Aquí estoy para ponerme en manos de la misericordia de Su Majestad."

El Rey se dirigió al Chambelán. "Dale cien ovejas: hazlo Pastor Real, envíalo a aquella montaña y déjalo hacer su trabajo."

Algo deprimido debido a que la generosidad del rey aparentaba ser menor que la esperada por él, se retiró, luego de las salutaciones acostumbradas.

Tan pronto hubo llegado con sus ovejas al magro apacentadero, éstas fueron afectadas por una plaga, y todas murieron. Retornó a la Corte.

"¿Cómo están tus ovejas?", le preguntó el Rey.

"Su Majestad, murieron tan pronto las llevé al apacentadero."

El Rey hizo una señal y ordenó: "Dadle a este hombre cincuenta ovejas y dejad que cuide de ellas hasta nuevo aviso."

Sintiéndose avergonzado y perturbado, el pastor llevó los cincuenta animales a la ladera de la montaña. Estas comenzaron a pastar bien, pero súbitamente apareció un par de perros salvajes que las corrieron hasta el borde de un abismo, por donde se precipitaron todas ellas.

El mercader, muy apenado, retornó al Rey y le contó su historia.

"Muy bien", dijo el Rey, "ahora puedes llevar veinticinco ovejas y continuar como antes."

Casi sin tener ya esperanzas en su corazón, y sintiéndose aturdido más allá de toda medida, pues no se sentía pastor en sentido alguno, el mercader llevó sus ovejas al apacentadero. Tan pronto como hubieron llegado allí, se dio cuenta de que todas sus ovejas comenzaban a parir mellizos, llegando casi a duplicar su majada. Después, nacieron mellizos nuevamente. Estas nuevas ovejas eran gordas, de buen vellón y excelentes para comer. El mercader encontró que, vendiendo algunas y comprando otras, las que compraba, flacas y chicas en un principio, crecían fuertes y sanas y se asemejaban a la asombrosa nueva raza que estaba criando. Después de tres años pudo retornar a la Corte, espléndidamente ataviado, con su informe acerca de la prosperidad del rebaño durante su administración. Fue inmediatamente admitido a la presencia del rey.

"¿Eres ahora un próspero pastor?", preguntó el monarca. "Sí, en verdad, Su Majestad. En una forma incomprensible mi suerte ha cambiado y puedo decir ahora que nada adverso ha sucedido; aunque todavía no me agrada criar ovejas."

"Muy bien", dijo el rey. "Allá está el reino de Sevilla, cuyo trono es mi don. Ve y que se sepa que yo te hago rey de Sevilla." Y lo tocó sobre el hombro con el hacha ceremonial.

El mercader no pudo contenerse y prorrumpió: "Pero, ¿por qué no me hiciste rey la primera vez que vine a ti? ¿Estabas poniendo a prueba mi paciencia, ya tensa y a punto de romperse? ¿O lo hiciste para enseñarme algo?"

El Rey rió. "Digamos simplemente que, si el día que llevaste las cien ovejas a la montaña y las perdiste, hubieras tomado el gobierno del reino de Sevilla, hoy no habría allí piedra sobre piedra."

* * *

Abdul-Qadir de Gilán nació en el siglo XI cerca de la costa meridional del Mar Caspio. Debido a que fue descendiente de Hasan, nieto de Mahoma, es conocido como *Sayedna* —"Nuestro Príncipe". La poderosa Orden Qadiri lleva su nombre. Tiene la reputación de haber mostrado poderes paranormales desde su niñez, haber estudiado en Bagdad y haber empleado mucho tiempo tratando de establecer la educación pública gratuita. Shahabudin Suhrawardi, uno de los más grandes escritores Sufis, quien escribió los *Dones del Conocimiento Profundo,* fue su discípulo. Innumerables maravillas se cuentan de ambos hombres.

Tuvo un gran número de discípulos judíos y cristianos, así como también musulmanes. Murió en 1166. Mientras yacía en su lecho de muerte un misterioso árabe apareció con una carta. En ella estaba escrito. "Esta es una carta del Amante a su amado. Toda persona y todo animal debe probar la muerte." Su tumba está en Bagdad.

Puesto que Abdul-Qadir es ampliamente venerado como un santo, numerosas hagiografías referentes a su vida son populares en Oriente. Ellas están llenas de maravillas e ideas singulares.

Hiyat-i-Hazrat ("Vida de la Presencia"), que es uno de tales libros, comienza así:

"Su apariencia era formidable. Un día, sólo un discípulo se atrevió a hacer una pregunta. Esta era: '¿Puedes darnos poder para mejorar la tierra y la suerte de la gente de la tierra?' Su frente se oscureció y dijo: 'Haré más que eso: daré ese poder a vuestros descendientes, pues todavía no hay esperanzas de que una mejora tal pueda ser hecha en escala suficientemente grande. Los instrumentos aún no existen. Vosotros seréis recompensados; y ellos tendrán la recompensa por sus esfuerzos y por vuestras aspiraciones'."

Una manera similar de percibir los procesos cronológicos se observa en "El Hombre Cuyo Tiempo estaba Trastrocado."

Maruf el remendón

Había una vez un zapatero remendón llamado Maruf, que vivía en la ciudad de El Cairo, con su mujer Fátima. Esta bruja lo trataba tan mal, pagándole cada buena acción con una mala, que Maruf comenzó a verla como la encarnación de las inexplicables contrariedades del mundo.

Vencido por la sensación de una real injusticia, llevado a la desesperación extrema, huyó a un monasterio en ruinas cercano a la ciudad, donde se sumió en oración y súplica, exclamando incesantemente: "Señor, te ruego me envíes un medio de liberación, para que pueda viajar muy lejos de aquí, y hallar seguridad y esperanza."

Continuó haciendo esto durante varias horas, cuando de pronto sucedió un hecho asombroso. Un ser de gran altura y extraño aspecto pareció atravesar la pared frente a él, a la manera atribuída a los poderes de los Abdal, "Los Transformados", que son seres humanos que han logrado poderes muy superiores a los que tienen los hombres comunes.

"Yo soy Abdel-Makan, el Servidor de este Lugar", dijo la aparición. "¿Qué quieres pedirme?"

Maruf le contó todos sus problemas. El Transformado hizo que Maruf se montara sobre su espalda, y volaron por el aire durante varias horas, a una velocidad inigualable. Maruf se encontró al amanecer en una lejana ciudad, en la frontera con China: un hermoso y próspero lugar.

Uno de los ciudadanos lo detuvo en la calle y le preguntó quién era. Cuando Maruf le contó, y trató de explicar la forma en que había llegado, se juntó una multitud de patanes. Arrojándole pa-

los y piedras lo acusaron de ser un loco, o alguna especie de impostor.

La chusma estaba todavía manoseando rudamente al infortunado remendón, cuando un mercader se acercó a ellos y los dispersó, diciendo: "¡Avergonzáos! Un extranjero es un huésped, unido a nosotros por los sagrados lazos de la hospitalidad, y merecedor de nuestra protección." Su nombre era Alí.

Alí explicó a su amigo cómo había progresado de la nada a la fortuna en esta extraña ciudad de Ikhtiyar. Aquí los mercaderes, según parecía, estaban más inclinados que otra gente a creer literalmente lo que un hombre decía. Si era pobre no le daban ninguna oportunidad en la vida, pues consideraban que si ese hombre era pobre, lo era porque debía serlo. Si, por otra parte, se decía de un hombre que era rico, le daban consideración, crédito y honra.

Alí había descubierto este hecho. Por consiguiente había visitado a varios ricos mercaderes de la ciudad, les había pedido préstamos, diciendo que una de sus caravanas no había llegado aún. Le concedieron los préstamos. Alí multiplicó el dinero comerciando en las grandes ferias, y pudo devolver el capital y además hacerse rico.

Le aconsejó a Maruf hacer lo mismo.

Fue así como Maruf, vestido con un suntuoso manto que su amigo le proveyó, fue a pedir préstamos de un mercader a otro. La única diferencia era que, debido a su disposición caritativa, Maruf daba el dinero a los mendigos. Su caravana, tras meses de espera, no mostraba signos de arribar y Maruf no realizaba ningún negocio, pero su caridad aumentaba pues los mercaderes competían en prestar dinero a un hombre que inmediatamente lo gastaba en caridad. De este modo, pensaban que cuando llegara la caravana recibirían de inmediato su capital y participarían indirectamente de la bendición que acompaña a los actos de caridad.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, los mercaderes comenzaron a preguntarse si, después de todo, Maruf no sería un

impostor. Fueron a quejarse ante el rey de la ciudad. El monarca hizo comparecer a Maruf ante él.

El rey tenía dudas respecto de Maruf y resolvió ponerlo a prueba. Poseía una valiosa joya, que decidió regalar al mercader Maruf, a fin de ver si éste se percataba de su valor o no. Si se daba cuenta, el rey —que era un hombre codicioso— le daría a su hija en matrimonio. Si no se daba cuenta, iría a la cárcel.

Maruf se presentó a la Corte y le fue entregada la joya. "Esto es para ti, buen Maruf", dijo el rey. "Pero dime, ¿por qué no pagas tus deudas?"

"Porque, Majestad, mi caravana con inapreciables cosas todavía no ha llegado. En lo que respecta a la joya, pienso que sería mejor que su Majestad la conservara, porque no tiene valor alguno si la comparamos con las joyas realmente valiosas que tengo en mi caravana."

Vencido por la codicia, el rey despidió a Maruf y envió un mensaje al representante de los mercaderes, ordenándoles guardar silencio. Resolvió casar a la princesa con el mercader, pese a la oposición del Gran Visir. El Visir decía que Maruf era un manifiesto mentiroso. El rey, sin embargo, recordó que el Visir había estado pidiendo la mano de la princesa durante años, y atribuyó su consejo a un prejuicio.

Cuando le informaron que el rey le entregaría a su hija, Maruf simplemente dijo al Visir: "Dile a su Majestad que hasta que no llegue mi caravana, cargada de joyas sin precio y cosas semejantes, no podré mantener a una princesa como esposa, y por lo tanto sugiero que el matrimonio se postergue."

Enterado de esta actitud, el rey inmediatamente abrió su tesoro a Maruf, para que pudiese elegir lo que necesitaba para establecerse adecuadamente y para hacer los regalos acordes con el rango de yerno real.

Nunca se vio, ni en ese ni en otro país, un casamiento semejante. No sólo se distribuyeron como limosna joyas a manos llenas, sino que a todo aquel que tan sólo hubiese oído hablar del

casamiento le dieron un espléndido presente. Las celebraciones, de magnificencia sin precedentes, duraron cuarenta días.

Cuando por fin estuvieron solos, Maruf dijo a su novia: "Ya he recibido tanto de tu padre que me siento preocupado", pues de algún modo debía justificar el estar apenado. "No pienses en eso", dijo la princesa, "pues cuando llegue tu caravana todo se arreglará."

Mientras tanto el Visir comenzó nuevamente su brega con el rey para que investigara la verdadera situación de Maruf. Decidieron solicitar la ayuda de la princesa, y ésta accedió a averiguar, en el momento oportuno, la verdad del asunto.

Esa noche, mientras yacían uno en brazos del otro, la princesa pidió a su marido que le explicara el misterio de la caravana que no llegaba. Maruf, ese mismo día, había dicho a su amigo Ali que realmente tenía una caravana de inapreciable valor. Pero ahora decidió decir la verdad. "No hay tal caravana", dijo, "y aunque el Visir tiene razón, sus palabras se deben a su codicia. También tu padre me dio tu mano debido a su propia codicia. ¿Por qué consentiste en casarte conmigo?"

"Eres mi marido", replicó la princesa, "y nunca te deshonraré. Toma estas cincuenta mil monedas de oro, abandona el país, envíame un mensaje desde un lugar seguro, en el que oportunamente me reuniré contigo. Mientras tanto, déjame que arregle la situación en la corte." Vestido como un esclavo, Maruf huyó en plena noche.

Ahora bien, cuando el rey y el Visir llamaron a la Princesa Dunia para que les informara, ella dijo:

"Respetado Padre y Dignísimo Visir, estaba anoche a punto de formular la pregunta a mi esposo Maruf cuando sucedió una cosa extraña."

"¿Qué fue?", exclamaron ambos al unísono.

"Diez Mamelucos, magníficamente ataviados, llegaron al pie de la ventana del palacio, trayendo una carta del jefe de la caravana de Maruf. La carta decía que habían sido demorados por

un ataque de una banda de beduinos; cincuenta de los quinientos guardias habían muerto, y se habían llevado una cantidad de mercadería, doscientas cargas de camellos."

"¿Y qué dijo Maruf?"

"Dijo muy poco. Pensó que doscientas cargas y cincuenta vidas no eran mucho. Pero en seguida se puso en marcha para encontrarse con la caravana y traerla hasta aquí."

De este modo la Princesa ganó tiempo.

En cuanto a Maruf, cabalgó tenazmente sin saber hacia dónde, hasta que llegó ante un campesino que araba una pequeña faja de tierra. Lo saludó y el campesino le respondió desde su corazón bondadoso:

"Sé mi huésped, Gran Esclavo de su Majestad el Rey. Te traeré algo de comida para compartir conmigo."

Se alejó de prisa y Maruf, tocado por su bondad, decidió continuar arando, para contribuir así a su bienestar. No había hecho muchos surcos cuando el arado golpeó una piedra. Cuando consiguió quitarla, aparecieron unos escalones que conducían a una enorme habitación subterránea, llena de innumerables tesoros. En una caja de cristal había un anillo, que Maruf recogió y frotó. Instantáneamente una extraña aparición se materializó, exclamando: "Mi Señor, aquí estoy yo, tu sirviente."

Maruf descubrió que este Genio era conocido como Padre de la Felicidad, y como uno de los más poderosos Jefes de los Genios, y que el tesoro había pertenecido al antiguo rey Shaddad, hijo de Aad. El Padre de la Felicidad era ahora el esclavo de Maruf.

El remendón ordenó que el tesoro fuera llevado a la superficie de la tierra. Luego fue cargado en camellos, mulas y caballos materializados por el Genio. Todo tipo de materiales preciosos fueron también producidos por otros Genios que servían al Padre de la Felicidad, y la caravana pronto estuvo lista para partir.

El campesino retornó con un poco de cebada y legumbres. Viendo a Maruf con sus tesoros, imaginó que debía de ser un rey.

Maruf le dio un poco de oro, y le dijo que reclamara, más tarde, una recompensa. Aceptando la hospitalidad del campesino, sólo comió legumbres y cebada.

Maruf envió en primer lugar a los Genios (disfrazados de hombres y animales) a la ciudad de su suegro. Cuando llegaron, el rey reprochó al Visir por haber sugerido, siquiera una vez, que Maruf era un indigente. Al oír la Princesa que una resplandeciente caravana, perteneciente a Maruf, había arribado, no supo cuál era la verdad. Sospechó que Maruf había mentido para poner a prueba su lealtad.

El amigo de Maruf, Alí, por su parte, supuso que esta gran caravana era producto de la acción de la princesa, que de esta manera habíase dado maña para salvar el nombre y la vida de su marido.

Todos los mercaderes que le habían prestado dinero a Maruf, y se habían sorprendido por la generosidad, con que lo distribuía, ahora estaban aún más asombrados por la cantidad de oro, joyas y regalos que éste estaba repartiendo a los pobres y necesitados.

Pero el Visir todavía sospechaba. Nunca se ha visto a un mercader que actuara de esta forma, díjole al rey, y le propuso un plan.

Atrajo a Maruf a un jardín, lo atiborró con música y vino, y en su borrachera Maruf confesó la verdad. Entonces el Visir tomó el anillo mágico de Maruf, quien no ofreció resistencia, hizo que el Genio apareciese y le ordenó llevar a Maruf al más lejano desierto. Injuriándolo por haber revelado el precioso secreto, el Genio tomó a Maruf y lo arrojó al desierto de Hadhramaut. Entonces el Visir ordenó al Genio que tomara a su amo, el rey, y lo arrojara junto a Maruf. El Visir tomó el poder, y hasta trató de seducir a la princesa.

Sin embargo, cuando el Visir se le acercó, la princesa le quitó el anillo del dedo, lo frotó e hizo que el Genio se llevase encadenado al ministro. En una hora, el Genio trajo nuevamente al

rey y a Maruf al palacio. El Visir fue ajusticiado por su traición, y Maruf tomó su lugar como primer ministro.

Juntos vivieron felices desde entonces. El rey murió y Maruf lo sucedió cuando ya tenía un hijo. La princesa retuvo la posesión del anillo. Por entonces la princesa enfermó y poniendo en manos de Maruf el cuidado del niño y del anillo, murió advirtiéndole que cuidara por igual de ambos.

Poco tiempo después, estaba el Rey Maruf durmiendo en su cama, cuando de pronto despertó sobresaltado. A su lado estaba nada menos que su primera mujer, la horrible Fátima, transportada allí por medios mágicos. Ella le explicó lo sucedido.

Cuando Maruf hubo desaparecido, ella se arrepintió y se convirtió en mendiga. La vida era dura, y ella se encontraba reducida a un estado extremo de sufrimiento. Un día, mientras estaba acostada tratando de dormir, gritó en su aflicción; y al momento apareció un Genio quien le contó las aventuras de Maruf, a partir de su último encuentro. Ella pidió ser llevada a Ikhtiyar y fue transportada a la velocidad de la luz.

Estaba ahora arrepentida, y Maruf aceptó tomarla nuevamente como esposa, advirtiéndole que ahora él era rey y amo de un anillo mágico, cuyo servidor era el gran Genio, Padre de la Felicidad. Ella le agradeció humildemente y tomó su lugar como reina. Pero odiaba al pequeño príncipe.

Ahora bien, de noche Maruf solía quitarse el anillo mágico. Fátima lo supo y no pasó mucho tiempo antes de que se deslizara en su dormitorio y lo robara. El pequeño, sin embargo, la había seguido y cuando la vio robar el anillo desenvainó su pequeña espada y mató a la bruja, temeroso del uso que pudiera darle el poder que éste otorgaba.

Fue así como la falsa Fátima, en el lugar de su mayor honra, encontró su tumba. Maruf llamó entonces al campesino que había sido el instrumento de su salvación y lo nombró primer ministro. Se casó con la hija del campesino. Y desde entonces, todos vivieron rodeados de felicidad y prosperidad.

* * *

Como varios otros cuentos derviches, éste aparece en las *Mil y Una Noches.* A diferencia de la mayoría de las alegorías Sufis, no se lo encuentra en forma poética. Asimismo, a diferencia de la mayoría, excepto el ciclo Mulá Nasrudin, es a veces presentado en forma teatral en las Chaikhanas (casas de té).

No contiene moraleja, a la manera acostumbrada en Occidente, pero subraya ciertas relaciones de causa y efecto, que son un rasgo sobresaliente de cierta literatura Sufi.

Sabiduría en venta

Un hombre llamado Saifulmuluk pasó la mitad de su vida buscando la verdad. Leyó todos los libros sobre sabiduría antigua que pudo encontrar. Viajó a todos los países conocidos y desconocidos para oír lo que decían los maestros espirituales. Pasó los días trabajando y las noches en la contemplación de los Grandes Misterios.

Un día oyó hablar de otro maestro, el gran poeta Ansari, que vivía en la ciudad de Herat. Dirigiendo sus pasos hacia allí llegó hasta la puerta del sabio. En ella estaba escrito, contrariamente a lo que esperaba, un extraño anuncio: "Aquí se Vende Conocimiento."

"Esto debe de ser un error, o una tentativa deliberada para disuadir a los vanos buscadores de curiosidades", se dijo a sí mismo, "pues nunca oí decir antes que el conocimiento pueda ser comprado o vendido." Fue así como entró en la casa.

Sentado en el patio interior estaba el mismo Ansari, encorvado por la edad, escribiendo un poema. "¿Has venido a comprar conocimiento?", preguntó. Saifulmuluk asintió. Ansari le dijo que exhibiera todo el dinero que llevaba. Saifulmuluk desembolsó todo su dinero, que sumaba cien monedas de plata.

"Por esa cantidad", dijo Ansari, "puedes recibir tres consejos."

"¿Lo dices seriamente?", preguntó Saifulmuluk. "¿Por qué necesitas dinero si eres un hombre humilde y consagrado?"

"Vivimos en el mundo, rodeados por hechos materiales", dijo el Sabio. "Y con el conocimiento que poseo adquiero nuevas y grandes responsabilidades. Debido a que sé ciertas cosas que otros ignoran, debo gastar dinero, entre otras cosas, para ser de

utilidad donde una palabra bondadosa o el ejercicio de la 'Baraka' no es lo indicado."

Tomó las monedas de plata y dijo: "Escucha bien."

"El primer consejo es: 'una pequeña nube indica peligro'."

"¿Pero es esto conocimiento?", preguntó Saifulmuluk. "No parece decirme mucho acerca de la naturaleza de la verdad última o acerca del lugar del hombre en el mundo."

"Si vas a interrumpirme", dijo el Sabio, "puedes tomar tu dinero y marcharte. ¿De qué sirve el conocimiento del lugar del hombre en el mundo, si ese hombre está muerto?"

Saifulmuluk guardó silencio y esperó el próximo consejo.

"El segundo consejo es: 'Si puedes encontrar un pájaro, un gato y un perro en un lugar, tómalos y cuídalos hasta el final'."

"Este es un extraño consejo", pensó Saifulmuluk, "pero tal vez tiene un significado metafísico interior el cual se volverá manifiesto para mí si medito sobre él un tiempo suficientemente largo."

De modo que guardó silencio hasta que el Sabio manifestó el último consejo:

"Cuando hayas experimentado ciertas cosas que parecen irrelevantes, manteniéndote fiel a los consejos anteriores, entonces y sólo entonces se abrirá una puerta para ti. Atraviesa esa puerta."

Saifulmuluk quiso quedarse a estudiar con este desconcertante sabio, pero Ansari lo despidió con bastante rudeza.

Así continuó errando y fue a Kashmir a estudiar con un maestro. Cuando se encontraba viajando por Asia Central nuevamente, llegó a la plaza del mercado de Bokhara durante un remate. Un hombre se estaba llevando un gato, un pájaro y un perro que acababa de comprar. "Si no me hubiera demorado tanto tiempo en Kashmir", pensó Saifulmuluk, "hubiera podido comprar esos animales, pues ellos son ciertamente parte de mi destino."

Luego comenzó a preocuparse, puesto que si bien había visto el pájaro, el gato y el perro, no había visto aún la pequeña nube. Todo parecía andar mal. Lo único que lo salvó fue repasar uno

de sus libros de apuntes en el cual tenía registrado, aunque no lo recordara, el consejo de un antiguo sabio: "Las cosas ocurren en sucesión. El hombre imagina que esta sucesión es de una cierta clase. Pero a veces es otra clase de sucesión."

Entonces se dio cuenta de que, aunque los tres animales habían sido comprados en un remate, Ansari no le había dicho en realidad, de comprarlos en un remate. No había recordado las palabras del consejo, que habían sido: "Si puedes encontrar un pájaro, un gato y un perro en un lugar, tómalos y cuídalos hasta el final."

De modo que comenzó a buscar al comprador de los animales, para ver si aún estaban "en un lugar."

Tras muchas averiguaciones, descubrió que el hombre se llamaba Ashikikuda y que sólo había comprado los animales para liberarlos del dolor de estar enjaulados en la tienda del rematador, donde habían estado durante varias semanas, esperando un comprador. Se hallaba aún "en un lugar" y Ashikikuda se alegró de vendérselos a Saifulmuluk.

Este se radicó en Bokhara, puesto que no era posible continuar viajando con los animales. Todos los días iba a trabajar a una hilandería de lana, retornando al anochecer con comida para los animales que había comprado con su jornal. El tiempo pasó y transcurrieron tres años.

Un día, siendo ya un maestro hilandero y viviendo como respetado miembro de la comunidad con sus animales, caminó hacia las afueras de la ciudad y vio lo que parecía ser una pequeñísima nube, suspendida casi sobre el horizonte. Era una nube de tan extraño aspecto, que su memoria fue acicateada, y el Primer Consejo vino a su conciencia muy claramente:

"Una pequeña nube indica peligro."

Saifulmuluk retornó inmediatamente a su casa, reunió sus animales, y comenzó su huída hacia el oeste. Llegó a Isfahan casi sin un centavo. Algunos días más tarde supo que la nube que había visto era la polvareda de una horda conquistadora, la cual

había capturado la ciudad de Bokhara y asesinado a todos sus habitantes.

Y las palabras de Ansari le vinieron a la mente: "¿De qué sirve el conocimiento del lugar del hombre en el mundo, si ese hombre está muerto?"

La gente de Isfahan, no era afecta ni a los animales, ni a los hiladores de lana, ni a los extranjeros, y Saifulmuluk estuvo muy pronto reducido al estado de extrema pobreza. Se arrojó al suelo y exclamó: "¡Oh Sucesión de Santos! ¡Oh Inmaculados! ¡Vosotros que habéis sido Transformados! Venid en mi ayuda, pues estoy reducido a un estado en el cual mis propios esfuerzos no logran darme ya el sustento, y mis animales están sufriendo hambre y sed."

Mientras yacía allí, entre dormido y despierto, su estómago roído por el hambre, y habiéndose resignado a que su destino lo guiara, tuvo una visión tan clara como si fuese real. Era la imagen de un áureo anillo, engarzado con una piedra de cambiantes luces, con destellos de fuego, que brillaba suavemente como el mar fosforecente y que, desde sus profundidades, emitía luces verdes.

Una voz, o lo que parecía ser una voz, dijo: "Esta es la corona áurea de las edades, el Samir de la Verdad, el mismísimo anillo del Rey Salomón, el hijo de David, sobre cuyo nombre haya paz, cuyos secretos deben ser preservados."

Mirando a su alrededor vio que el anillo rodaba hacia una grieta en el terreno: parecía encontrarse junto a un arroyo, debajo de un árbol, cerca de una roca de curiosa forma.

A la mañana siguiente, descansado y pudiendo soportar mejor su hambre, Saifulmuluk comenzó a vagar por los alrededores de Isfahan. Entonces, estando casi expectante por alguna razón, vio el río, el árbol y la roca. Debajo de la roca había una gruta. En la gruta, en la cual introdujo una vara, estaba el anillo que ya había visto de la extraña manera antes relatada.

Lavando el anillo en el agua, Saifulmuluk exclamó: "Si éste es

verdaderamente el Anillo del Gran Salomón, vaya a Él mi saludo, concédeme, Espíritu del Anillo, un digno fin a mis penurias."

De pronto pareció que la tierra se sacudía, y oyó como si una voz semejante a un torbellino resonara en sus oídos: "A través de los siglos, buen Saifulmuluk, te deseamos paz. Eres el heredero del poder de Salomón el hijo de David, la paz sea con él, Señor de los Genios y de los Hombres, yo soy el Esclavo del Anillo. ¡Ordéname, Señor Saifulmuluk, Señor!"

"Trae aquí los animales y comida para ellos", dijo Saifulmuluk inmediatamente, sin olvidarse de agregar: "¡Por el gran Nombre y en el Nombre de Salomón, nuestro Señor, Comandante de Genios y Hombres, hacia quien vaya el Saludo!"

Casi en el momento en que terminaba de decir esto los animales estuvieron allí, y cada uno tenía delante de sí la comida necesaria, aquella que más les gustaba.

Entonces frotó el anillo, y el Espíritu del Anillo nuevamente le respondió como un torrente en sus oídos.

"Ordena y cuanto desees será hecho, excepto aquello que no debe hacerse, Señor del Anillo."

"Dime, en el Nombre de Salomón (¡la paz sea con él!), ¿es éste el final? Porque debo cuidar del bienestar de estos compañeros míos hasta el fin, de acuerdo con el mandato de mi propio Maestro, El Khoja Ansar de Herat."

"No", replicó el Espíritu, "esto no es el final."

Saifulmuluk se estableció en ese lugar, donde hizo que el Genio le construyera una pequeña casa y un lugar para los animales, y pasaba las horas con ellos. Cada día el Genio traía a todos lo suficiente para sus necesidades, y los que por allí pasaban se maravillaban de la santidad de Saif Baba, "Padre Saif", como era llamado, "quien vivía de la nada, rodeado por animales domesticados y salvajes."

Cuando no estaba estudiando los apuntes de sus viajes y reflexionando sobre sus experiencias, Saif Baba observaba a los tres animales y aprendía sus costumbres. Cada uno le respondía

de acuerdo con su propia forma de proceder. Alentaba sus buenas cualidades y desalentaba las malas, y a menudo les hablaba sobre el Gran Khoja Ansar, y los Tres Consejos.

De tiempo en tiempo hombres santos pasaban por su morada, y a menudo lo invitaban a discutir con ellos, o a estudiar sus Caminos en particular. Pero él rehusaba, diciendo: "Yo tengo mi tarea a realizar, que me fue dada por mi maestro."

Entonces, un día, se sorprendió al descubrir que el gato le estaba hablando en un lenguaje que él podía entender: "Señor", dijo el gato, "tienes tu tarea y debes llevarla a cabo, pero, ¿no te sorprende que el tiempo que tú llamas 'el final' no haya llegado?"

"No estoy realmente sorprendido", dijo Saif Baba, "porque de acuerdo con la información que poseo puede durar cien años."

"Es allí donde te equivocas", dijo el pájaro, que ahora también hablaba, "pues tú no has aprendido lo que podrías haber aprendido de los diversos viajeros que han pasado por aquí. No te das cuenta de que, aunque te parecieran diferentes (así como nosotros los animales te parecemos distintos) ellos eran enviados por la fuente de tu enseñanza, por el mismo Khoja Ansar, para ver si habías adquirido suficiente percepción como para seguirlos."

"Si esto es verdad", dijo Saif Baba, "lo cual no creo ni por un instante, ¿pueden explicarme por qué un simple gato y un pequeño gorrión pueden decirme cosas que yo, con los milagrosos beneficios que he recibido, no puedo ver?"

"Es simple", dijeron ambos a la vez, "es que te has acostumbrado tanto a ver las cosas desde un solo punto de vista, que tus defectos son visibles aun para la mente más común."

Esto preocupó a Saif Baba. "¿Así que podría haber encontrado la Puerta del Tercer Consejo hace mucho, si hubiera estado bien preparado para ello?", preguntó.

"Sí", dijo el perro, uniéndose a la discusión, "la puerta se ha abierto una docena de veces en los últimos años, pero no la viste. Nosotros la vimos, y debido a que somos animales, no podíamos decírtelo."

"Entonces, ¿cómo pueden decírmelo ahora?"

"Puedes entender nuestro lenguaje porque tú mismo te has vuelto más humano últimamente. Te queda una sola oportunidad, pues la edad te está venciendo."

Saif Baba pensó primeramente: "Esto es una alucinación." Y luego, pensó: "Ellos no tienen derecho a hablarme así, yo soy su señor y la fuente de su subsistencia." Entonces otra parte de él pensó: "Si están equivocados, no tiene importancia. Pero si tienen razón, sería terrible para mí. No puedo correr el riesgo."

Así fue como esperó su oportunidad. Los meses pasaron. Un día llegó un derviche errante, y levantó su carpa en el umbral de la casa de Saif Baba. Se hizo amigo de los animales y Saif Baba decidió darle su confianza. "¡Fuera de aquí!", interrumpió el derviche, "no estoy interesado en tus cuentos del Maestro Ansari, tus nubes, tu búsqueda y tu responsabilidad hacia los animales, ni aun en tu anillo mágico. Déjame en paz. Yo sé lo que *deberías* estar hablando, pero no sé de qué *estás* hablando."

Desesperado, Saif Baba llamó al Espíritu del Anillo. Pero el Genio simplemente dijo: "No puedo decirte aquellas cosas que no deben ser dichas. Pero sé que estás sufriendo de la enfermedad llamada 'El Prejuicio Permanente de lo Oculto', el cual rige tus pensamientos, y hace difícil para ti el progreso en el *Camino.*"

Entonces Saif Baba se dirigió al derviche que estaba sentado en el umbral y dijo: "Qué debería yo hacer, pues siento una responsabilidad hacia mis animales y una confusión con respecto a mí mismo y no encuentro más guía en mis Tres Consejos."

"Has hablado sinceramente", dijo el derviche, "y éste es un comienzo. Entrégame tus animales y te diré la respuesta."

"Pero no te conozco y pides demasiado", dijo Saif Baba. "¿Cómo puedes pedir semejante cosa? Te respeto, pero todavía hay una duda en mi mente."

"Bien dicho", dijo el derviche. "Has revelado no tu preocupación por tus animales sino tu propia falta de percepción respecto de mí. Si me juzgas por la emoción o la lógica no puedes

beneficiarte conmigo. Todavía eres codicioso en cierta manera, manteniendo el sentido de la propiedad sobre 'tus animales'. Debes irte, y eso es tan cierto como que mi nombre es Darwaza."

Ahora bien, "Darwaza" significa "puerta" y Saif Baba pensó con ahínco en esto. ¿Podía ser ésta la "puerta" que le predijera su sheikh, Ansari? "Tú puedes ser la 'Puerta' que estoy buscando, pero no estoy seguro", le dijo al derviche Darwaza. "Fuera de aquí, tú y tus especulaciones", gritó el derviche. "¿No ves que los dos primeros consejos eran para tu mente, y que el último puede ser comprendido solamente cuando lo percibas tú mismo?"

Después de casi otros dos años de confusión y ansiedad, Saif Baba de pronto se dio cuenta de la verdad. Llamó a sus animales y los despidió diciéndoles: "Quedáis ahora librados a vosotros mismos. Este es el final." Al decir esto se dio cuenta de que los animales tenían forma humana, y de que se habían transformado. Parado a su lado estaba Darwaza, pero su forma era ahora la del Gran Khoja Ansar mismo. Sin decir una palabra, Ansari abrió una puerta en el árbol junto al arroyo y mientras cruzaban el umbral, Saif Baba vio escritas en letras de oro en una maravillosa caverna, las respuestas a las preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la mortalidad y la humanidad, sobre el conocimiento y la ignorancia, que lo habían acosado toda su vida.

"El apego a las cosas externas", dijo la voz de Ansari, "ha sido lo que te ha detenido todos estos años. De alguna manera a causa de esto has llegado tarde. Toma de aquí la única porción de sabiduría todavía abierta para ti."

* * *

Esta historia ilustra, entre otras cosas, el tema Sufi favorito de que la Verdad está "tratando de manifestarse" a la humanidad: pero que se manifiesta una y otra vez a cada hombre bajo apariencias difíciles de penetrar y que, a primera vista, pueden no tener conexión entre sí.

Sólo el desarrollo de una "percepción especial" capacita al hombre a mantenerse en el nivel de este proceso que pasa inadvertido.

El rey y el niño pobre

Un hombre solo no puede recorrer con éxito el camino del sendero interior. No deberías tratar de emprender el viaje solo, pues debe haber un guía. Aquello que llamamos un rey es el guía y aquél a quien llamamos un niño pobre es el Buscador.

Se cuenta que el Rey Mahmud y su ejército se hallaban separados. Mientras galopaba en su caballo a gran velocidad, vio a un chiquillo a la orilla de un río. El niño había echado su red al agua y parecía muy triste.

"¿Por qué estás triste, mi niño?", preguntó el Rey. "Nunca he visto a nadie en un estado semejante."

El chiquillo contestó: "Su Majestad, soy uno, entre siete niños, que no tienen padre. Vivimos con nuestra madre en la pobreza y sin sostén. Yo vengo aquí todos los días y echo mi red para tener algo para comer. Si no atrapo un pez durante el día, nada tenemos en la noche."

"Mi niño", dijo el rey, "¿querrías que te ayude en tu trabajo?" Éste accedió y el Rey Mahmud arrojó la red, la que mediante el "toque" real rindió un centenar de peces.

* * *

Aquellos que no han estudiado extensivamente, a menudo piensan que los sistemas metafísicos niegan el valor de las cosas "del mundo", o prometen abundancia de beneficios materiales.

En el Sufismo, sin embargo, las "cosas buenas" adquiridas no son siempre metafóricas ni inevitablemente literales. Esta parábola del gran Faridudin Attar, vertida en su *Lenguaje de los Pájaros*, es

usada tanto literal como simbólicamente. De acuerdo con los derviches, una persona puede adquirir cosas materiales mediante el Camino Sufi si esto es provechoso tanto para el Camino como para él mismo.

Igualmente, obtendrá dones trascendentales de acuerdo con su capacidad para usarlos en la forma adecuada.

Los tres maestros y los muleteros

Era tal la reputación de Abdul-Qadir, que místicos de todas las creencias solían atestar su salón de recepciones, donde prevalecía el mayor decoro y consideración por los modales tradicionales. Estos hombres piadosos se ubicaban siguiendo el orden de precedencia de edad y acorde con la reputación que habían tenido sus maestros, y a su propia importancia en sus respectivas comunidades.

Sin embargo, rivalizaban por obtener la atención del Sultán de los Maestros, Abdul-Qadir. Sus modales eran impecables y no se veían en esas asambleas personas de poca inteligencia o carentes de educación.

Un día, sin embargo, los tres sheikhs de Khorasan, Irak y Egipto llegaron a la Dargah, guiados por tres muleteros analfabetos. Su viaje desde la Meca, adonde se habían dirigido en peregrinaje, había sido importunado por la tosquedad y chabacanería de estos hombres. Cuando vieron la asamblea del Sheikh se sintieron felices, tanto al pensar que se libraban de sus compañeros como por su deseo de ver al Gran Sheikh.

Contrariamente a lo acostumbrado, el Sheikh salió a recibirlos. No hubo indicio de relación entre él y los muleteros. Sin embargo, esa noche, mientras buscaban sus habitaciones, vieron por accidente al Sheikh dando las buenas noches a los muleteros. Cuando respetuosamente éstos abandonaron la habitación del Sheikh, éste les besó las manos. Los sheikhs quedaron estupefactos y se dieron cuenta de que estos tres, y no ellos, eran ocultos sheikhs de los derviches. Siguieron a los muleteros y trataron de entablar conversación. Pero el jefe de los muleteros sólo dijo:

Volved a vuestras oraciones y masculleos, Sheikhs, con vuestro Sufismo y vuestra búsqueda de la verdad, con la que nos habéis importunado durante treinta y seis días de viaje. Somos simples muleteros y no queremos saber nada de eso."

Esta es la diferencia entre los Sufis ocultos y los superficiales.

* * *

La *Enciclopedia Judía* y otras autoridades sobre místicos Hasídicos, tales como Martin Buber, han notado la afinidad entre esta escuela y los Sufis españoles en lo que concierne a cronología y similitud de enseñanza.

A este cuento atribuido al Sufi Abdul-Qadir de Gilán (1077-1166), también se lo refiere a la vida de Hasid Rabbi Elimelech (quien murió en 1809).

Abdul-Qadir, conocido como "Rey", al igual que Elimelech, fue el fundador de la Orden Qadiri de los derviches.

Bayazid y el hombre egoísta

Un día un hombre reprochaba a Bayazid, el gran místico del siglo IX, diciéndole que había ayunado, orado y demás, durante treinta años sin encontrar el regocijo que Bayazid describía. Bayazid le dijo que podría continuar durante trescientos años más, que tampoco lo encontraría.

"¿Cómo es eso?", preguntó el aspirante a iluminado.

"Debido a que tu vanidad es una barrera para ti."

"Dime el remedio."

"El remedio es uno que tú no puedes tomar."

"Dímelo de todos modos."

Bayazid dijo: "Debes ir al barbero y hacerte afeitar tu (respetable) barba. Quitarte las ropas y ceñirte con una faja. Llenar un morral con nueces y colgarlo de tu cuello. Ir a la Plaza del Mercado y gritar: 'Daré una nuez a cada chiquillo que me pegue en la nuca.' Luego llegarás hasta el tribunal en sesión de modo que puedan verte."

"Pero yo no puedo hacer eso. Por favor, dime alguna otra cosa que dé el mismo resultado."

"Es el primer paso y el único", dijo Bayazid, "pero ya te había dicho que tú no lo harías; de modo que no puedes ser curado."

* * *

El-Ghazali, en su *Alquimia de la Felicidad*, procura destacar con esta parábola su reiterado argumento de que cierta gente, al buscar la verdad, por muy sincera que se crea o que aparente serlo, podría, en realidad, estar motivada por vanidad o egoísmo, siendo esto una barrera para su aprendizaje.

La gente que logra

Iman El-Ghazali relata una leyenda de la vida de Isa, Ibn Maryam.

Isa vio un día a algunas personas tristes, sentadas sobre una pared junto al camino.

Preguntó: "¿Cuál es la causa de vuestra tribulación?"

Dijeron ellos: "Nos hemos vuelto así por miedo al infierno."

Siguió su camino y vio un grupo de personas desconsoladas, en diferentes actitudes a un lado del camino. Dijo: "¿Cuál es la causa de vuestra tribulación?" Ellos dijeron: "El Deseo del Paraíso nos ha vuelto así."

Siguió su ruta hasta que encontró un tercer grupo de gente. Parecían haber arrostrado muchas dificultades, pero sus rostros brillaban de alegría.

Isa les preguntó: "¿Qué os ha vuelto así?"

Ellos contestaron: "El Espíritu de la Verdad. Nosotros hemos visto la Realidad y esto nos ha hecho olvidar nuestros objetivos menores."

Isa dijo: "Esta es la gente que logra. En el Día del Juicio éstos serán los que estarán ante la Presencia de Dios."

* * *

Aquellos que creen que el progreso espiritual depende únicamente del estudio y práctica de temas referentes a recompensa y castigo, a menudo se han sorprendido por esta tradición Sufi sobre Jesús.

Los Sufis dicen que solamente ciertas personas se benefician mediante la práctica mental intensa acerca del ganar o del perder; y que esto, a su vez, puede constituir sólo una parte de las experiencias de una persona. Aquellos que han estudiado los métodos y efectos del

condicionamiento y adoctrinamiento podrían sentirse inclinados a estar de acuerdo con ellos.

Religiosos formales, por supuesto, no admiten, en muchas creencias, que las simples alternativas de bueno-malo, tensión-relajación, recompensa-castigo son sólo partes de un sistema más grande de autorrealización.

Viajero, Extrañeza y Ahorratiempo

Tres derviches se encontraron en una ruta solitaria. El primero era llamado Viajero porque dondequiera que fuese, siempre tomaba la ruta más larga, debido a su respeto por la tradición. El segundo era conocido como Extrañeza porque nada le parecía extraño, aunque la mayoría de las cosas que hacía o aun las que observaba, parecían extrañas a otros. El tercero era llamado Ahorratiempo porque siempre pensaba que podía ahorrar tiempo, aunque los caminos que elegía resultaban a menudo los más largos.

Se convirtieron en compañeros de viaje. Pero al poco tiempo se separaron. Esto ocurrió debido a que Viajero vio un poste señalador del que había oído hablar, e insistió en tomar la ruta que éste indicaba. Esta ruta sólo conducía a una ciudad en ruinas habitada por leones, pues la floreciente metrópoli de la que había oído hablar había desaparecido siglos atrás. Fue devorado por los leones, casi de un bocado. Uno o dos días más tarde, Ahorratiempo decidió encontrar una ruta más corta, cayendo en unas arenas movedizas, mientras trataba de cortar camino a través del campo. Eran arenas movedizas poco peligrosas, pero salir de ellas llevaba meses.

Extrañeza siguió solo. Pronto encontró a un hombre que le dijo: "Derviche, más adelante el camino está obstruído por una posada, habitada de noche por las bestias salvajes de la jungla."

"¿Qué hacen durante el día?", preguntó Extrañeza.

"Supongo que cazan", dijo el hombre.

"Muy bien, dormiré allí durante el día y velaré durante la noche", dijo Extrañeza.

Se acercó a la posada a la luz del día y efectivamente vio allí las huellas de muchos animales. Tuvo tiempo para dormir. Al anochecer despertó y se escondió para descubrir por qué los animales se reunían allí.

Al rato llegaron todos, encabezados por el león, su rey. Uno a uno saludaron al león y le relataron historias de cosas que eran conocidas por ellos y desconocidas por la raza humana.

De esta manera, desde su escondite, el derviche se enteró de que muy cerca de allí, había una caverna llena de joyas, el Tesoro de la Karatash, la legendaria Piedra Negra. Uno de los animales contó que en esa misma posada vivía una rata que custodiaba un tesoro de monedas de oro, que no podía utilizar, así como tampoco soportaba separarse de ellas, y que al alba las sacaba afuera. Un tercer animal explicó cómo la hija de un rey podía ser curada de la locura que padecía.

De todas las historias ésta era la más extraña, y aun el mismo Extrañeza apenas pudo creerla. En el valle vecino había un perro ovejero que cuidaba una gran majada. Sólo el pelo de la parte posterior de sus orejas curaría a la princesa. Pero como ningún hombre conocía ni el remedio ni a la princesa que pronto sería atacada por esta enfermedad (según se enteró), no había esperanzas de que este conocimiento fuera de utilidad alguna.

Poco antes del alba los animales se dispersaron, y Extrañeza esperó a que apareciese la rata. Efectivamente ésta se dirigió al centro de la morada haciendo rodar una moneda de oro. Cuando hubo sacado todo el tesoro y estaba contando las monedas, el derviche salió de su escondite y se apoderó de ellas. Luego se dirigió a la Caverna de la Karatash y vio el tesoro. De allí partió en búsqueda del perro y le arrancó algo de pelo de la parte posterior de sus orejas. Luego reanudó su travesía.

El derviche Extrañeza, siguiendo extrañas señales en las que ningún otro hubiera reparado, se encontró, finalmente, en los más remotos confines del Imperio. Al entrar en un reino extraño y desconocido para él, vio que la gente corría de un lugar a otro

con aire preocupado. Les preguntó qué cosa los afligía. Ellos le explicaron que la hija de su rey había caído recientemente víctima de una extraña enfermedad y que nadie podía curarla. Inmediatamente Extrañeza se dirigió al palacio.

"Si curas a mi hija", dijo el rey, "tendrás la mitad de mi reino y el resto cuando yo muera. Si fallas, haré que seas confinado en el más alto de los minaretes." Extrañeza aceptó las condiciones, y la princesa fue traída ante él. Sostuvo los pelos del perro ovejero ante ella, e instantáneamente quedó curada.

Y así fue como Extrañeza se transformó en un príncipe real y enseñó sus modos de obrar a la gran cantidad de gente respetuosa que se congregaba para aprender de él.

Un día, sin embargo, caminaba disfrazado, como era su costumbre, cuando se encontró con el derviche Ahorratiempo, quien, al principio no lo reconoció, en parte debido a que hablaba incesantemente, no pudiendo así disponer de un instante para identificar a su viejo amigo. Extrañeza, por lo tanto, se limitó a guiar a Ahorratiempo hasta el Palacio, y esperó a que éste le hiciera preguntas.

Ahorratiempo dijo: "¿Cómo sucedió todo esto? Dímelo, pero hazlo rápidamente."

Extrañeza le contó; pero pudo ver que Ahorratiempo no tomaba en cuenta los detalles. Era demasiado impaciente. Sin esperar más, Ahorratiempo dijo: "Debo ir allí y enterarme de lo que dicen los animales, a fin de poder seguir la misma senda que tú."

"No te lo aconsejo", dijo Extrañeza, "pues antes tú debes aprender a interesarte en el Tiempo y en señales extrañas."

"Tonterías", dijo Ahorratiempo, y partió de inmediato, demorándose sólo lo necesario para pedirle a su compañero derviche cien monedas de oro para el viaje.

Cuando Ahorratiempo llegó a la posada cayó en la cuenta de que era de noche. Reacio a ocultarse de los animales hasta el amanecer, entró directamente al salón principal, donde el tigre

y el león saltaron inmediatamente sobre él y lo descuartizaron.

En cuanto a Extrañeza, vivió feliz para siempre.

* * *

Encontrado en un manuscrito derviche llamado *Kitab-i-Amu Daria* (El Libro del Río Oxus), una anotación nos aclara que esta historia es uno de los cuentos-enseñanza de Uwais el-Qarni, fundador de la Orden de los Derviches Uwaisi ("solitarios").

El tema es que la impaciencia lo induce a uno a pasar por alto factores esenciales de una situación.

Timur Agha y el lenguaje de los animales

Había una vez un turco llamado Timur Agha que buscaba por pueblos y ciudades, por villorrios y campiñas a alguien que pudiera enseñarle el lenguaje de los animales y de los pájaros. Dondequiera que fuese, hacía esta averiguación, pues sabía que el gran Najmudin Kubra había tenido este poder, y buscaba a uno de sus discípulos directos a fin de beneficiarse con esta extraña ciencia, la ciencia de Salomón.

Finalmente, debido a que había cultivado las cualidades de hombría y generosidad, le salvó la vida a un frágil y viejo derviche, quien pendía de las sogas de un puente colgante de montaña, y que le dijo: "Hijo mío, soy Bahaudin el Derviche y he leído en tu mente. De ahora en adelante conocerás el lenguaje de los animales." Timur prometió que nunca confiaría el secreto a otra persona.

Timur Agha regresó presurosamente a su granja. Pronto pudo hacer uso de su nuevo poder. Un buey y una burra hablaban, en su propio lenguaje. El buey dijo: "Yo debo tirar de un arado y tú sólo tienes que ir al mercado. Tú debes ser más lista que yo; dime cómo salir de esto."

"Todo lo que tienes que hacer", dijo la astuta burra, "es echarte al suelo simulando tener un terrible dolor de estómago. Entonces el granjero te cuidará porque eres un animal valioso. Te permitirá descansar y te dará mejor comida." Pero, por supuesto, habían sido oídos. Cuando el buey se echó al suelo, Timur dijo en alta voz: "Esta noche mandaré este buey al carnicero, a no ser que mejore en media hora." ¡Y vaya si mejoró!

Esto hizo reír a Timur, y su mujer —que era curiosa y malhumorada— insistió en conocer el motivo de su risa. Atento a su promesa, Timur rehusó explicarlo.

Al día siguiente fueron al mercado; el granjero iba a pie, su mujer sobre la burra y el burrito caminaba detrás. El burrito rebuznó y Timur se dio cuenta de que le estaba diciendo a su madre: "No puedo caminar más, déjame ir sobre tu lomo." La madre le contestó en el lenguaje de los burros. "Yo estoy llevando a la mujer del granjero, y nosotros somos sólo animales; éste es nuestro destino, no hay nada que pueda hacer por ti, hijo mío."

Inmediatamente Timur hizo que su mujer se apeara para permitir que la burra descansase. Se detuvieron bajo un árbol. Su mujer estaba furiosa, pero Timur sólo dijo: "Pienso que es hora de descansar."

La burra se dijo a sí misma: "Este hombre conoce nuestro lenguaje. Debe de haber oído mi conversación con el buey y por eso amenazó con enviarlo al carnicero. Pero a mí nada me hizo y de hecho ha retribuído intriga con bondad."

Ella rebuznó: "Gracias, amo." Timur rió pensando en su secreto, pero su mujer estaba furiosa.

"Pienso que tú sabes algo acerca del lenguaje de estos animales", dijo.

"¿Alguna vez alguien oyó que un animal hablase?", preguntó Timur.

Cuando regresaron a su casa, Timur le preparó al buey una cama de paja fresca que había comprado, y éste le dijo: "Estás siendo hostigado por tu mujer y si esto sigue así tu secreto pronto dejará de serlo. Pobre hombre, si sólo te dieras cuenta, podrías hacer que tu mujer se portara bien y quedarías a salvo, con la sola amenaza de castigarla con una varilla no más gruesa que tu dedo meñique."

"Así pues", pensó Timur, "este buey al que amenacé con el matadero, piensa en mi bienestar."

De modo que fue donde se encontraba su mujer y tomando

una pequeña vara le dijo: "¿Te portarás bien? ¿Dejarás de hacerme preguntas aun cuando no haga más que reírme?"

Ella se alarmó terriblemente, pues él jamás le había hablado de este modo antes. Nunca se vio obligado a contarle, y fue así preservado del horrible destino que aguarda a aquellos que cuentan secretos a otros que no están preparados para recibirlos.

* * *

Timur Agha tiene, en su folklore, la reputación de ser capaz de percibir significación en cosas aparentemente triviales.

Se dice que esta historia confiere "baraka" —bendiciones— al narrador y al oyente y por ello es popular en los Balcanes y Cercano Oriente. Muchos cuentos Sufis están disfrazados como cuentos de hadas.

Esta historia es atribuída (en una forma anterior) a Abu-Ishak Chishti, de los "Derviches Cantores" del siglo X.

El pájaro de la India

Un mercader retenía un pájaro en una jaula. Estaba por partir hacia la India, país del cual provenía el pájaro, y le preguntó si podría traerle algo de allí. Este le pidió su libertad, pero le fue negada. Entonces le pidió al mercader que visitara una jungla en la India y que anunciara su cautiverio a los pájaros libres que allí se encontraban.

El mercader así lo hizo y tan pronto hubo hablado, un pájaro silvestre semejante al que retenía en la jaula, cayó desde un árbol, sin sentido, al suelo.

El mercader pensó que éste debía ser un pariente de su pájaro, y se sintió triste por haber sido la causa de su muerte.

De regreso a su hogar, el pájaro le preguntó si traía buenas noticias de la India.

"No", dijo el mercader, "temo que mis noticias sean malas. Uno de tus parientes sufrió un colapso y cayó a mis pies cuando mencioné tu cautiverio."

Tan pronto como estas palabras fueron dichas, el pájaro del mercader sufrió un colapso y cayó al fondo de la jaula.

"La noticia de la muerte de su pariente también lo ha matado a él", pensó el mercader. Entristecido recogió al pájaro y lo puso en el alféizar de la ventana. De inmediato el pájaro revivió y voló a un árbol cercano.

"Puedes ver ahora", dijo el ave, "que aquello que interpretaste como una tragedia era, de hecho, una buena noticia para mí. Y el modo en que el mensaje, o sea la sugerencia de cómo comportarme a fin de obtener mi libertad, me fue transmitido por medio de ti, mi captor." Y se alejó volando, libre al fin.

* * *

Esta fábula de Rumi es una de las muchas que subrayan, para el Buscador Sufi, la gran importancia que tiene en el Sufismo el aprendizaje indirecto.

Imitadores y sistemas diseñados para acomodarse al pensamiento convencional, tanto en Oriente como en Occidente, generalmente prefieren poner de relieve "el sistema" y "el programa", en lugar de la totalidad de experiencias que tienen lugar en una escuela Sufi.

Cuando La Muerte llegó a Bagdad

El discípulo de un Sufi de Bagdad estaba un día sentado en un rincón de una posada, cuando oyó hablar a dos personajes. Por lo que decían, se dio cuenta de que uno de ellos era el Ángel de la Muerte.

"Tengo varias visitas que hacer en esta ciudad durante las próximas tres semanas", le decía el Ángel a su compañero.

Aterrorizado, el discípulo se escondió hasta que ambos hubieron partido. Entonces, usando su inteligencia para resolver el problema de cómo frustrar una posible visita de la muerte, decidió que si se mantenía alejado de Bagdad, no sería alcanzado. Sólo hubo un corto paso entre este razonamiento y alquilar el caballo más veloz disponible y espolearlo día y noche en dirección a la lejana ciudad de Samarcanda.

Mientras tanto La Muerte se encontró con el maestro Sufi y hablaron sobre diversas personas. "¿Y dónde está tu discípulo tal y tal?" preguntó La Muerte.

"Debe de estar en algún lugar de esta ciudad, empleando su tiempo en contemplación, quizá en una posada", dijo el maestro.

"Qué extraño", dijo el Ángel, "pues se halla en mi lista. Sí, aquí está: Tengo que recogerlo dentro de cuatro semanas, nada menos que en Samarcanda."

* * *

Esta manera de presentar la Historia de la Muerte ha sido tomada del *Hikayat-i-Naqshia* ("Cuentos a los que se les da forma siguiendo un plan o diseño").

El autor de esta historia, favorita del folklore de Medio Oriente,

fue el gran Sufi Fudail Ibn Ayad, un ex salteador de caminos, quien murió a comienzos del siglo IX.

De acuerdo con la tradición Sufi, confirmada por documentos históricos, Haroun el-Raschid, el califa de Bagdad, trató de concentrar "todo el conocimiento" en su corte. Varios Sufis vivieron bajo su patronazgo, pero ninguno permitió que este monarca todopoderoso lo enrolara bajo su servicio.

Historiadores Sufis cuentan cómo Haroun y su Visir llegaron a la Meca para ver a Fudail quien dijo: "¡Comendador de los Creyentes! ¡Temo que tu gentil rostro pueda caer en el fuego del infierno!"

Haroun le preguntó al sabio: "¿Has conocido alguna vez a alguien con un desapego mayor al tuyo?"

Fudail dijo: "Sí. Tu desapego es mayor que el mío. Yo me puedo desapegar del ambiente que me rodea; ¡pero tú te has desapegado de algo mucho más grande, de aquello que es eterno!"

Fudail le dijo al Califa que el poder sobre sí mismo era mejor que mil años de poder sobre otros.

El gramático y el derviche

En una oscura noche pasaba un derviche junto a un pozo seco, cuando oyó un grito de auxilio desde el interior de éste. "¿Qué sucede?", preguntó, mirando hacia el interior del pozo.

"Soy un gramático y desgraciadamente, debido a que ignoro el camino, caí en este profundo pozo, en el que ahora estoy casi inmovilizado", respondió el otro.

"Agárrate, amigo, que voy a buscar una escalera y soga", dijo el derviche.

"¡Un momento, por favor!", dijo el gramático. "Tu gramática y pronunciación son defectuosas, ten a bien corregirlas."

"Si eso es mucho más importante que lo esencial", gritó el derviche, "será mejor que *tú* permanezcas donde estás, hasta que *yo* haya aprendido a hablar correctamente."

Y siguió su camino.

* * *

Este cuento fue relatado por Jalaludin Rumi y está registrado en *Hechos de los Adeptos* de Aflaki. Publicado en Inglaterra en 1965 bajo el título de *Leyendas de los Sufis*, esta narración acerca de los Mevlevis y sus presuntas acciones, fue escrita en el siglo XIV.

Algunos son simplemente cuentos de maravillas, pero otros son históricos; y algunos son del extraño género conocido por los Sufis como "historias ilustrativas"; es decir, una serie de hechos entretejidos para ilustrar procesos psicológicos.

Por esta razón tales cuentos han sido llamados "El Arte de los científicos derviches."

El derviche y la princesa

La hija de un rey era bella como la luna y admirada por todos. Un día, un derviche a punto de comer un trozo de pan la vio. El bocado se le cayó: al quedar tan profundamente conmovido no pudo sostenerlo.

Ella le sonrió al pasar a su lado. Esta acción lo llevó a un estado de convulsión; su pan en el polvo, casi privado de sus sentidos. Permaneció así, en un estado de éxtasis, durante siete años. El derviche pasó todo este tiempo en las calles, donde dormían los perros.

Era una molestia para la princesa y sus servidores decidieron matarlo.

Pero ella lo mandó llamar y le dijo: "No puede haber unión entre tú y yo, y mis esclavos han decidido matarte; por lo tanto abandona estas tierras."

El desdichado contestó: "Desde la primera vez que te vi, la vida nada significa para mí. Ellos me matarán sin motivo. Pero por favor, contéstame una pregunta, ya que has de ser la causa de mi muerte. ¿Por qué sonreíste?"

"¡Necio!", dijo la princesa. "Cuando vi cuán tontamente te estabas comportando, fue sólo por piedad que sonreí."

Y desapareció de su vista.

* * *

En su *Lenguaje de los Pájaros*, Attar habla de la interpretación errónea de las emociones subjetivas, la cual hace que los hombres crean que ciertas experiencias ("la sonrisa de la princesa") son do-

nes especiales ("admiración") cuando podrían ser el exacto reverso ("piedad").

Muchos han sido inducidos a inferir erróneamente (ya que este tipo de literatura tiene sus propias convenciones) que los escritos clásicos Sufis no son otra cosa que descripciones técnicas de estados psicológicos.

El tiránico gobernante de Turquestán estaba una noche escuchando los cuentos de un derviche, cuando se le ocurrió preguntar sobre Khidr.

"Khidr", dijo el derviche, "aparece en respuesta a la necesidad. Toca su túnica cuando aparezca y todo el conocimiento será tuyo."

"¿Puede esto sucederle a cualquiera?", preguntó el rey.

"A cualquiera que sea apto", dijo el derviche.

"¿Quién más 'apto' que yo?", pensó el rey, y publicó una proclama:

"A quien me presente al Invisible Khidr, el Gran Protector de los Hombres, a ése haré rico."

Un pobre anciano llamado Bakhtiar Baba, oyendo proclamar esto a los heraldos, concibió una idea. Le dijo a su mujer:

"Tengo un plan. Pronto seremos ricos, pero poco tiempo después tendré que morir. Pero esto no importa, pues con la riqueza que obtendremos quedarás bien provista."

Entonces Bakhtiar se presentó ante el rey y le dijo que encontraría a Khidr en menos de cuarenta días si le entregaba mil monedas de oro. "Si encuentras a Khidr", dijo el rey, "tendrás diez veces estas mil monedas de oro. Si no lo haces morirás, ejecutado en este mismo lugar, como advertencia para aquellos que se atreven a burlarse de los reyes."

Bakhtiar aceptó las condiciones. Retornó a su casa y le dio el dinero a su mujer como provisión para el resto de su vida. Pasó el resto de los cuarenta días en contemplación preparándose para la otra vida.

Al cuadragésimo día se presentó ante el rey. "Su Majestad", dijo, "vuestra codicia os hizo pensar que el dinero haría aparecer a Khidr. Pero Khidr, según se cuenta, no responde al llamado cuando éste se hace con codicia."

El rey se enfureció: "Miserable, has perdido el derecho a vivir; ¿quién eres tú para jugar con las aspiraciones de un rey?"

Bakhtiar dijo: "Según la leyenda cualquier hombre podría encontrarse con Khidr, pero este encuentro sólo será fructífero en la medida en que las intenciones del hombre sean buenas. Dicen que Khidr te visitaría, invirtiendo en ti sólo lo que tú merezcas de su tiempo. Esto es algo sobre lo cual ni tú ni yo tenemos poder alguno."

"Basta de argumentaciones", dijo el rey, "pues no prolongarán tu vida. Sólo resta preguntar a los ministros aquí reunidos, su opinión acerca de cuál sería la mejor manera de darte muerte."

Se volvió hacia el Primer Visir y dijo: "¿Cómo ha de morir este hombre?"

El Primer Visir dijo: "Que sea asado vivo, para que sirva de advertencia."

El Segundo Visir, hablando en orden de precedencia, dijo: "Que lo descuarticen, miembro por miembro."

El Tercer Visir dijo: "Proveedlo de lo que necesite para vivir en lugar de forzarlo a engañar para poder sustentar a su familia."

Mientras se desarrollaba esta discusión, un anciano sabio había entrado en la sala de asambleas. Tan pronto como el Tercer Visir hubo hablado, dijo: "Cada hombre opina de acuerdo con sus inmutables prejuicios ocultos."

"¿Qué quieres decir?" preguntó el rey.

"Quiero decir que el Primer Visir fue anteriormente panadero, por lo tanto habla en términos de asar. El Segundo Visir, era carnicero, por lo tanto habla de descuartizar. El Tercer Visir, habiendo hecho estudios del arte de gobernar, ve el origen del problema que estamos discutiendo."

"Tomad nota de dos cosas. Primero, que Khidr aparece y sirve a cada hombre de acuerdo con la habilidad que tenga éste para beneficiarse con su presencia. Segundo, que este hombre Bakhtiar, a quien nombro Baba, como distinción por sus sacrificios, fue impedido a hacer lo que hizo por la desesperación, que incrementó su necesidad y en consecuencia logró que yo apareciera ante ustedes."

Mientras lo observaban, el anciano sabio desapareció. Tratando de seguir las indicaciones de Khidr, el rey dio a Bakhtiar una pensión permanente. El primero y el segundo visir fueron despedidos y las mil monedas de oro fueron devueltas al tesoro real por el agradecido Bakhtiar Baba y su mujer.

Cómo pudo el rey ver nuevamente a Khidr, y lo que ocurrió entre ellos, se encuentra en la historia de la historia de la historia del Mundo Oculto.

* * *

Se cuenta que Bakhtiar Baba fue un sabio Sufi que vivió una vida humilde y corriente en Khorasan hasta los sucesos descriptos.

Este cuento, atribuido también a muchos otros sheikhs Sufis, ilustra el concepto del entrelazamiento de las aspiraciones humanas con otra esfera del ser. Khidr es el eslabón entre estas dos esferas.

El título fue tomado del famoso poema de Jalaludin Rumi:

"Nuevos órganos de percepción nacen como resultado de la necesidad.

Por consiguiente, Oh hombre, incrementa tu necesidad, de manera que puedas incrementar tu percepción."

Esta versión fue recogida de labios de un maestro derviche de Afganistán.

El hombre que solamente veía lo obvio

Un Buscador de la Verdad, tras muchas vicisitudes, finalmente encontró a un hombre iluminado, dotado de la percepción de aquellas cosas que no son accesibles a todos.

El Buscador le dijo: "Permíteme que te siga para poder aprender, mediante la observación, aquello que has alcanzado."

El sabio contestó: "No serás capaz de soportarlo, pues no tendrás la paciencia para mantenerte diligentemente en contacto con la médula de los hechos. Tratarás de actuar con formas obvias en lugar de aprender."

El Buscador prometió que trataría de ejercitar su paciencia y aprender de las cosas que sucedían, y que no actuaría de acuerdo con prejuicios existentes.

"Entonces impongo una condición", dijo el Sabio, "y es que nada deberás preguntar sobre hecho alguno hasta tanto yo te dé una respuesta".

El Buscador accedió vehementemente y ambos comenzaron una travesía.

Tan pronto abordaron un bote que los llevaría a través de un ancho río, el Sabio hizo secretamente un agujero en el fondo, con lo cual la barca comenzó a hacer agua, pagando la ayuda del botero con una acción ingrata.

El Buscador no pudo contenerse. "¡Puede que la gente se ahogue, el bote se hundirá y se perderá! ¿Es ésta la acción de un hombre bondadoso?"

"Te dije, ¿no es así?", observó el Sabio suavemente, "que no serías capaz de evitar sacar conclusiones precipitadamente."

"Ya había olvidado la condición", dijo el Buscador. Y pidió que se le perdonara el desliz. Pero estaba muy perplejo.

Su viaje continuó hasta que llegaron a un país donde fueron bien acogidos, bienvenidos por el rey e invitados a salir de caza con él. El pequeño hijo del rey cabalgaba delante del Sabio. Tan pronto como éste y el Buscador quedaron separados del resto de los cazadores por un seto, el Sabio dijo: "Pronto, sígueme tan rápidamente como te sea posible." Torció un tobillo del joven Príncipe, depositó a éste en el matorral y cabalgó velozmente hasta trasponer las fronteras del Reino.

El Buscador quedó abrumado por la impresión y el sentimiento de culpa de haber sido partícipe de este crimen. Retorciéndose las manos exclamó: "¡Un rey nos brindó su amistad, nos confió a su hijo y heredero, y nosotros lo hemos tratado en forma abominable! ¿Qué clase de conducta es ésta? ¡Indigna del más vil de los hombres!"

El Sabio simplemente se volvió hacia el Buscador y le dijo: "Amigo, estoy llevando a cabo aquello que debo realizar. Tú eres un observador, y poca gente siquiera alcanza esta posición. Habiéndola alcanzado, me parece que no puedes hacer ningún uso de ella, pues estás juzgando desde tu invariable postura de prejuicio. Nuevamente te recuerdo tu promesa."

"Reconozco que no estaría aquí de no ser por mi promesa y que esta promesa me ata", dijo el Buscador. "Por lo tanto, por favor, perdóname una vez más; encuentro difícil romper el hábito de actuar partiendo de suposiciones. Si te interrogara una sola vez más, despídeme de tu compañía."

Siguieron su viaje.

Al llegar a una ciudad grande y próspera, los viajeros pidieron algo de comer, pero nadie les dio siquiera una migaja. La caridad era desconocida aquí, y las sagradas obligaciones de la hospitalidad habían sido olvidadas. Por el contrario, perros salvajes fueron echados sobre ellos. Cuando llegaron a los límites de la ciudad, hambrientos, desfallecientes y sedientos, el compañero del Buscador dijo: "Detente aquí un momento, junto a esta pared en ruinas, pues debemos repararla."

Trabajaron durante algunas horas, mezclando barro, paja y agua hasta que la pared quedó restaurada.

El Buscador estaba tan exhausto que su disciplina lo abandonó y dijo: "No nos pagarán por esto. Dos veces hemos pagado bien con mal. Ahora pagamos el mal con un bien. He llegado al límite de mi tolerancia y no puedo ir más lejos."

"Deja de temer", dijo el Sabio, "y recuerda que dijiste que si me interrogabas una sola vez más, debería despedirte. Nuestros caminos se separan aquí, pues tengo mucho que hacer."

"Antes de dejarte, te explicaré el significado de algunas de mis acciones, de manera que tal vez un día puedas nuevamente ser capaz de emprender un viaje como éste."

"El bote que dañé, se hundió y no pudo ser confiscado por un tirano que estaba apoderándose de todos los botes para una guerra. El niño cuyo tobillo torcí no llegará a ser un usurpador, ni siquiera a heredar el Reino, pues la Ley dice que solamente los físicamente perfectos pueden regir a la nación. En esta ciudad de odio hay dos pequeños huérfanos. Cuando hayan crecido, la pared se desmoronará nuevamente y revelará el tesoro escondido dentro de ella, que es su patrimonio. Ellos serán lo suficientemente fuertes como para tomar posesión de él y reformar toda la ciudad, pues éste es su destino."

"Ahora vete en paz. Estás despedido."

* * *

Este cuento fue relatado y vuelto a relatar en la Edad Media como si fuera una historia cristiana, por los monjes que usaban la *Gesta Romanorum* como fuente para elevar sus "aplicaciones".

Se dice también que este cuento es el original de *El Ermitaño* de Parnell. Pope dijo que el original era español; y aunque en un tiempo se sospechó que fuera un cuento de origen oriental, durante muchísimos años nadie en Occidente parece haberlo vinculado con los Sufis, o haber notado que aparece por primera vez en el Corán, Capítulo 18, *La Cueva.*

Fue relatado, en la forma transcripta, por Jan-Fishan Khan.

Cómo fue obtenido el conocimiento

Había una vez un hombre que decidió que necesitaba conocimiento. Partió en su búsqueda, dirigiéndose hacia la casa de un sabio.

Al llegar, dijo: "¡Sufi, eres un hombre sabio! Permíteme poseer una parte de tu conocimiento, para que pueda hacerlo crecer y convertirme en una persona de algún valor, pues siento que nada soy."

El Sufi dijo: "Puedo darte conocimiento a cambio de algo que yo necesito. Ve y tráeme una pequeña alfombra, pues debo dársela a alguien, quien así podrá continuar nuestro trabajo sagrado."

Fue así como el hombre partió. Llegó a una tienda de alfombras y dijo al dueño: "Dame una alfombra, una pequeña bastará, pues debo dársela a un Sufi que me dará conocimiento. El necesita la alfombra para entregársela a alguien que podrá así continuar nuestro trabajo sagrado."

El mercader de alfombras dijo: "Estás describiendo tu situación, el trabajo del Sufi, y las necesidades del hombre que ha de usar la alfombra. ¿Qué hay de mí? Yo necesito hilado para tejer la alfombra. Tráeme un poco y te ayudaré."

De manera que el hombre partió en búsqueda de alguien que le pudiera dar hilado. Cuando llegó a la choza de una hilandera le dijo: "Hilandera, dame hilado. Lo necesito para el mercader de alfombras quien así me dará una alfombra, que daré a un Sufi, que se la dará a un hombre que deberá hacer nuestro trabajo sagrado. A cambio, yo obtendré lo que quiero: el conocimiento."

La mujer respondió inmediatamente: "Tú necesitas hilado

¿qué hay de mí? No me interesa tu charla acerca de ti, de tu Sufi, de tu mercader de alfombras, ni del hombre que necesita la alfombra. ¿Qué hay de mí? Yo necesito pelo de cabra para hacer hilado. Consígueme un poco y tendrás tu hilado."

De modo que el hombre se puso en marcha, hasta encontrar un pastor de cabras, a quien contó sus necesidades. El pastor de cabras dijo: "¿Qué hay de mí? Tú necesitas pelo de cabra para comprar conocimiento, yo necesito cabras para proveer pelo. Consígueme una cabra y te ayudaré."

De manera que el hombre se marchó en búsqueda de alguien que vendiese cabras. Cuando encontró a tal persona le contó sus dificultades y el hombre dijo: "¿Qué sé yo de conocimiento, o de hilado, o de alfombras? Todo lo que sé es que cada uno parece cuidar sus propios intereses. Hablemos, en cambio, de mis necesidades, y si tú puedes satisfacerlas, entonces hablaremos de cabras, y tú podrás pensar todo el tiempo que quieras sobre el conocimiento."

"¿Cuáles son tus necesidades?" preguntó el hombre.

"Yo necesito un corral donde guardar mis cabras de noche, pues se están extraviando por los alrededores. Consígueme un corral, y luego pídeme una o dos cabras."

De modo que el hombre partió en búsqueda de un corral. Sus averiguaciones lo condujeron a un carpintero que dijo: "Sí, puedo fabricar un corral para la persona que lo necesita. En cuanto a lo demás, podrías haberme ahorrado el tener que escuchar los detalles, pues simplemente no tengo interés en alfombras o conocimiento u otras cosas. Pero tengo un deseo y te convendría ayudarme a conseguirlo, de lo contrario no te ayudaré a conseguir tu corral."

"¿Y cuál es ese deseo?", preguntó el hombre.

"Yo quiero casarme y parece que nadie se casará conmigo. Procúrame una esposa, y entonces hablaremos sobre tus problemas."

De manera que el hombre se marchó, y después de hacer ex-

haustivas averiguaciones, encontró una mujer que dijo: "Conozco una mujer joven cuyo único deseo es casarse con un carpintero, exactamente como el que describes. De hecho, ha estado toda su vida pensando en él. Debe ser alguna suerte de milagro que él realmente exista, y que ella logre saber de él, por medio de nosotros. ¿Pero qué hay de mí? Cada uno quiere lo que quiere, y las personas aparentan necesitar cosas, o desear cosas, o imaginan que necesitan ayuda, o realmente quieren ayuda, pero no se ha dicho nada aún sobre *mis* necesidades."

"¿Y cuáles son tus necesidades?" preguntó el hombre.

"Quiero solamente una cosa", dijo la mujer. "Y la he querido toda mi vida. Ayúdame a conseguirla, y será tuya cualquier cosa que yo posea. Lo que yo quiero, ya que he experimentado todo lo demás, es el conocimiento."

"Pero no podemos obtener el conocimiento sin la alfombra", dijo el hombre.

"No sé lo que el conocimiento es, pero estoy segura de que no es una alfombra", dijo la mujer.

"No", contestó el hombre, dándose cuenta de que debía ser paciente, "pero con la joven para el carpintero podemos conseguir el corral para las cabras. Con el corral para las cabras podemos conseguir el pelo de cabra. Con el pelo de cabra podemos conseguir el hilado. Con el hilado podemos conseguir la alfombra. Con la alfombra podemos conseguir el conocimiento."

"Me suena absurdo, y en lo que a mí respecta, no iré a esos extremos", respondió la mujer.

A pesar de las súplicas del hombre, la mujer lo obligó a retirarse.

Tantas dificultades y la confusión que éstas le produjeron, al principio le hicieron casi desesperar de la raza humana. Se preguntaba si podría usar el conocimiento, cuando lo obtuviese, y se preguntaba por qué todas esas personas pensaban únicamente en sus propios intereses. Y poco a poco comenzó a pensar solamente en la alfombra.

Un día este hombre erraba por las calles de un pueblo de mercaderes, murmurando.

Cierto mercader lo oyó, y se acercó para oír sus palabras. El hombre decía: "Se necesita una alfombra para entregarla a un hombre, de modo que él pueda hacer este sagrado trabajo nuestro."

El mercader se dio cuenta de que había algo excepcional en este errante viajero, y se dirigió a él:

"Derviche errante, no entiendo tus palabras, pero tengo profundo respeto por una persona como tú, que se ha embarcado en el Sendero de la Verdad. Ayúdame por favor, si quieres, pues yo sé que las personas del camino Sufi cumplen una misión especial en el mundo."

El viajero levantó la vista, y vio la angustia en la cara del mercader, y le dijo: "Estoy sufriendo y he sufrido. Tú, indudablemente, estás en apuros, pero yo nada tengo. Ni siquiera puedo conseguir un poco de hilado cuando me hace falta. Pero pídeme y haré todo lo que pueda."

"Sabrás, hombre afortunado", dijo el mercader, "que tengo una única y hermosa hija. Ella está sufriendo de una enfermedad que la ha hecho languidecer. Ven a verla y quizá puedas curarla."

Era tal la angustia del hombre y tan grandes sus esperanzas, que el viajero lo siguió hasta el lecho de la joven.

En cuanto ella lo vio, dijo: "No sé quién eres, pero siento que quizá puedas ayudarme. De todos modos, no hay otra persona. Estoy enamorada de tal y tal carpintero." Y nombró al hombre a quien el viajero había pedido que hiciese el corral para las cabras.

"Tu hija quiere casarse con cierto respetable carpintero a quien yo conozco", le dijo a su padre. El mercader estaba alborozado, pues había pensado que la charla de la joven sobre el carpintero había sido el síntoma, no la causa de su enfermedad. De hecho, había pensado que estaba loca.

El viajero fue a ver al carpintero, quien construyó el corral para las cabras. El vendedor de cabras le dio algunos excelentes animales; los llevó al pastor de cabras, que le dio pelo de cabra, que llevó a la hilandera, quien le dio hilado. Entonces llevó el hilado al vendedor de alfombras, recibiendo de él una alfombra pequeña.

Llevó esta alfombra al Sufi. Cuando llegó a la casa del sabio, éste le dijo: "Ahora puedo darte conocimiento; pues no hubieras podido traer esta alfombra a menos que hubieses trabajado para la alfombra y no para ti mismo."

* * *

La "dimensión oculta" de la vida que el maestro Sufi conoce, que hace que éste induzca a su discípulo a desarrollarse a pesar de sus deseos —a veces colocando "arneses" a éstos— está bien reflejada en este cuento.

Ha sido escogido de las tradiciones orales de los derviches de Badakhshan, y la forma de cuento de hadas en la que se lo presenta aquí está avalada por la autoridad de Khwaja Mohamed Baba Samasi. Fue Gran Maestro de la Orden de los Maestros, tercero en línea antes de Bahaudin Naqshband. Murió en 1354.

En una noche oscura dos hombres se encontraron en un camino solitario.

"Estoy buscando una tienda cerca de aquí, su nombre es Tienda de Lámparas", dijo el primer hombre.

"Casualmente, yo vivo cerca de aquí, y puedo indicarte el camino", dijo el segundo hombre.

"Debería poder encontrarla solo. Me han sido dadas las instrucciones y las he anotado", dijo el primer hombre.

"¿Entonces por qué me hablas del asunto?"

"Sólo estoy comentando."

"¿De modo que quieres compañía y no instrucciones?"

"Sí, supongo que ésa es la verdad."

"Pero, habiendo llegado hasta este punto, sería más conveniente para ti recibir instrucciones adicionales de un residente de la zona; especialmente porque de aquí en adelante el camino es difícil."

"Confío en lo que se me ha dicho ya que esta información me ha conducido hasta aquí. No puedo estar seguro de que pueda confiar en cualquier otra cosa o persona."

"¿De modo que, a pesar de haber confiado una vez en el primer informante, no te ha enseñado una manera de saber en quién podrías confiar?"

"Eso es cierto."

"¿Tienes alguna otra meta?"

"No, solamente encontrar la Tienda de Lámparas."

"¿Puedo preguntar por qué buscas una tienda de lámparas?"

"Porque me ha dicho la más alta autoridad que es allí donde

proveen ciertos artefactos que permiten a una persona leer en la oscuridad."

"Tienes razón, pero hay un requisito previo y además una información. Me pregunto si has pensado sobre esto."

"¿Cuáles son?"

"El requisito previo para leer por medio de una lámpara *es que ya sepas leer*."

"No puedes probar esa aseveración."

"Claro que no, en una noche oscura como ésta."

"¿Cuál es 'La Información'?"

"La información es que la Tienda de Lámparas está donde siempre ha estado pero las lámparas han sido llevadas a otro lugar."

"Yo no sé lo que es una lámpara, pero me parece evidente que la Tienda de Lámparas es el lugar indicado para encontrar tal artefacto. Después de todo, por esta razón se la llama Tienda de Lámparas."

"Pero 'Tienda de Lámparas' puede tener dos significados diferentes, uno opuesto al otro. Los significados son: 'Un lugar donde se pueden obtener lámparas' y 'Un lugar donde una vez se obtenían lámparas, pero donde hoy no hay ninguna'."

"No puedes probar esa aseveración."

"Parecerías un idiota a los ojos de muchas personas."

"Pero hay muchas personas que te llamarían idiota a *ti*. Sin embargo quizá no lo seas. Probablemente tengas un motivo ulterior al mandarme a algún lugar donde algún amigo tuyo vende lámparas. O quizá no quieres, de ninguna manera, que yo posea una lámpara."

"Soy peor de lo que tú piensas. En vez de prometerte 'Tiendas de Lámparas', y permitirte que supongas que encontrarás allí la respuesta a tus problemas, averiguaría en primer lugar si puedes en verdad leer. Averiguaría si te encuentras cerca de una tienda semejante. O si una lámpara podría ser obtenida para ti de alguna otra manera."

Los dos hombres se miraron, tristemente, por un instante. Luego cada uno siguió su camino.

* * *

Shaikh - Pir Shattari, el autor de este cuento, murió en la India en 1632. Su tumba está en Meerut.

Se le atribuye el mantener contacto telepático con maestros pasados, presentes y futuros, brindándoles el instrumento para proyectar su mensaje por medio de historias basadas en la vida cotidiana de la comunidad, que eran su especialidad.

El carruaje

Existen tres ciencias en el estudio del hombre. La primera es la ciencia del conocimiento común; la segunda es la ciencia de los estados interiores poco comunes, a menudo llamados éxtasis; la tercera, que es la importante, es la Ciencia de la Verdadera Realidad, de lo que yace más allá de aquellas dos.

Unicamente el conocimiento interior real lleva aparejado el conocimiento de la Ciencia de la Verdadera Realidad. Las otras dos son cada una a su modo, el reflejo de la tercera. Son casi inútiles sin ésta.

Imaginaos un cochero. Está sentado en un vehículo tirado por un caballo que él guía. El intelecto es el "vehículo", la forma exterior por medio del cual afirmamos que estamos donde pensamos que estamos y lo que debemos hacer. El vehículo posibilita operar al caballo y al hombre. Esto es lo que llamamos *tashkil*, forma exterior o formulación. El caballo, que es la fuerza motriz, es la energía que se llama "un estado de emoción" u otra fuerza. Esto es necesario para propulsar el carruaje. El hombre, en nuestro ejemplo, es aquello que percibe, de una manera superior a los otros, el propósito y las posibilidades de la situación, y quien hace posible que el carruaje avance hacia su objetivo y lo logre.

Cualquiera de los tres, por sí solo, podrá realizar funciones. Pero la función combinada, que llamamos el movimiento del carruaje, no puede ocurrir a menos que los tres estén conectados de la Manera Correcta.

Solamente el "hombre", el verdadero Ser, conoce la relación entre los tres elementos, y la necesidad que tienen el uno del otro.

Entre los Sufis, el Trabajo Mayor es el conocimiento de combinar los tres elementos. Muchos hombres, un caballo inadecuado, un carruaje demasiado liviano o demasiado pesado... y el resultado no tendrá lugar.

* * *

Este fragmento se encuentra en idioma persa en un libro derviche de apuntes, y varias formas del cuento pueden encontrarse en escuelas Sufis tan distantes entre sí como lo están Damasco y Delhi.

El lisiado y el ciego

Un lisiado entró un día en una *serai* "Posada", y se sentó junto a un hombre que allí se encontraba. "Nunca podré llegar al banquete del Sultán", suspiró, "ya que, debido a mi dolencia, no puedo moverme con suficiente rapidez."

El otro hombre levantó la cabeza. "También yo he sido invitado", dijo, "pero mi situación es peor que la tuya. Soy ciego y no puedo ver el camino, aunque he sido invitado."

Un tercer hombre que los oyó hablar dijo: "Pero, si se dieran cuenta de que entre los dos poseen los medios de llegar a su destino, entonces llegarían. El ciego puede caminar con el lisiado sobre sus espaldas. Pueden usar los pies del ciego y los ojos del lisiado para dirigirlos."

De esta manera ambos pudieron llegar al fin del camino, donde el banquete les aguardaba.

Pero en el camino, se detuvieron a descansar en otra *serai*. Les explicaron su condición a otros dos hombres que, desconsolados, estaban sentados allí. De estos dos, uno era sordo y el otro mudo. Los dos habían sido invitados al banquete. El mudo había oído, pero era incapaz de explicarle a su amigo el sordo. El sordo podía hablar, pero nada tenía que decir.

Estos no llegaron al banquete; pues esta vez no había un tercer hombre para explicarles cuál era la dificultad, y mucho menos la manera de resolverla.

* * *

Se cuenta que el gran Abdul-Qadir dejó una vestimenta Sufi con parches para ser entregada a un sucesor quien habría de nacer seiscientos años después de su muerte.

En 1563 Sayed Sikandar Shah, Qadiri, habiendo heredado este legado, localizó e invistió con el manto al Sheikh Ahmed Faruqi de Sirhind.

Este maestro Naqshbandi ya había sido iniciado en dieciséis Ordenes Derviches por su padre, quien había buscado y reconstruido la ciencia Sufi dispersa, haciendo extensas y peligrosas travesías.

Se cree que Sirhind era el lugar designado para la aparición del Gran Maestro, y una sucesión de santos habían aguardado su manifestación durante generaciones.

Como consecuencia de la aparición de Faruqi y su aceptación por los jefes de todas las Ordenes de la época, los Naqshbandis ahora inician discípulos en las cuatro principales corrientes del Sufismo: los caminos Chishti, Qadiri, Suhrawardi y Naqshbandi.

"El Lisiado y el Ciego" se atribuye al Sheikh Ahmed Faruqi, quien murió en 1615. Debería ser leído únicamente después de haber recibido instrucciones precisas para hacerlo; o por aquellos que ya han estudiado "Los Ciegos y la Cuestión del Elefante", de Hakim Sanai.

Los sirvientes y la casa

En una época hubo un hombre sabio y bondadoso, que era dueño de una gran casa. Durante el curso de su vida, a menudo debió alejarse de ella por largos períodos. Cuando hacía esto, dejaba la casa a cargo de sus sirvientes.

Una de las características de estas personas era la de ser muy olvidadizas. Olvidaban, de cuando en cuando, la razón por la cual estaban en la casa; de modo que realizaban sus tareas en forma mecánica. Otras veces, pensaban que deberían hacer las cosas de un modo diferente del prescripto en las obligaciones que les habían asignado. Esto se debía a que habían olvidado sus funciones.

Una vez, cuando el amo se alejó por mucho tiempo, surgió una nueva generación de sirvientes, quienes pensaron que realmente ellos eran los dueños de la casa. Sin embargo, como estaban limitados por su ambiente, pensaron que estaban en una situación paradójica. Por ejemplo, a veces quisieron vender la casa, pero no pudieron hallar compradores, porque no sabían cómo realizar la venta. En otras oportunidades llegaron personas con intención de comprar la casa, pidiendo ver el título de propiedad, pero como nada sabían de títulos, los sirvientes pensaron que eran locos, y de ninguna manera compradores genuinos.

La paradoja también se manifestaba en el hecho de que llegaban suministros para la casa, continua y "misteriosamente" y esto no se ajustaba a la suposición de que los ocupantes eran los responsables de toda la casa.

Instrucciones sobre el funcionamiento de la casa habían sido

dejadas en los aposentos del amo, para refrescarles la memoria. Pero después de la primera generación, los aposentos habían llegado a ser tan sacrosantos que a nadie se le permitió la entrada, considerándoselos con el tiempo un misterio impenetrable. Algunos, incluso, sostuvieron que no existía tal aposento, aunque podían ver sus puertas. Sin embargo, otra era la explicación que daban a la existencia de estas puertas: una parte de la decoración de las paredes.

Tal era la condición de los sirvientes de la casa, que ni tomaron posesión de la casa ni se mantuvieron fieles a su cometido original.

* * *

La tradición afirma que este cuento fue muy utilizado por el mártir Sufi el-Hallaj, quien fue ejecutado en 922, alegando que dijo: "Yo soy la Verdad."

Hallaj dejó una notable colección de poesía mística. Corriendo grandes riesgos, muchos Sufis, durante los últimos mil años, han sostenido con firmeza que Hallaj fue un iluminado de alto rango.

El hombre generoso

Había una vez un hombre rico y generoso, oriundo de Bokhara. Debido a que tenía un grado tan alto en la jerarquía invisible, era conocido como el Presidente del Mundo. Puso una condición a su generosidad. Cada día daba oro a una categoría de personas: enfermos, personas viudas, etc. Pero nada debía ser dado a quien abriese la boca.

No todos podían guardar silencio.

Un día tocó a los abogados recibir su parte. Uno de ellos no pudo contenerse y pronunció la más cabal de las súplicas.

Nada le fue dado.

Sin embargo, no puso aquí fín a sus esfuerzos. Al día siguiente estaban siendo ayudados los inválidos, de modo que fingió que sus piernas estaban rotas.

Pero el Presidente lo reconoció, y nada obtuvo.

Al siguiente día, con otra apariencia, cubierto su rostro, se presentó, entre personas de otra categoría. Fue nuevamente reco nocido y despedido.

Probó una y otra vez, incluso disfrazándose de mujer: pero siempre sin resultado.

Finalmente este abogado encontró un enterrador y le pidió que lo envolviera en una mortaja. "Cuando pase el Presidente quizá suponga que se trata de un cadáver. Tal vez arroje algún dinero para mi entierro, del que yo te daré una parte."

Así lo hicieron. Una moneda de oro cayó, de la mano del Presidente, sobre la mortaja. El mendigo la agarró, temiendo que el enterrador se le adelantase. Luego dijo al benefactor: "Me negaste tu generosidad. Mira cómo la he conseguido."

"Nada podrás obtener de mí", respondió el hombre generoso, "hasta que mueras". Este es el significado de la frase oculta 'el hombre debe morir antes de su muerte'. El don llega después de la 'muerte', y no antes. Y esta 'muerte' incluso no es posible sin ayuda.

* * *

Este cuento, del Cuarto Libro del *Mathnavi* de Rumi, se explica solo.

Los derviches lo utilizan para destacar que, mientras ciertas dotes pueden ser 'arrebatadas' por los astutos, la capacidad ('oro') que puede ser extraída de un maestro que la brinda gustosamente como el Hombre Generoso de Bokhara, tiene un poder superior a su apariencia.

Esta es la esquiva cualidad de la Baraka.



El anfitrión y los invitados

El maestro es como el anfitrión en su casa. Sus invitados son aquellos que están tratando de estudiar el Camino. Estos son individuos que nunca han estado antes en una casa y sólo tienen vagas ideas de cómo puede ser una casa. Sin embargo, ella existe.

Cuando los invitados entran en la casa y ven el lugar reservado para sentarse, preguntan: "¿Qué es esto?" Se les dice: "Este es un lugar donde nos sentamos." De modo que se sientan en sillas, sólo vagamente conscientes de la función de éstas.

El anfitrión los agasaja, pero continúan haciendo preguntas, algunas fuera de lugar. Como buen anfitrión, no los culpa por esto. Quieren saber, por ejemplo, dónde y cuándo comerán. No saben que nadie está solo, y que en ese preciso momento hay otras personas que están cocinando la comida, y que hay otro cuarto donde se sentarán a comer. Como no pueden ver la comida, ni su preparación, se sienten confusos, quizá con dudas, a veces incómodos.

El buen anfitrión, conociendo los problemas de los invitados, debe tranquilizarlos, de modo que puedan disfrutar de la comida cuando ésta llegue. Al principio no se encuentran, en modo alguno, en condiciones de acercarse a la comida.

Algunos de los invitados son más rápidos en comprender y relacionar una cosa de la casa con otra. Son los que pueden comunicar esto a sus amigos más lentos. El anfitrión, mientras tanto, da a cada invitado una respuesta, de acuerdo con su capacidad para percibir la unidad y función de la casa.

No es suficiente que una casa exista, que haya sido preparada

para recibir invitados, que el anfitrión esté presente. Alguien debe ejercer activamente la función de anfitrión, para que los desconocidos, que son los invitados, y de los cuales el anfitrión es responsable, se puedan ir acostumbrando a la casa. Al principio, muchos no se dan cuenta de que son invitados, o mejor dicho, qué significa exactamente ser un invitado: lo que ellos pueden llevar a la casa, lo que ésta puede darles.

El invitado con experiencia, que ha aprendido acerca de casas y hospitalidad, se siente finalmente cómodo en su condición de invitado, y entonces está en situación de entender más acerca de casas y de las múltiples facetas del vivir en ellas. Mientras continúe tratando de entender lo que es una casa, o tratando de recordar reglas de etiqueta, su atención estará demasiado ocupada por estos factores como para poder observar, digamos, la belleza, valor o función del moblaje.

* * *

Esta venerada parábola, tomada de las enseñanzas de Nizamudin Awlia del siglo XIV se supone que puede ser aplicada en varios niveles. Se refiere a la ordenación de las diversas funciones de la mente, a fin de que cierta percepción más elevada pueda desarrollarse.

La historia también tiene por objeto indicar, de una manera que puede ser retenida fácilmente, las necesidades de un grupo Sufi, y la interrelación de los diferentes miembros, y cómo cada uno puede complementar a los otros.

Los derviches subrayan enfáticamente la necesidad de una cierta ordenación de factores antes que el individuo pueda beneficiarse de los esfuerzos del grupo.

Este es uno de los cuentos Sufis que tienen una condición. No debe ser estudiado en el aislamiento, y dondequiera que esté escrito, el estudiante deberá leer el próximo cuento inmediatamente después de éste.

No figura en ningún clásico, pero se encuentra entre los apuntes que los derviches llevan consigo, y a los cuales hacen referencia, de tiempo en tiempo, como parte de un curso de estudio planificado.

Esta versión ha sido tomada de un manuscrito, en el que se afirma que este cuento fue dado a conocer por el Maestro Amir-Sayed Kulal Sokhari, muerto en 1371.

El hijo del rey

Una vez, en un país donde todos los hombres eran como reyes, vivía una familia, feliz en todo sentido, en medio de un ambiente de tales características, que las palabras no lo pueden describir en términos de cosa alguna conocida hoy por el hombre. Este país de Sharq parecía satisfactorio al joven príncipe Dhat; hasta que un día los padres le dijeron: "Querido hijo, es la costumbre obligada de nuestro país que cada príncipe real, cuando alcanza cierta edad, parta a fin de someterse a una prueba. Esto se hace con el objeto de prepararlo para su reinado, y para que logre en reputación, y de hecho —por medio del esfuerzo y el estar alerta—, un grado de hombría que no se obtiene de ninguna otra manera. Así ha sido ordenado desde el principio, y así será hasta el fin."

Por lo tanto el príncipe Dhat se preparó para su viaje, provisto por su familia del sustento que ella podía brindar: una comida especial que lo alimentaría durante su exilio, de pequeño tamaño aunque ilimitada en cantidad.

Además le dieron ciertos recursos, que no es posible mencionar, que de ser usados adecuadamente, lo protegerían.

Debía viajar a cierto país, llamado Misr, e ir disfrazado. Fue así como le dieron guías para el viaje, y ropas adecuadas a su nueva condición: ropa que tenía poca semejanza con la usada por alguien con sangre real. Su tarea era rescatar cierta joya, custodiada en Misr por un temible monstruo.

Cuando partieron sus guías, Dhat quedó solo, pero pronto se encontró con alguien que se hallaba cumpliendo una misión similar, y juntos pudieron mantener vivo el recuerdo de sus orígenes sublimes. Pero, debido al aire y a la comida del país, una especie de sueño pronto descendió sobre ambos. Y Dhat olvidó su misión.

Durante años vivió en Misr, ganándose la vida y desempeñando un humilde oficio, aparentemente ajeno a lo que debería estar haciendo.

Por un medio que les era familiar, pero desconocido para otras personas, los habitantes de Sharq llegaron a conocer la lamentable situación de Dhat, y trabajaron juntos, en una forma por ellos conocida, para ayudar a liberarlo y permitirle perseverar en su misión. Por un medio extraño un mensaje fue enviado al pequeño príncipe, diciendo: "¡Despierta! Pues eres el hijo de un rey, enviado en una misión especial, y debes regresar a nosotros."

Este mensaje despertó al príncipe, quien logró encontrar al monstruo, y mediante el uso de sonidos especiales, logró que se durmiera, tomando la inapreciable joya que éste había estado custodiando.

Entonces Dhat obedeció los sonidos del mensaje que lo habían despertado; cambió sus vestiduras por las de su país y volvió sobre sus pasos, guiado por el Sonido, al país de Sharq.

En un tiempo sorprendentemente corto, nuevamente Dhat contempló sus antiguas vestimentas, y el país de sus antepasados, y arribó a su hogar.

Sin embargo, ahora, debido a sus experiencias, pudo ver que se trataba de un lugar que tenía más esplendor que nunca, un lugar seguro para él; se dio cuenta de que era el lugar rememorado vagamente por la gente de Misr como Salamat; palabra que para ellos significaba Sumisión, pero que, ahora pudo verlo, significaba paz.

* * *

Una trama muy similar se encuentra en el Himno del Alma en los Libros Apócrifos del Nuevo Testamento. El filósofo Ibn-Sina (muerto en 1038) conocido como Avicena en Occidente, ha tratado el mismo material en su alegoría del Exilio del Alma, o Poema del Alma.

Esta versión aparece en la transcripción hecha por un derviche errante de una narración realizada aparentemente por Amir Sultán, Sheikh de Bokhara, quien enseñó en Estambul y murió en 1429.

Apéndice

Autores y maestros mencionados en este libro, en orden cronológico.

Las fechas están expresadas según el calendario cristiano y corresponden a los respectivos fallecimientos.

Siglo VII

634 Abu-Bakr el-Saddiq, Compañero del Profeta y Primer Califa.

657 Hadrat Uwais el-Qarni, Guía de los Sufis Uwaisi, contemporáneo de Mahoma.

661 Hadrat Ali, hijo de Abu-Talib, yerno, Compañero y Cuarto Califa de Mahoma.

680 Sayed Hussein, hijo de Hadrat Ali, mártir.

Siglo VIII

728 Hasan de Basra, nacido en Medina, orador y Sufi Mayor.

790 Jabir, hijo de el-Hayyan, discípulo de Jafar, "Geber el Alquimista" en la literatura europea.

Siglo IX

803 Fudail, hijo de Ayad, "El Salteador de Caminos", murió en la Meca. Le enseñó al Califa Haroun el-Raschid.

828 Abu-el-Atahiyya, fundador de los "Jaraneros", poeta.

860 Dhun-Nun el egipcio, "Señor de los Peces", especialista en jeroglíficos.

875 Bayazid (Abu-Yazid) de Bistam, "Jefe de los Sabios".

885 Abu-Ali de Sind, maestro de Bayazid, carecía de conocimiento formal del Islam, pero comunicó experiencias Sufis.

Siglo X

922 Mansur el-Hallaj, "El Cardador de Lana (ejecutado por apostasía).

934 Abu-Ali Mohammed, hijo de el-Qasim el-Rudbari.

c. 965 El-Mutanabbi, poeta clásico árabe.
Abu-Ishak Chishti, de Turquestán.

Siglo XI

1038 Ibn-Sina ("Avicena" para Occidente), filósofo.

1072 Ali el-Hujwiri, santo y autor de *La Revelación de lo Velado.*

1078 Khaja (Maestro) Ali Farmadhi, de la Cadena de Sucesión Naqshbandi.

1089 Khaja Abdullah Ansar, poeta clásico y místico, enterrado en Gazargah.

Siglo XII

1111 Imam el-Ghazali de Persia (*La Prueba del Islam*), maestro y autor de obras clásicas en árabe y persa.

1140 Yusuf Hamadani.

1150 Hakim Sanai de Ghazna, Afganistán, autor de muchos clásicos, incluso *El Amurallado Jardín de la Verdad* (1130).

1166 Hadrat Abdul-Qadir de Gilan, fundador de la Orden Qadiri.

1174 Ahmed el-Rifai, fundador de los Derviches Rifai ("Aullantes").

Siglo XIII

1221 Najmudin Kubra ("El Azote Más Grande" - en debate) muerto en batalla.

1230 Sheikh Faridudin Attar, inspirador de Rumi, autor de clásicos Sufis.

1234 Sheikh Shahabudin Omar Suhrawardi, discípulo de Abdul-Qadir de Gilan, autor de *Dones del Conocimiento Profundo.*

1273 Maulana Jalaludin "Rumi" de Balkh (Afganistán). Enseñó en Rum (Iconium). Autor del *Mathnavi*, etc.

1276 Sheikh Ahmed el-Bedavi, fundador de la Orden Bedavi en Egipto.

1294 Majnun Qalandar ("El Errante Loco"), se dice que enseñó únicamente por telepatía.

Yusuf Qalandar de Andalucía, mentor de los Derviches "Errantes".

Siglo XIV

1306 Khaja Ali Ramitani de Turquestán, maestro de los Khajagan ("Maestros").

1311 Timur Agha de Turquía.

1325 Nizamudin Awlia, gran santo de la India.

1354 Khaja Mohamed Baba Samasi, maestro de los Khajagan.

1371 Khaja Amir-Sayed Kulal Sokhari, maestro de la Cadena Naqshbandi.

1382 Bakhtiar Baba.

c. 1389 Maulana Hadrat Bahaudin Naqshband, "El Shah", maestro de los Naqshbandi-Khajagan.

1397 Hadrat Omar Khilwati, fundador de la Orden Khilwati ("Reclusos").

Siglo XV

1429 Amir Sultan, Sheikh de Bokhara.

1492 Hakim Nurudin Abdur-Rahman Jami, autor clásico persa.

Siglo XVI

1563 Shah Mohammed Gwath Shattari, fundador de la Orden Shattari ("Veloces").
1563 Sikander Shah, Qadiri.
1575 Sheikh Hamza Malamati Maqtul (ejecutado).

Siglo XVII

1605 Amil-Baba ("El Trabajador").
1615 Sheikh Ahmed Faruqi de Afganistán.
1632 Shaikh-Pir Shattari.
1670 Yunus hijo de Adán.

Siglo XVIII

1719 Murad Shami.
1750 Sheikh Mohamed Jamaludin de Adrianópolis, fundó la Orden Jamalia.
1765 Salim Abdali.
1790 Pir-i-Do-Sara, Sarmouni.

Siglo XIX

1813 Mohammed Asghar.
1818 Sayed Sabir Ali-Shah.
1832 Sheikh Qalandar Shah, Suhrawardi.
1846 Sheikh Nasir el-Din Shah.
1854 Sayed Shah, Qadiri.
1860 Sayed Imam Ali Shah.
1864 Sayed Mohamed Shah (Jan-Fishan Khan)
1870 Awad Afifi, el Tunecino.
1881 Sayed Ghaus Ali Shah.

Siglo XX

1900 Derviche Bahaudin Ankabut de Bokhara.
1962 Sufi Abdul-Hamid Khan de Qandahar.
1965 Sheikh Daud de Qandahar.

Cuentos de los derviches *recoge antiquísimos textos remozados y occidentalizados por Shah. Se trata de una obra de sentido didáctico y doctrinario, embellecida por el encanto de las narraciones tradicionales del Asia milenaria y su clima fantástico y poético.*

Idries Shah, diestro cuentista que combina el lirismo de Tagore con la serena sabiduría de Krishnamurti, nació en la India en 1924, en el seno de una secular familia de Afganistán. Este hijo de un sabio afgano, descendiente directo del profeta Mahoma, reside actualmente en Inglaterra y es Director de estudios del Institute for Cultural Research, *organismo consagrado a la investigación en antropología cultural.*

Shah, el más alto exponente en el mundo del sufismo (antiguo pensamiento tradicional islámico; para algunos, místico, para otros, un cuerpo de conocimientos morales), procura «hacer accesible a Occidente aquellos aspectos del sufismo que le serían beneficiosos» y transmite la enseñanza moral y espiritual Sufi a través de situaciones muy simples e ingeniosas —analogías, parábolas, apólogos, proverbios— que encierran mensajes de enseñanza interior y de agudo conocimiento del hombre y de la vida.

Entre las más importantes de sus obras se halla los Cuentos de los derviches, *de esos místicos errantes, sabios y virtuosos del Islam, cuyas agudas enseñanzas Shah nos hace llegar con amenidad e ingenio.*


ISBN 84-7509-078-8
42009
9 788475 090788

